



HUNTER

Akara Wind

CAPÍTULO I

Despertó con los músculos entumecidos. Con los ojos aún cerrados, estiró sus extremidades hasta que su pie derecho rozó un objeto metálico. Una descarga eléctrica le recorrió todo el cuerpo.

—¡Mierda! —maldijo mientras volvía a encogerse.

Tras unos primeros segundos de aturdimiento después de la descarga, su cerebro comenzó a funcionar. Fue tomando conciencia de su cuerpo y del lugar en el que se encontraba. Yacía tumbado boca arriba, en un cubículo, al parecer demasiado pequeño para su cuerpo, protegido por unos barrotes metálicos electrificados.

Intentó abrir los ojos para ver si se encontraba en lo cierto, pero una luz cegadora dañó sus pupilas, permanentemente dilatadas, acostumbradas a la oscuridad. Tardaría unos minutos en adaptarse, quizá algo más, se sentía debilitado y, por el dolor de su ala izquierda, supuso que también estaba herido. Unos grilletes cerrados sobre sus muñecas le mantenían atado, con los brazos por encima de su cabeza. En condiciones normales hubiera podido romper las cadenas sin dificultad, pero los tirones que dio sólo consiguieron que el metal se clavara más en su piel. Gruñó de impotencia.

Tal como había previsto, sus ojos azules comenzaron a adaptarse a la luz, que, aunque todavía resultaba muy intensa, le permitía ver lo que había a su alrededor. Efectivamente, se hallaba encerrado en una especie de jaula de dimensiones reducidas. Pese a no ser muy alto para su especie, tenía que mantener sus rodillas ligeramente dobladas y sus alas replegadas para no rozar los laterales de su celda y llevarse otra incómoda descarga. Y aunque la largura de las cadenas sólo le permitía incorporarse ligeramente, estaba seguro de que sentado rozaría el techo. Allí era donde se encontraba la trampilla que le abriría su paso hacia la libertad. Estudió con detenimiento la estructura, calculando el punto exacto en el que tendría que golpear para que las bisagras se rompieran en cuanto consiguiera recuperar sus fuerzas.

No entendía por qué seguía sintiéndose débil. Sus heridas iban curándose pero a una velocidad inusitadamente lenta. Se resignó, esperaría. Tenía tiempo de sobra. Ventajas de ser inmortal.

Se entretuvo observando lo que había más allá de su diminuta prisión. Una sala enorme de paredes altas, blancas que reflejaban la luz que entraba por unas cristaleras en la parte superior que hacía que tener los ojos abiertos le resultara aún más molesto. Varias jaulas dispersas por la sala, la mayoría de ellas vacías. En una de ellas, bastante más amplia que la que ocupaba él, un prisionero se revolvía inquieto en un estado febril de semiinconsciencia mientras su compañero había empezado a gritar pidiendo ser liberado. Ninguno de ellos era humano, pero tampoco había entre ellos otro Alas Negras, lo que habría justificado su debilidad. Por su propia supervivencia, tenían un sentido especial que les permitía detectar a los de su especie.

—¡Silencio! —gritó, dirigiéndose al ser que clamaba su libertad, cuyos alaridos se habían transformado en un molesto quejido. Su voz sonó como un potente rugido. —Sólo conseguirás que

me estalle la cabeza.

El otro ser obedeció, lloriqueando en silencio, acurrucado en una esquina de su celda, resignado. Eso estaba mucho mejor.

A sus oídos llegó el latido rítmico de un corazón humano. Cómo le gustaba aquel sonido... que se aceleraba con su presencia hasta que él decidía el momento exacto en que se detenía. De pronto se sintió hambriento, muy hambriento. Pero era un corazón joven, demasiado inocente. Giró su mirada, buscando su procedencia.

Escondida entre unos armarios, una niña lo observaba. Tendría entre 8 o 10 años, siempre se le había dado fatal calcular la edad de los humanos, con el rostro avisado enmarcado por unos mechones de cabello cobrizo que caían en ondas hasta sus hombros. Sus ojos marrones claros con motas verdes le estudiaban con detenimiento con una expresión a partes iguales entre curiosa y asustada, prestando especial atención a sus alas negras. Las habría ocultado con gusto, para darse un poco más de holgura en la celda, pero hasta que su ala izquierda no estuviera curada, no podría hacerlo.

La niña se sonrojó al verse descubierta y su pulso se aceleró. Aquello despertó aún más el apetito del cautivo. La pequeña abandonó su escondrijo y se acercó un par de pasos, segura de que estaba a salvo de él gracias a esa jaula.

—¿Eres un ángel? —preguntó con una tímida vocecilla.

Él prorrumpió en carcajadas, inclinando su cabeza hacia atrás, mostrando sus colmillos que relucieron bajo la luz del sol.

—Jajajaja, más bien digamos que soy un demonio. —contestó, clavando sus ojos en ella, con su rostro enmarcado por una larga melena morena que descendía hasta media espalda y una sonrisa maléfica esculpida en su rostro.

Ella dio un traspie y cayó de espaldas, quedando sentada en el suelo. Él se giró, para quedar nuevamente tendido de espaldas, ligeramente encogido para no rozar los límites de su cautiverio, con la mirada fija en el techo, regodeándose del efecto causado.

Empezaba a caer la noche cuando una puerta se abrió en el otro extremo de la sala, dejando paso a un ser de apariencia humana que vestía una túnica de color negro. Le reconoció. Era el mismo tipo de la foto que le entregaron en su última misión. Era su objetivo. Había fracasado por primera vez. No sabía quién era ni por qué tenía que matarlo. Sólo le entregaban una foto, un nombre y una dirección orientativa. Había sido creado y entrenado para obedecer órdenes, sin cuestionarlas, sin preguntas. Y él disfrutaba con su trabajo.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? No te está permitido permanecer en este lugar. —aquel sujeto reprendió a la niña.

Ella le miró con miedo y se escabulló por la puerta a la carrera para evitar represalias, al mismo tiempo que otra persona entraba en la sala.

De pronto, el rehén, se vio azotado por una debilidad extrema, sus heridas comenzaron a sangrar de nuevo y se vio forzado a acurrucarse para mitigar el dolor, incapaz de controlar los gritos que profería su garganta. Estaba confuso, no lo entendía. Esa sensación de debilidad, de vulnerabilidad sólo era atribuible a la presencia de otro Alas Negras, pero no detectaba ninguno.

—¿No te encuentras bien? Tienes mala cara. —se burló el ser de la túnica negra.

El segundo sujeto que acababa de entrar en la sala se situó a su lado. Era mucho más alto que su compañero, probablemente rebasara los dos metros de altura. Se soltó los botones de su camisa blanca y se giró, quedando de espaldas a él. Dos cicatrices cruzaban su espalda. Entonces lo comprendió. No era un Alas Negras, pero lo había sido. Había perdido la mayoría de habilidades

excepto el poder de debilitar al resto de Alas Negras.

CAPÍTULO II

No tenía recuerdos de su pasado, de su procedencia. Su amo se había encargado de borrarlos. Sin lazos que lo ataran era más fácil de controlar. Su memoria se remontaba a unos 80 años aproximadamente, cuando le asignaron un nombre, Hunter y, siendo un joven Alas Negras, comenzó su entrenamiento. Le enseñaron a luchar, a defenderse, a aguantar el dolor, a obedecer. Le enseñaron a matar, aunque aquello no tenía mucho mérito, pues estaba implícito en su naturaleza, sólo tenía que liberar su instinto.

Su dueño era el cabecilla de uno de los principales clanes de vampiros de la ciudad. En continua lucha por lograr la hegemonía, contar con un Alas Negras entre sus filas siempre era un punto a favor. Por eso estaban tan cotizados. Fieles guerreros, sin cuestionar las órdenes y sin capacidad de rebelarse contra el poder. Eran mercenarios, asesinos, cuya mayor recompensa era la satisfacción que obtenían tras segar una vida, daba igual humano, vampiro o cualquier otra especie sobrenatural. Tan sólo tenían un punto débil. La presencia de otro de su especie inutilizaba sus poderes, volviéndolos vulnerables.

Era un mecanismo de defensa de quien los había creado como arma siglos atrás, para evitar una posible alianza entre ellos, ya que, de lo contrario, convertiría a los Alas Negras en invencibles. En contrapartida, habían sido dotados de la capacidad de detectar a otros miembros de su misma especie, antes incluso de empezar a ver mermadas sus habilidades, para que la huida les permitiera sobrevivir.

Hunter enseguida demostró dotes especiales para la batalla, un hábil guerrero con movimientos gráciles y precisos que danzaba con la muerte siempre de su lado. No tardó en destacar por encima de los adeptos del clan, incluso sus habilidades estaban por encima de muchos otros Alas Negras. Siempre invicto, siempre infalible. Hasta aquella última misión.

El líder lo llamó a reunirse con él, en la habitación blindada que hacía las veces de despacho. Como siempre, la puerta estaba flanqueada por otros cuatro guerreros, los más fieles seguidores, elegidos por el jefe, creados por él, comúnmente conocidos como los Cancerberos. Uno de ellos hizo ademán de impedirle el acceso. Bastó su sola presencia, imponente, con su mirada fría, para que el perro se hiciera a un lado.

Las órdenes eran claras, una foto y una ubicación por donde su futura víctima solía moverse. No hacía falta más palabras, no era necesario ninguna pregunta. Él ya sabía lo que tenía que hacer.

Abandonó la habitación inmediatamente, lanzando una mirada animal al guardia que había osado interponerse en su camino antes, mostrando sus colmillos en señal de amenaza.

Se desplazó oculto entre las sombras como una más. Se entretuvo por el camino para alimentarse, siempre estaba más centrado en la lucha cuando se sentía saciado. Aquella vez se conformó con una pareja de vampiros, prefería la sangre humana, pero, por su propia seguridad, los humanos no solían frecuentar las calles por la noche. Demasiados seres oscuros al acecho. La sangre de vampiro era bastante más amarga, pero suficiente para aplacar su sed.

Se alimentó primero del varón, con avidez, mientras sujetaba a la chica, inmovilizándola por

el cuello. A ella le quería dedicar más tiempo. Cuando dejó al hombre lo suficientemente debilitado lo empujó al suelo y centró su atención en la mujer. La colocó frente a él, con la espalda apoyada contra la pared y la atravesó con sus ojos azules, mientras se relamía. Ella se dejó absorber por su mirada y quedó a su merced. Cuando quería, podía llegar a ser muy persuasivo.

La besó en la boca, compartiendo los restos de sangre de su compañero. Ella gimió deleitándose con su sabor. Su mano exploró por debajo de su falda el acceso a su zona más íntima. No tenía mucho tiempo y quería que estuviera preparada para recibirle dentro. Ella se restregó contra sus dedos, buscando más placer. Él se desabrochó el pantalón y la alzó a la altura de sus caderas, penetrándola con acometidas fuertes y rápidas, casi violentas. El cuerpo de ella no tardó en recibir la descarga de placer. Él tampoco empleó mucho tiempo antes de correrse.

Con un gruñido, Hunter escapó de sus labios y buscó su cuello. Se hacía tarde. Atravesó con sus colmillos su piel, y succionó con voracidad su sangre. Cuando se hubo saciado, la dejó caer junto a su compañero y se marchó. Tenía trabajo que hacer.

Se encaminó hasta el lugar indicado por el líder y esperó, agazapado en lo alto de un edificio, manteniendo todos sus sentidos alerta. Algo después localizó a su objetivo, junto a la puerta de una nave de apariencia deteriorada. Iba escoltado por seis lacayos, cuatro hombres y dos mujeres, caminando por la calle en dirección al edificio en el que se hallaba oculto.

Ayudado por sus alas, descendió gracilmente hasta quedar situado frente a él. La conversación que mantenía con sus secuaces se vio interrumpida ante su presencia. Le miraron confusos, sorprendidos por su aparición. Plegó sus alas y se mantuvo expectante. Sus contrincantes tardaron unos segundos en reaccionar. Cuatro de ellos rodearon a su líder, protegiéndolo de la amenaza mientras los otros dos se enfrentaban a él.

La mujer fue la primera en atacar. Saltó hacia él, con un cuchillo en la mano. Esquivó la embestida en el último instante, con un ligero movimiento hacia un lado, agarrando con sus manos el brazo que sostenía el cuchillo, inmovilizando su extremidad. La torsionó de una manera antinatural hasta que sus huesos se quebraron y el cuchillo cayó al suelo. La mujer se arrodilló, profiriendo alaridos de dolor mientras intentaba recolocar sus huesos, momentáneamente fuera de combate.

El otro hombre aprovechó para abalanzarse sobre su espalda, aprisionando su cuello con los brazos en un vano intento de ahogarlo. Hunter se lanzó hacia adelante, en una voltereta, mientras sus brazos agarraban a su captor y lo lanzaban contra la pared, quedando ensartado en un saliente de hierro. Uno menos.

La mujer ya se había recuperado y volvía a dirigirse hacia él. Dos de los protectores de su objetivo se unieron a ella y se enfrentaron al Alas Negras. Esta vez fue Hunter el primero en atacar. Se impulsó hacia la mujer y golpeó su pecho, atravesando su piel, rompiendo su caja torácica hasta que sus dedos se cerraron en torno a su corazón, deteniendo su latido. La mujer se detuvo en seco, mientras su piel se tornaba cenicienta y caía al suelo, inerte.

Se giró para recibir a sus otros dos atacantes, cuando de pronto notó sus sentidos embotados. Un terrible dolor de cabeza le paralizó, como si alguien se hubiera introducido entre sus pensamientos y le manejara desde dentro de su cerebro. Se le nubló la vista, a sus oídos llegaban ruidos confusos y sintió cómo las fuerzas le abandonaban. Intentó ponerse en pie, desplegar sus alas y huir alzando el vuelo. Estaba confuso, no entendía qué estaba sucediendo. Sintió un dolor lacerante en su ala izquierda. Las piernas le fallaron y cayó de bruces al suelo. Volvió a intentar levantarse de nuevo, pero sus músculos no le respondían. Una lluvia de golpes cayó sobre él,

golpearon su cráneo, sus costillas, incluso sintió cómo su camiseta se rasgaba cuando un objeto punzante se clavó en la piel de su costado. Resignado, quedó tendido en el suelo acurrucado.

Alguien se acercó a él, notaba su presencia, escuchaba su voz que llegaba amortiguada a sus oídos. Era incapaz de entender sus palabras. Sintió un metal frío alrededor de sus muñecas y sus tobillos, se los habían atado con unos grilletes, y le izaron del suelo. Intentó resistirse, pero su cuerpo ya no le pertenecía.

El cazador había sido cazado.

CAPÍTULO III

El hombre de la túnica negra desactivó la barrera electrificada de la celda, sabiendo que su preso estaba fuera de combate. Sacó una jeringuilla de uno de los cajones e introdujo el contenido de su interior en el brazo del Alas Negras cautivo.

El líquido que ascendía por sus venas con una sensación urente iba aplacando su dolor. Él maldijo la sensación de pérdida de control justo antes de quedar inconsciente.

Cuando despertó, estaba encadenado de pies y manos en una superficie metálica vertical, ligeramente inclinada, con sus alas tocando el frío metal. Seguía vistiendo los mismos vaqueros que llevaba en su misión fallida, rotos y manchados de polvo y sangre. Su torso trabajado, permanecía desnudo, con un tatuaje de intrincados trazos tribales de tinta negra que decoraban su mitad izquierda, resaltando sus músculos, extendiéndose hacia el hombro del mismo lado para morir en unas finas líneas en su cuello.

Se encontraba en una estancia de unos 20 o 30 metros cuadrados, con paredes lisas, sin ventanas, con una única puerta camuflada entre las paredes, flanqueada por dos guardianes. La única luz provenía de unas lámparas de tubos fluorescentes sobre su cabeza, para mantenerlo bien iluminado. En frente suya, sentado en una silla, el antiguo Alas Negras mutilado, jactándose de él. A su lado el líder de sus captores, junto a una mesa con una gran variedad de objetos romos, punzantes y cortantes. Sabía lo que venía ahora.

Lo bueno de limitarse a obedecer órdenes sin hacer preguntas era que por mucho que le torturasen no podrían obtener ninguna información. Lo malo es que insistirían mucho hasta darse por vencidos y aceptar que no iban a conseguir nada de él. Pero le habían entrenado para ello. Aguantaría. Tenía que hacerlo.

—¿Cómo te llamas?

Él guardó silencio. No se lo iba a poner tan fácil. A aquella pregunta podía contestar, pero todavía no, era demasiado pronto. Tendrían que llevarlo al límite hasta que pudiera revelar esa información. El nombre con el que se referían a él probablemente no fuera realmente su nombre, pero no había conocido otro.

—Empezamos mal.

El hombre se colocó una especie de guante con cuatro garfios afilados en una de sus manos, semejante a la pezuña de un gato de dimensiones descomunales y arañó uno de sus costados, desgarrando su piel, creando cuatro erosiones superficiales al principio, pero profundizando más conforme iba descendiendo por su torso que se entremezclaron con las líneas de su tatuaje. Apretó la mandíbula, reprimiendo un grito de dolor. La sangre comenzó a brotar de sus heridas, resbalando por la superficie metálica que le servía de soporte, goteando hasta el suelo.

—¿Cómo te llamas?

Volvió a obtener su silencio como única respuesta. Su verdugo volvió a deslizar las garras por su piel, cambiando esta vez la dirección y aumentando la presión que ejercía sobre su carne. Las heridas se entrecruzaron con las anteriores. Su rostro se retorció en una mueca de dolor. Cerró los

ojos y respiró con fuerza intentando aplacar el escozor de su piel lacerada.

Insistió un par de veces más con la misma pregunta. Volvió a sentir cómo aquel instrumento volvía a desgarrar su piel en otras dos ocasiones pero su boca seguía cerrada.

El torturador bufó, contrariado y decidió cambiar de arma. Se despojó de las uñas de gato y cogió un martillo. Repitió de nuevo la misma pregunta. Nada. Tampoco aquella vez recibió respuesta. Alzó el martillo por encima de su cabeza, para coger más impulso y lo estrelló contra la rodilla derecha del Alas Negras. Hunter aulló de dolor cuando sintió sus huesos quebrarse. Repitió la maniobra sobre la misma rodilla, dejando su rótula convertida en infinidad de esquirlas óseas. Profirió un alarido como única respuesta.

La ira de su captor fue en aumento, que acabó prescindiendo de todo elemento de tortura y empleó sus propios puños para liberar esa furia contra el cuerpo del Alas Negras cautivo. Su rostro quedó hinchado, deformado, con una mezcla de sangre y sudor resbalando por su piel. Con los nudillos en carne viva, se limpió los restos de su propia sangre mezclados con la de su víctima en una toalla blanca que quedó teñida de rojo. Observó al cautivo, respiraba con dificultad, con un gesto permanente de dolor en su magullado rostro, con la cabeza ladeada, los ojos cerrados, casi inconsciente. Le lanzó la toalla manchada. El preso reaccionó al olor de su sangre, estaba débil y muy hambriento, llevaba sin alimentarse desde que lo encerraron. Hunter abrió la boca, mostrando sus colmillos, sintiendo como la sed se adueñaba de él, sus ojos se oscurecieron, como el cielo en una noche sin luna.

El hombre rió a carcajadas ante su reacción, encaminándose a la puerta.

—No dejéis que se duerma. —dijo dirigiéndose a los dos escoltas junto a la puerta. Y añadió, dirigiéndose al antiguo Alas Negras—. Puedes ir a descansar, pero no te alejes demasiado, que siga bajo tu influencia. No quiero que se cure.

Acto seguido, abandonó la sala.

Hunter resopló. Al fin un poco de descanso. Era incapaz de identificar de dónde provenía el dolor que sentía, posiblemente de todo su cuerpo. Intentó mantenerse despierto, sabía que no le permitirían dormir pero se sentía agotado. Sus ojos se fueron cerrando sin que fuera consciente de ello. Un cubo de agua helada cayó sobre él, obligándole a volver a abrir los ojos. Tras la primera impresión, sintió cierto alivio al recibir aquella sensación fría sobre su piel magullada. Cada vez que el sueño se volvía a apoderar de él, recibía un nuevo baño de agua gélida que lo traía de vuelta. Maldijo a aquellos dos insignificantes vampiros. Lástima no poder liberarse de aquellas cadenas. Con gusto acabaría con sus vidas para aplacar su sed.

Dedujo que habrían transcurrido varias horas hasta que su torturador regresó a la sala, cómo no, acompañado por su fiel lacayo, el Alas Negras mutilado. Hunter lo miró con desprecio, incluso con repugnancia.

Comenzaba una nueva sesión de tortura.

—¿Cómo te llamas? —volvió a insistir con la misma pregunta.

Esta vez accionó una polea que tensó las cadenas que mantenían sujeto al Alas Negras por las extremidades, cada vez un poco más, hasta alcanzar límites insospechados. Hunter profirió un alarido cuando sus músculos y tendones se desgarraron. Pero aquello fue lo único que salió por su boca, ninguna palabra, ninguna respuesta.

El verdugo volvió a cambiar de instrumento. Estaba enfurecido por el fracaso de sus maniobras de tormento, pero seguiría insistiendo hasta que consiguiera que su víctima se derrumbase. Cada golpe que recibía lo acercaba un poco más a aquel punto. Enfundó su mano en aquella especie de guante con garfios metálicos. Esta vez se ensañó con sus alas. El suelo bajo sus

pies se convirtió en un manto de plumas negras bañadas en sangre.

El inmenso dolor que sentía le impedía mantener su mente clara. Sus ojos hinchados, amoratados, su cerebro abotargado no le dejaba ver con nitidez. Por mucho esfuerzo que hiciera, era incapaz de mantener la concentración. Se desmayaba durante un breve instante hasta que un nuevo golpe, un nuevo estímulo, frío, luz, descarga, lo traía de vuelta.

Y así fueron pasando las horas e incluso los días.

—¿Cómo te llamas?

—Hunter. —respondió por fin, con voz gutural, más parecida a un gruñido animal.

Le habían llevado hasta su límite. Había perdido la noción del tiempo, no sabía cuánto tiempo había durado su tortura. Demasiado.

—Muy bien, veo que por fin estás dispuesto a colaborar. Has aguantado más de lo que pensaba. Te felicito. ¿Por qué querías matarme?

—Cumplía una misión.

—¿Por qué motivo?

—Lo desconozco.

—¿Nunca te has planteado que quizá estabas en el bando equivocado?

—Eso carece de importancia. No importa el motivo. Él da una orden y yo la obedezco. Es mi trabajo.

—¿Para quién trabajas?

—Para el líder.

—¿Quién es el líder?

Hunter alzó la mirada, desafiante, y sonrió pese a las condiciones en las que se encontraba, hambriento, debilitado y malherido. El hombre de la túnica negra, lleno de ira por la frustración, ordenó que devolvieran a su preso a la celda. Vio en los fríos ojos azules del Alas Negras que había estado jugando con él. Ya no iba a obtener más información. Desde un principio sabía qué datos iba a facilitarle. Se había dejado torturar más allá de lo que jamás había aguantado cualquier otro preso, sólo para que pensara que se había doblegado ante él.

CAPÍTULO IV

Vio cómo trasladaban al ser alado de vuelta a la Sala de Confinamiento. No parecía tan fuerte, con su cuerpo cubierto de heridas y sangre y sus alas hechas jirones. No se movía. Otra oportunidad perdida.

Todavía gozaba de libertad de movimiento por el complejo. Era una insignificante niña humana que carecía de la importancia necesaria para que alguien le prestara atención. Eso cambiaría a partir de los 13 años. Si es que llegaba a cumplirlos. Por alguna extraña razón, los niños humanos nacidos en el complejo, especialmente las féminas, fallecían a corta edad. Muchos de ellos no conseguían superar el primer año de vida. Si no recordaba mal, ella era la única que había llegado a cumplir los 9 años.

Nunca llegó a conocer a su madre. Según le habían contado, era una joven soltera que había llegado al complejo en avanzado estado de gestación, buscando un bando ganador en aquel mundo en continua guerra que pudiera ofrecer cierta seguridad al bebé que llevaba en su vientre. Probablemente aquella historia fuera mentira y su madre sólo fuera una humana cautiva más, pero le gustaba creérsela. Falleció durante el parto. Ella había crecido pasando de mano en mano, sin que nadie la aceptara como propia, aprendiendo a valerse por sí misma desde una edad bien temprana.

A partir de los 13 años alcanzaría la edad establecida para poder servir al clan. El líder determinaría cuál era la función para la que estaba predestinada. Tenía varias opciones. Una de ellas era acabar en la Sala de Experimentación. La someterían a cualquier ensayo irracional con el afán de crear una raza superior. La última locura en la que estaban trabajando era que las hembras humanas intentaran engendrar bebés híbridos, mitad humanos, mitad vampiros. El resultado hasta ahora siempre había sido la muerte. Otra opción era la Sala de Producción. Pasar el resto de su vida, sedada, en un tanque de privación sensorial, con cables que iban extrayendo su sangre lentamente pero de forma continua.

La única alternativa para librarse de cualquiera de esos dos destinos era unirse a los lacayos, humanos que habían decidido voluntariamente servir a los vampiros. Tenían la esperanza de que si servían fielmente a sus amos, podrían ser recompensados con la conversión. La mayoría de ellos acababa muriendo a manos de sus amos, cuando consideraban que ya no les eran de utilidad o cuando estaban hambrientos y no les apetecía salir de caza.

Sentía náuseas sólo de pensar en el futuro que le esperaba.

Cuando la comitiva que portaba al preso de regreso a su celda pasó de largo, se introdujo por la trampilla de los conductos de ventilación. Un intrincado laberinto que ella conocía como la palma de su mano, que le permitía incluso acceder a las áreas restringidas. Conforme había ido creciendo, el espacio para sus movimientos se había ido reduciendo, pero todavía podía moverse con agilidad por el interior de los túneles. Siguió recto, reptando, giró a la derecha, luego a la derecha una vez más, segunda bifurcación a la izquierda hasta llegar a la Sala de Confinamiento. Se ocultó unos instantes tras la rejilla para comprobar que en la sala sólo estaban los presos.

Contuvo la respiración mientras la abría, con el corazón en un puño, con el miedo de que se encontrara de nuevo con el líder de la túnica negra. Le había perdonado una intromisión, que le perdonara una segunda era prácticamente imposible.

Un sonido rítmico se fue abriendo paso en la neblina de su mente, acariciando sus oídos. Lo identificó como el latido cardíaco perteneciente a la niña de ojos moteados. Le despertó una sensación extrema de hambre y sintió cómo sus ojos volvían a oscurecerse pese a permanecer cerrados.

—¿Estás muerto? —preguntó la niña.

—Ojala. —contestó él, demasiado ocupado en controlar el dolor de sus heridas y aquella acuciante sensación de hambre, como para ocuparse de sus palabras. De nuevo se encontraba con los brazos encadenados.

—Pensaba que tú eras diferente. Pero veo que tampoco me vas a servir...

La nota de enfado en la voz de la niña despertó la curiosidad del Alas Negras.

—¿Servir para qué?

—Para sacarme de aquí.

Él la miró, sorprendido por la inusitada determinación de la que hacía gala la pequeña. Los ojos de Hunter, de nuevo azules tras conseguir reprimir su hambre se posaron sobre el tatuaje que lucía la niña en la cara interna de su muñeca izquierda. “June, 17”. Su fecha de nacimiento. Había nacido en cautiverio, dentro de aquel complejo. Demasiado intrascendente como para que se hubieran tomado la molestia de asignarle un nombre, aquella marca era su única señal de identidad.

—Deberías marcharte, June. —Hunter cambió de postura, acomodándose en su minúscula prisión, sintiendo como sus heridas, lentamente, comenzaban a sanar. Al parecer, el antiguo Alas Negras mutilado se había alejado un poco de su posición, permitiendo que su cuerpo se regenerara —. Viene alguien.

La niña clavó en él sus ojos castaños y verdes con una mirada de pánico y se escabulló por el conducto de ventilación. Consiguió colocar la trampa en su lugar justo en el preciso instante en que la puerta de la sala se abría.

Dos vampiros arrastraban a un nuevo prisionero hasta una de las celdas. Lo lanzaron a su interior, sobre los restos de sangre del anterior ocupante, cerrando su puerta con llave. No activaron la barrera electrificada. No lo consideraban tan peligroso como a él. Hunter permaneció inmóvil, con los ojos cerrados. Si lo creían todavía inconsciente tal vez no le prestaran atención. Abandonaron la sala tras dedicarle una mirada de desdén.

No pasó mucho tiempo hasta que presintió que se acercaba una nueva visita. Esta vez ya sabía de quién se trataba mucho antes de que su agudizado oído escuchara sus pisadas aproximarse por el pasillo exterior a la sala. Las pocas fuerzas que había conseguido recuperar volvían a abandonarle y las heridas más profundas que todavía no habían curado, comenzaron a sangrar de nuevo.

—Eso debe doler. —se jactó el Alas Negras mutilado, viendo como Hunter se retorció, evitando rozar los límites de su encierro.

—Sabrás lo que es el dolor cuando consiga salir de aquí. —su voz sonó amenazante, compensando la debilidad causada por su congénere con el profundo odio que le profesaba.

—Todo ese sufrimiento podría acabar, sólo tienes que unirte a nosotros, un pequeño sacrificio y podrás ser de los nuestros... —su tono sonaba amable. Su jefe había decidido cambiar de táctica tras el fracaso de la tortura.

—Prefiero morir antes que dejarme cortar las alas y unirme a ti. —Hunter escupía las palabras, repugnado ante la propuesta.

—Que así sea entonces... —se despidió el mutilado, abandonando la sala.

Conforme se iba alejando, las heridas de Hunter dejaron de sangrar y poco a poco fue recuperándose del aturdimiento y la extenuación que su presencia le provocaba. Una idea fue abriéndose paso en su mente, conforme el influjo del ser que un día perteneció a su misma especie se fue diluyendo. Tan sólo tenía que esperar a que June regresara.

CAPÍTULO V

El complejo era una fortaleza de hormigón, con varios edificios interconectados entre sí rodeando el núcleo principal, una estructura de dos plantas, una de ellas subterránea donde se hallaba la Sala de Producción, la de Experimentación y los aposentos del Líder y sus vasallos más fieles. Sobre ella, la Sala de Confinamiento.

La zona destinada a los humanos consistía en un par de edificios, situados en la parte más externa, primera barrera de defensa ante una posible invasión exterior. Los humanos eran prescindibles. Un pequeño patio de cemento, bordeado por un muro electrificado de cuatro metros les servía de zona de esparcimiento.

La niña se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en una de las paredes de aquella inmensa sala que cumplía las funciones de comedor y sala de reuniones para los humanos. Aquel era uno de sus lugares favoritos del complejo, rivalizando con la biblioteca, donde su pequeña nariz se sumergía entre las páginas de viejos libros. Desde donde estaba, podía escuchar las conversaciones de los comensales de una mesa cercana. Le agradaba pasar el rato allí, siendo invisible, dejando que su imaginación volara guiada por los recuerdos de aquellas personas que conocían qué había más allá de las puertas del complejo. Hablaban de los árboles de otoño, con su amplia gama de colores desde el amarillo al marrón, pasando por el naranja, de vastas extensiones de pasto verde, de lagos de aguas cristalinas. De grandes ciudades, de pequeños pueblos donde los niños reían en las calles. Ella sólo conocía el gris de las paredes del complejo y el azul del cielo, el azul de la libertad, soñando con poder disfrutar de él desde otro lugar. No podía rendirse, tenía que intentarlo.

—Te estaba esperando.

June se sorprendió ante la voz profunda y serena del Alas Negras, todavía oculta tras la trampilla, sin abandonar el conducto de ventilación.

—¿Para qué? —preguntó ella, saliendo de su escondite.

—Si quieres que te saque de aquí, antes me tendrás que ayudar a librarme de esta prisión. — dijo, señalando la minúscula celda que le servía de confinamiento.

—¿Cómo? No puedo desactivarla... sólo el líder puede hacerlo.

—Lo sé. Sólo necesito que hagas una cosa.

—¿El qué?

—Necesito que mantengas al hombre de las dos cicatrices en la espalda lo más alejado posible de aquí.

—¿El que era como tú?

—Sí.

—¿Y cómo te avisaré cuando lo consiga?

—No hace falta, yo lo sabré. ¿Podrás hacerlo?

—Creo que sí... —respondió la niña imprimiendo seguridad a sus palabras.

Hunter se tendió boca arriba a esperar. Su vida dependía de una niña humana de apenas 10

años. Tenía poca esperanza en que su plan funcionara. Pero sólo tenía dos opciones, confiar en ella o morir. La tercera opción, la de unirse al ser de la túnica negra y convertirse en otro Alas Negras mutilado quedaba descartada.

June llevaba varios días meditando sobre un plan que pudiera funcionar. No se le ocurría nada convincente. Caminaba ensimismada por uno de los pasillos del complejo, dándole vueltas a una idea con pocas posibilidades de éxito. Al doblar una esquina se topó con el ser de las cicatrices en su espalda, acompañado de otros dos vampiros. No se lo pensó dos veces e improvisó. Lo agarró del brazo y tiró de él hacia la sección de los humanos, la parte más alejada del núcleo.

—¡Corred, es urgente! —el miedo al fracaso dio a su voz el tono necesario para no admitir réplica.

El antiguo Alas Negras y sus dos acompañantes la siguieron a la carrera por los pasillos alarmados por la urgencia de la niña. No sabían lo que pasaba, pero debía ser algo grave.

De pronto, Hunter se sintió más fuerte, la pequeña había cumplido su parte del trato. No sabía cómo lo había hecho pero lo había conseguido. Ahora era su turno. Sintió cómo las heridas que todavía marcaban su cuerpo iban desapareciendo y por fin fue capaz de replegar sus alas. Aquello proporcionó un poco más de holgura a sus movimientos.

Apretó los dientes, preparándose para lo que venía a continuación. Dobló las piernas y golpeó la trampilla con fuerza. Los goznes de la puerta se movieron pero no cedieron. Recibió una descarga que lo dejó unos segundos fuera de combate. Cuando volvió a recuperar el control de sus músculos volvió a repetir la misma operación. Necesitó dos golpes más hasta que saltaron las bisagras. Tiró con fuerza de sus cadenas hasta que las arrancó, quedando sólo los grilletes alrededor de sus muñecas. Tal y como sospechaba desde que comenzó su encierro, no le supuso mucho esfuerzo pese a que el hambre le impedía hallarse en plenitud de facultades. Saltó ágilmente fuera de su celda y cayó al suelo con elegancia.

—¡Ey, tú, por favor! ¡Sácame de aquí! —le dijo otro de los prisioneros.

Él se detuvo un instante. Era el último preso que se había incorporado a la Sala de Confinamiento, su jaula carecía de la protección de la barrera electrificada. Hizo saltar la puerta de una patada. El cautivo abandonó su prisión y se arrodilló frente a él.

—Gracias amigo.

—Levántate. —ordenó el Alas Negras, con tono hosco.

Él obedeció. Un brillo fugaz atravesó la mirada de Hunter, oscureciendo sus ojos azules. Con un rápido movimiento, agarró al otro ser por el pelo, forzando su cabeza hacia atrás y le desgarró el cuello con un violento mordisco. Estaba muy hambriento, cualquier especie le valía, tan sólo necesitaba sangre. Bebió con ansia hasta que sintió que la vida de aquel ser pendía de un frágil hilo a punto de romperse. Se detuvo y dejó que su cuerpo cayera al suelo golpeándolo con un sonido sordo. Lo miró con desdén y lo abandonó, sabiendo que en unos segundos estaría muerto.

Se entretuvo unos instantes, lo justo para fabricarse un arma con la pata de una silla de madera. La arrancó con un golpe seco y afiló uno de sus extremos con los colmillos.

Atravesó las puertas de la sala, haciendo que saltaran las alarmas. Frente a él se abría un largo pasillo. Se quedó de pie, a la espera.

De pronto se sintió más débil. El Alas Negras mutilado se acercaba hacia él. Sólo tenía una oportunidad... si fallaba estaba muerto. Vio cómo se iba acercando hacia él, flanqueado por dos escoltas. Todavía no, tenía que esperar un poco más. Se esforzó al máximo para mantener su mente lúcida. Hizo acopio de todas las fuerzas que le quedaban y lanzó la improvisada lanza en aquella dirección. Hunter cayó al suelo, sin fuerzas para mantener su cuerpo erguido. No supo que el

proyectil había dado en el blanco hasta que notó cómo el pesado manto que descendía sobre él cada vez que el mutilado estaba cerca se disipaba.

El antiguo Alas Negras intentó defenderse, pero sus reflejos no eran los de antaño. La lanza penetró en su pecho, atravesando su corazón. La agarró en un vano intento de arrancarsela mientras sentía cómo su vida se le escapaba entre los dedos. Hunter se acercó hasta él, dedicándole una mirada de superioridad y retorció el arma ahondando más en su herida hasta que ahogó su último suspiro.

El Alas Negras sonrió, sintiéndose invencible. Saltó sobre uno de los vampiros que acompañaban al mutilado y le arrebató la vida con un rápido movimiento. Atravesó con su mano el pecho del otro vampiro, sosteniendo su corazón todavía latiendo en la mano. Él clavó una mirada de pavor en él.

—Dime dónde está tu líder y te dejaré vivir.

—A... abajo. —titubeó, aferrándose a esa última esperanza que le ofrecían.

El Alas Negras inclinó ligeramente la cabeza a un lado, sus ojos oscuros como una noche sin luna eran más propios de una bestia, y susurró con voz gutural:

—Mentía.

Arrancó su corazón y lo lanzó al suelo, con la sangre goteando entre sus dedos. La saboreó mientras su víctima, con el rostro desencajado y una palidez extrema en su piel golpeaba inerte el suelo.

Caminó despacio, seguro de sí mismo, buscando el acceso a la planta inferior. Se alimentó de aquellos que se cruzaban en su camino, dejando tras de sí un reguero de cadáveres, haciéndose cada vez más poderoso. Con el mutilado fuera de combate ahora era imparable. Daba igual contra cuántos se enfrentara, iba a salir vencedor.

Se dejó guiar por su agudizado oído, siguiendo el sonido de varias voces. Entre ellas reconoció la del hombre de la túnica negra, el líder, encerrado en sus aposentos y protegido por varios guardias, confiado de que su arma, el antiguo Alas Negras no podía fallar. Hunter tiró la puerta abajo. Inmediatamente cuatro leales al líder se pusieron en pie, interponiéndose entre ellos dos. Uno de ellos alzó una espada contra él, pero la sujetó por el filo, seccionando la piel de su mano. Desestabilizó a su portador con una patada en el vientre y le arrebató el arma. El corte de su palma desapareció al instante. Provisto con la espada no le costó deshacerse de los protectores del líder. Pronto quedaron sólo ellos dos solos.

—Nunca fallo una misión. —sentenció.

El hombre de la túnica negra clavó sus ojos en él, aterrorizado con la convicción de que iba a encontrar la muerte a manos del Alas Negras. Con un certero movimiento del arma blanca, Hunter cercenó su cabeza que cayó rodando hasta sus pies.

El Alas Negras regresó al piso superior, buscando esta vez la salida del complejo. Llegó hacia la zona reservada a los humanos. Se permitió el lujo de obsequiarse con un festín, hacía mucho que no se deleitaba con la sangre humana. Una mujer de mediana edad se escondía, asustada, tras un mueble de madera. Sollozaba con su cara oculta entre sus manos. Hunter se acercó a ella, y le rozó el hombro, casi con delicadeza. La mujer se dejó engañar por aquellos ojos azules, ahora condescendientes. Acarició su rostro con las yemas de sus dedos, descendiendo hasta su cuello, localizando la vena yugular. Sus ojos se oscurecieron repentinamente y clavó sus colmillos con fuerza, escuchando como el pulso de la mujer se aceleraba, reaccionando a la necesidad de nutrir su corazón y su cerebro de sangre, conforme él la iba vaciando, hasta que por fin, sin apenas líquido carmesí circulante en sus arterias, se detuvo por completo. Hunter la saboreó durante un

instante más, antes de desecharlo su cuerpo y proseguir su camino.

Hasta sus oídos llegó el palpitar del corazón de June, latiendo de manera rítmica pero de forma más pausada. Percibió en sus fosas nasales el aroma de su sangre. Pese a estar saciado, aquel olor volvió a despertar su apetito. La niña estaba herida. La vio acurrucada contra una pared. Yacía inconsciente. Se sintió tentado a probar su sangre, pero pasó de largo. Ya había bebido suficiente por el momento.

Continuó caminando por el corredor, con paso firme, seguro de sí mismo, regodeándose con el caos que había levantado a su alrededor. Gritos de pánico cada vez que alguien descubría un cadáver, gente corriendo, llorando, asustada que buscaba refugio de aquel ser que había desatado el mismo infierno.

Llegó al final del pasillo. Alzó su mirada hacia el techo, que culminaba en un gran ventanal por el que tímidamente se asomaba el reflejo de la luna llena. Buscó un objeto a su alrededor, que fuera lo suficientemente pesado para su propósito y lo lanzó contra él, fragmentándose en una lluvia de cristales que cayó sobre el cuerpo del Alas Negras. Desplegó sus alas y alzó el vuelo, abrazando la libertad.

CAPÍTULO VI

El frío aire de la noche acarició el plumaje de sus alas negras, con sus cabellos negros mecidos por el viento. Se alejó unos metros del complejo, una estructura de cemento perdida en mitad de ninguna parte, camuflada por un espeso bosque.

En lugar de la sensación de libertad que había esperado, sentía algo parecido a la culpabilidad, un sentimiento totalmente nuevo para él. Se extrañó de que traicionar a una insignificante niña humana le importara tanto. Decidió regresar a por ella y sacarla de allí para cumplir su promesa. Después la abandonaría a su suerte, con total seguridad, la pequeña no conseguiría alcanzar la ciudad con vida.

Descendió con elegancia por la abertura del ventanal, replegando sus alas instantes antes de que sus pies tocaran el suelo. Desandó el camino hasta llegar al lugar en el que se encontraba June. Su corazón seguía latiendo. Se arrodilló a su lado y retiró un mechón rojizo de su pelo, que cubría parte de su rostro. Tenía una herida abierta en la sien, no parecía grave, pero probablemente el golpe que la había causado fuera el motivo de que la niña se encontrara inconsciente. Sin pensarlo, deslizó sus dedos sobre ella, impregnándolos con su sangre y se los llevó a la boca, saboreando su sangre, sangre inocente. Aquello era lo más delicioso que había probado nunca. Dominó el ansia de alimentarse de aquel manjar y la alzó, sin esfuerzo. Con June entre sus brazos, desplegó sus alas y voló de nuevo, fuera del complejo.

Tras alejarse un par de kilómetros del lugar de su encierro, depositó cuidadosamente a la niña sobre la hierba. Se sentó a su lado, a observarla. Se revolvió intranquila y temblaba de frío. Se tumbó a su lado y la rodeó con un brazo, estrechándola contra su torso desnudo, pero su piel estaba demasiado tibia como para que su cuerpo entrara en calor. Extendió sus alas y la cubrió con una de ellas, protegiéndola del viento helador de aquella fría noche. Tan cerca, el latido de su corazón atormentaba sus sentidos y despertaba a la bestia de su interior que le urgía a apoderarse del líquido más valioso que había descubierto hasta entonces. Y por primera vez en su larga existencia, reprimió su instinto asesino.

Ella se acomodó, todavía adormilada y susurró:

—Yo tenía razón, eres un ángel.

—Nunca confíes en un Alas Negras. —le advirtió.

Hunter veló el sueño de la niña hasta que el hambre que le provocaba su proximidad fue insoportable. El sol ya había comenzado a aparecer por el horizonte y supuso que el calor de sus rayos sería suficiente para mantener la temperatura del cuerpo de June sin necesidad de sus alas, por lo menos a él le estaban abrasando la piel. Se incorporó y salió de caza. No se alejó mucho de ella, pues él no era el único depredador que acechaba por la zona. No iba a permitir que nadie más disfrutara de aquella exquisitez. Era suya. Pero todavía no. Demasiado inocente. Tras una ardua búsqueda por los alrededores se tuvo que conformar con saciar su sed con la sangre insípida de unos lobos. La insatisfacción de su apetito le hizo regresar junto a June, dispuesto a deleitarse con su sabor, obviando su candidez, con sus ojos oscureciéndose más a cada paso que

se acercaba a ella.

La niña estaba sentada, mirando embelesada el amanecer que teñía con su magia la luz del bosque. El brillo de emoción en sus ojos inocentes, castaños con motas verdes, descubriendo el mundo por primera vez, hizo que los del Alas Negras tornaran a su color azul original, calmando momentáneamente sus ansias de sangre.

—Hola. Pensaba que los vampiros no podíais estar bajo la luz del sol. —saludó con una sonrisa, sin ningún atisbo de miedo ante la presencia de Hunter.

—No soy un vampiro común. Me resulta desagradable la sensación de ardor de mi piel, pero no voy a estallar en llamas por estar expuesto a los rayos del sol.

—¿Tienes nombre?

—Me llaman Hunter.

—Gracias por sacarme del complejo.

—Sólo he cumplido mi parte del trato. Aunque estuve tentado de no hacerlo y dejarte allí.

—Ahm. —June suspiró con un tinte de decepción en su mirada.

—Vamos, te llevaré a la ciudad. Estarás mejor entre los tuyos. Quedarnos aquí podría resultar peligroso para ti.

—Pero tú me protegerás, ¿verdad? —preguntó, esperanzada.

—Ahora mismo yo soy tu mayor amenaza. —sentenció. —Vamos.

—¿Andando? —él no contestó y comenzó a caminar. June tuvo que trotar para ponerse a su altura. —¿No podemos ir volando?

Hunter la miró de arriba a abajo.

—Tú no tienes alas y las mías no se llevan bien con el sol. Así que iremos andando.

—¿Qué pájaro es ese? ¿Eso es una ardilla? ¿Sabes cómo se llama esa flor?

Todo era nuevo para ella. Alguna imagen le resultaba familiar, de las fotografías de los libros en los que solía enterrar su nariz durante las horas que pasaba en la biblioteca. Pero verlas en realidad era mucho más bello.

—Queda un largo camino, será mejor que permanezcas en silencio y guardes tu energía para caminar. —la voz de Hunter sonaba seria, exasperado ante la infinita curiosidad de la niña.

Caminaron durante un rato, siguiendo un sendero que los alejaba de la espesura del bosque y los iba acercando a la civilización. Pronto llegaron a una carretera poco transitada que discurría entre hileras de árboles, con alguna granja dispersa a ambos lados de ella. Hunter buscó el cobijo de la sombra de los árboles, esquivando la luz directa del sol. La pequeña comenzaba a fatigarse.

—Hunter, por favor, ¿podemos descansar? Me duelen los pies y tengo hambre.

—Yo también. —él se giró hacia ella, con sus ojos prácticamente negros, mostrando sus colmillos. —Así que cállate y camina, o pondré fin a tu problema solucionando el mío.

Ella dio un respingo, retrocediendo unos pasos para alejarse de él. Hunter cerró los ojos con fuerza, apretando la mandíbula, esperando controlar aquel impulso de saltar sobre la pequeña. El sol estaba en lo más alto del cielo y cada vez le resultaba más molesto, mermando sus capacidades y su voluntad. Necesitaba alimentarse para contrarrestar sus efectos.

Hunter percibió el sonido de un motor a lo lejos. Un coche se acercaba por la carretera. Empujó a la niña hacia el asfalto, que cayó al suelo. June no tenía tiempo de incorporarse y huir del vehículo que se le echaba encima. Cerró los ojos esperando el impacto, sin comprender por qué el Alas Negras la había arrastrado a la muerte de aquella forma después de liberarla del complejo.

El conductor consiguió frenar en el último instante. En cuanto el coche se detuvo, Hunter se

abalanzó sobre él, desgarrándole el cuello de una forma salvaje y alimentándose hasta dejarlo seco. June observaba la escena, de rodillas sobre el pavimento, aterrada por la violencia del Alas Negras, pero sin poder apartar su mirada de la dantesca imagen, fascinada por la demostración de fuerza y poder de su acompañante de viaje. Hunter despojó al hombre de su vestimenta. Todavía llevaba los mismos vaqueros que cuando le capturaron, hechos trizas, manchados de sangre, sudor y polvo. Se vistió con la camiseta negra y los pantalones del cadáver, desechando su cuerpo desnudo a la cuneta.

Hizo un gesto a la niña para que ocupara el asiento del copiloto. Se limpió los restos de sangre de su boca con la manga de la camiseta y puso en marcha el vehículo en dirección a la ciudad. June permaneció en silencio durante todo el trayecto, en alerta, sintiendo alivio en sus piernas cansadas y lanzando miradas furtivas al Alas Negras, sin bajar la guardia, sabiendo que ella podría ser su siguiente víctima.

Llegaron hasta las afueras de una ciudad grande, una ciudad cualquiera, quizá antaño capital de un país. Su ciudad. Hunter callejeó durante unos minutos hasta localizar la dirección deseada. June contemplaba absorta los edificios altos, los comercios, los parques, la gente que paseaba tranquila por las calles y aquellos que se apresuraban porque llegaban tarde a una cita.

Aparcaron el coche junto a la acera y él se apeó del vehículo.

—Espérame aquí, vuelvo enseguida.

June asintió, observando como Hunter entraba en un edificio cercano. Permaneció en su interior apenas unos minutos antes de regresar a su lado. Con un gesto la instó a que abandonara su asiento y saliera del coche. Se colocó frente a ella, sujetó con firmeza su mandíbula, arrodillándose para quedar a su altura y obligó a la niña a mirarle a los ojos.

—Olvídame. Olvida tu pasado y comienza una nueva vida. Vete a casa.

June se quedó paralizada, hipnotizada por aquellos ojos cambiantes, observando como Hunter se alejaba caminando entre las sombras. Conforme su imagen iba desapareciendo de su vista, el conocimiento de la existencia del Alas Negras se desvaneció.

Sólo unas palabras resonaban en su mente “Vete a casa”. Giró sobre sí misma y se encaminó directa hacia el edificio, hacia su nuevo hogar.

CAPÍTULO VII

June atravesó las puertas del edificio. Sobre ellas, un cartel, “Casa de Acogida HOPE”. Fue recibida por un matrimonio de mediana edad tras un mostrador. Pese a que últimamente no contaban con muchos recursos y la pareja había tomado la decisión de no aceptar a más niños, hicieron una excepción con ella. Quizá fuera por su aspecto, desaliñada, con su cabello rojizo enmarañado, con restos de sangre seca de la brecha en su sien, ataviada con un vestido basto de tela gris, demasiado amplio para aquel cuerpo escuálido.

—Hola, bonita, ¿cómo te llamas? —preguntó la mujer, con voz cándida, luciendo una sonrisa que invitaba a confiar en ella.

La pequeña titubeó. No lograba recordar su nombre. Su vista se desvió de manera inconsciente hacia su muñeca izquierda, perdiéndose entre los finos trazos de su tatuaje.

—June... —sus ojos marrones, con motas verdes aparecían tristes y vacíos.

—¿Qué te ha pasado?

Ella no supo qué contestar. Se limitó a encogerse de hombros. Aquello no sorprendió al matrimonio. No se extrañaron de que la niña no recordara nada de su pasado, era bastante habitual que los niños que recibían en su hogar llegaran en estado de shock. En un mundo en continua guerra entre las diferentes facciones de seres sobrenaturales, los niños humanos tenían que presenciar toda clase de atrocidades. Aquel caso parecía ser, simplemente, uno más.

—No te preocupes, pequeña, no pasa nada. Yo me llamo Michelle y éste es mi marido, Jakob. ¿Tienes hambre?

Ella tampoco recordaba cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez que probó bocado. Su estómago rugió como respuesta a la pregunta de la mujer. Le pasó un brazo por encima de los hombros y le acompañó hasta el comedor, tras subir un tramo corto de escaleras.

June tomó asiento junto a una niña algo mayor que ella, de unos catorce años, de piel morena y un niño regordete de su misma edad, con cabellos rubios rebeldes que enmarcaban su rostro. No tardó en devorar el plato de guiso que colocaron frente a ella. Fijó la mirada en su comida, notando los ojos del resto de comensales clavados en ella. Le sirvieron una segunda ración. Hasta aquel momento no había sido consciente de lo realmente hambrienta que se encontraba.

Una vez que hubo saciado su apetito, la condujeron hasta su habitación, compartida con otras cinco chicas de diferentes edades. Sobre su cama, algo de ropa limpia y unos enseres de higiene personal. Una de las chicas mayores, parca en palabras, le mostró dónde se encontraban las duchas comunes y June se dio un baño, dejando que el agua caliente arrastrara el polvo y la suciedad de su cuerpo exhausto. Se cepilló cuidadosamente su melena hasta que sus cabellos quedaron desenredados, mientras observaba su reflejo en el espejo. Sus dedos tocaron el corte que tenía en la sien, rodeado por un hematoma. El simple roce hizo que la herida le escociera. Se vistió con la ropa que le habían prestado, un pantalón negro desgastado, pero muy cómodo y una camiseta un par de tallas mayor que la suya.

Con el pelo todavía húmedo se acostó en su camastro, con el sol aún desvaneciéndose por el

horizonte. Ni siquiera se molestó a cubrir su cuerpo con las mantas. Estaba agotada y no tardó en dormirse. Entre sus sueños de vastas extensiones de prados verdes, se coló un pájaro de alas negras volando bajo la luz de la luna llena.

Hunter había sugestionado al matrimonio regente del hogar de acogida para que admitieran a June. Después les había obligado a olvidar su visita, al igual que había hecho con su existencia para la niña. Tras dejarla allí, vagó durante días, dando vueltas por la ciudad aprovechando a saciar su apetito con algún incauto que se cruzaba en su camino. Sin ser consciente de ello, sus pies le guiaron hasta la sede del clan al que perteneció en el pasado. Había sido entrenado para regresar con su amo.

Se encontraba a punto de abrir la puerta trasera de acceso cuando dudó. Había sido apresado y torturado por servir a alguien que ni siquiera le importaba. Nadie le había ayudado, nadie había ido a sacarle de aquella minúscula celda. No debía nada a nadie. No era propio de los de su especie cuestionarse la fidelidad y rebelarse contra su dueño. Pero estaba harto de luchar en una guerra que no era la suya sin recibir más recompensa que el placer que obtenía al sesgar vidas. A partir de ahora cazaría por y para él. No habría más facciones, sería libre. Sería el primer Alas Negras libre.

—¡Ey tío, vaya masacre has provocado!. El jefe estará contento de saber de tu regreso. Con la debacle que has ocasionado en el clan rival, el líder se ha hecho con el poder de la ciudad.

—Veo que las noticias vuelan. —Hunter sonrió, dejándose agasajar por los tres lacayos del líder, que habían irrumpido justo cuando el Alas Negras iba a renunciar a su servidumbre—. ¡Vamos, celebraremos mi regreso dando caza a algún humano incauto! Ya habrá tiempo para volver al trabajo más tarde.

No sospecharon. Los llevó lejos de la sede. No podía dejar ningún rastro, tenía que hacerlos desaparecer. Aquel parecía un buen lugar, un callejón sin salida. El primero cayó muerto antes de que fueran conscientes de que el Alas Negras les había tendido una trampa. Atravesó su espalda con un golpe firme, alcanzando su corazón desde atrás hasta detener su latido. Los otros dos se pusieron en guardia. Demasiado tarde. Dos simples vampiros poco tenían que hacer contra él. Al segundo le partió el cuello y al tercero le desgarró la carótida y pese al sabor amargo de su sangre, bebió hasta desecar su cuerpo.

Amontonó los tres cadáveres y les prendió fuego, observando embelesado cómo eran consumidos por las llamas. El viento provocado por sus alas desplegadas esparció las cenizas borrando las huellas del incendio, mientras alzaba el vuelo y se perdía, como una sombra más, entre los tejados de los edificios.

CAPÍTULO VIII

Los días fueron pasando y a pesar de que la herida de su cabeza ya había sanado, no conseguía que los recuerdos de su pasado regresaran a ella. Así que tuvo que crearse otros nuevos.

Aprendió las precauciones básicas que tenía que tomar para conseguir sobrevivir, evitando las luchas entre los diferentes clanes que se disputaban la hegemonía de la ciudad. Las reglas eran sencillas, evitar la noche y la oscuridad. Durante el día y mientras el sol brillara, estaría a salvo.

La mayoría de internos de la casa de acogida enseguida la aceptaron como un igual, sin embargo, ella, aunque se esforzaba en adaptarse sentía que aquel no era su lugar. Estableció una relación cordial con varios de los niños, pero a ninguno se atrevió a llamarlo amigo. De carácter afable, aunque algo introvertido, June no dudó en involucrarse en el cuidado de los niños de más corta edad, haciendo que el matrimonio la tuviera en alta estima, lo que suscitó la envidia entre los residentes más egoístas.

Daisy era una de ellas. Era la chica morena que se sentaba a su lado en el comedor, con la cama anexa en la habitación compartida con las chicas. Siempre había sido la favorita de Michelle y Jakob y no iba a permitir que aquella pelirroja recién llegada le usurpara el puesto. Intentó hacerle la vida imposible y poner en su contra al matrimonio y al resto de los residentes, pero June no era de las que se dejaban amedrentar a las primeras de cambio.

Les habían reunido a todos antes de la hora de acostarse en el salón. En los casi dos años que June llevaba allí, era la primera vez que lo hacían. El número de internos había ido mermando en ese tiempo. Apenas superaban la veintena. El invierno pasado había sido especialmente cruento y unas fiebres acabaron con la vida de tres niños. Otros dos, ya adolescentes, simplemente rompieron las reglas y fueron atrapados por la noche.

Ya sólo quedaban ocho niñas y trece chicos, con edades comprendidas entre los seis y los diecisiete años.

—Os hemos reunido aquí porque estamos muy disgustados... —comenzó diciendo Jakob, dolido—. Os acogimos en nuestra casa, os hemos ofrecido lo poco que teníamos y lo último que esperábamos era recibir ésto a cambio.

—Alguien ha robado las pocas joyas que conservaba de mi familia. —continuó Michelle. — Las cosas últimamente están siendo un poco complicadas. El gobierno tiene asuntos más importantes de los que ocuparse que una casa de acogida. Íbamos a empeñar las joyas, para seguir adelante. Ésto hace la situación más difícil todavía. Esperamos que salga el responsable y devuelva las joyas cuanto antes. Si no, nos veremos obligados a cerrar el centro...

Un murmullo de preocupación se extendió por la sala.

—El otro día vi a la pelo zanahoria salir de vuestra habitación. No le di más importancia, aunque me resultó extraño... ahora empiezo a atar cabos... —comentó Daisy.

—Si, si, yo también la vi. —la acusación de un chico de unos doce años se sumó a la de la chica morena, cuando ésta le propinó un disimulado codazo.

Todas las miradas se dirigieron hacia June.

Ella guardó silencio y agachó la cabeza. No había robado las joyas del matrimonio, pero sí que había estado en el dormitorio de Michelle y Jakob y sabía que Daisy la había visto salir de aquella estancia. Había estado rebuscando en la colección de libros de la pareja alguna referencia que pudiera explicar su sueño, que llevaba repitiéndose casi a diario desde que llegó al hogar de acogida, un pájaro de alas negras volando bajo la luz de la luna llena. No quiso revelar el verdadero motivo de su incursión. No quería que Daisy conociera más información sobre ella que la estrictamente necesaria, ya que la utilizaría para dañarla.

—June, ¿tienes algo que decir?

—Yo no tengo las joyas. —fue lo único que declaró.

Pero daba igual, nadie le creyó. La mirada de decepción del matrimonio se clavó en June como si de un afilado cuchillo se tratara. Por el rabillo del ojo observó como la chica morena sonreía, satisfecha.

Las joyas no aparecieron. June se sintió responsable pese a que se sabía inocente y no iba a permitir que el centro que la había recibido cuando estaba perdida cerrara sus puertas. Cada día, en cuanto amanecía, abandonaba el edificio y vagaba por las calles, recogiendo materiales que pudiera vender a un chatarrero y haciendo pequeños encargos a cambio de unas pocas monedas: ayudar a transportar las pesadas bolsas de la compra a una anciana, descargar las cajas de fruta del camión de reparto en un comercio, etc.

Mínutos antes del anochecer, regresaba a casa y entregaba sus ganancias al matrimonio. Ellos aceptaban su pequeña aportación, pero ya no volvió a recuperar su confianza. Nadie la volvió a tratar igual y pese a estar rodeada de gente, se sintió sola. Tenía que aguantar las burlas y las bromas pesadas de Daisy y su grupillo, con lo que pasar tantas horas fuera de casa, le resultaba incluso agradable. Aprendió cada calle, cada parque, cada recoveco de aquella enorme ciudad como si ella misma la hubiera diseñado.

El centro de acogida siguió abierto, pero no volvió a acoger a ningún niño más. Michelle enfermó y a los pocos meses falleció. Daisy, con más de veinte años, se aprovechó del corazón dolido de Jakob para ocupar su lugar y se mudó a su habitación para brindarle consuelo. Las risas infantiles que antaño inundaran esas cuatro paredes acallaron, dando paso a un ambiente frío y silencioso.

Con Daisy al frente, ya no había lugar para June, si es que alguna vez lo había habido tras la injusta acusación de hurto, así que decidió marcharse. Durante aquellos años que había intentando remendar el delito del que falsamente se le inculpaba había aprendido a valerse por sí misma. Con 17 años, ya no era una niña, sabía cómo conseguir dinero, dónde encontrar comida, qué lugares evitar ya que resultaban peligrosos incluso bajo la luz del sol... Sólo le faltaba encontrar un lugar para refugiarse de la noche.

Recogió sus escasas pertenencias en una mochila. Mientras hacía su equipaje, algo le llamó la atención. Entre el colchón y la base de la cama anexa a la suya asomaba un objeto brillante. June alzó el colchón. El final de una cadena de oro asomaba de una bolsa de plástico. Las joyas desaparecidas años atrás. Todo este tiempo habían permanecido tan cerca suya, bajo la cama perteneciente a Daisy.

No lo dudó. Llevaba los últimos seis años pagando aquellas joyas que creía perdidas. Su aportación superaba con creces el valor real. Las metió en la mochila y abandonó la casa de acogida sin mirar atrás cuando los primeros rayos del amanecer empezaban a asomarse por el horizonte.

CAPÍTULO IX

No pensaba huir, no quería esconderse, sólo quería que lo dejarán en paz. Buscó su propio refugio, un habitáculo escondido en los viejos túneles del metro al que se accedía por una abertura escondida en el trayecto de aquellas vías que hacía años que habían dejado de ser transitadas por trenes. Demasiado oscuras, incluso a la luz del día para que los humanos se adentraran en ellas.

El Alas Negras no buscaba pelea, simplemente se deshacía de aquellos que osaban interponerse en su camino. Daba igual humanos o vampiros, siempre invicto, caminaba por la ciudad haciéndola suya.

Mandaron lacayos del clan al que anteriormente pertenecía a buscarle, pero ninguno regresó a informar al líder de cuál era su paradero. Todos desaparecían sin dejar rastro, cada día en un distrito diferente de la ciudad. La noche pasó a ser su dominio.

Había llegado a aquella ciudad para limpiarla de la escoria vampírica. Era un reputado cazavampiros que había puesto fin a decenas de chupasangres. Su objetivo era recuperar la ciudad para los humanos. Gracias a una herencia millonaria estaba dotado de las más sofisticadas armas existentes. Ningún vampiro contra el que se había enfrentado había conseguido sobrevivir. Pero él no era un vampiro cualquiera, él era un Alas Negras. Y aquel humano insolente había invadido su feudo.

Hunter estaba furioso. Durante las últimas noches, había encontrado varios cadáveres de vampiros en las calles de la ciudad. Había estudiado con detenimiento los instrumentos utilizados para acabar con ellos. Parecía obra de humanos. Se sorprendió de que hubiera resultado vencedor en una lucha contra una raza superior. Aquella noche salió en su búsqueda. No tardó en localizarle. Siguió su rastro por las calles, observando sus movimientos.

Saltó por encima de los edificios para cortarle el paso. El humano se sobresaltó ante su llegada, pero se sobrepuso enseguida. Disparó su ballesta. Tres flechas seguidas directas a su corazón. El arma era la más rápida que jamás hubiera visto Hunter. Interpuso su brazo en la trayectoria, recibiendo los tres impactos, sin inmutarse. No pareció sentir dolor. Lanzó otro proyectil, un dispositivo que explotó al contacto con la mano del vampiro cuando intentó detenerlo, vaporizando un líquido que cayó sobre él, abrasando su piel.

El humano sonrió. Aquel líquido inutilizaba a los chupasangres, los volvía débiles y vulnerables. Después, tan sólo tenía que acercarse a ellos y perforar su corazón con una daga. El vampiro estaba acurrucado, parecía fuera de combate. Desenvainó el cuchillo y se aproximó aún más a él, dispuesto a asestar el golpe de gracia. Pero Hunter no era como los otros vampiros a los que estaba acostumbrado a enfrentarse. Se alzó, irguiéndose al mismo tiempo que desplegaba sus alas negras dotándolo de mayor envergadura y miró, desafiante al cazavampiros, con sus ojos azul oscuro, casi negro, cargados de ira. El hombre trastabilló y cayó de espaldas, todavía portando el arma en su mano, que intentó clavar en su contrincante en un impulso desesperado. El Alas Negras detuvo su mano sin esfuerzo, apretándola y sintiendo cómo los huesos se fracturaban bajo su presión.

—Te has enfrentado con la persona equivocada.

—No por favor, no me hagas daño, me iré de tu ciudad.

—Es tarde para eso.

—¡Oh dios mío, no! —el cazavampiros imploró a su dios una oportunidad de salvación.

—No existe más dios que yo, un dios cruel que juega con tu miedo.

Agarró al humano por el cuello, elevándole del suelo y lo mantuvo así, mientras el cazavampiros golpeaba en vano esa mano que lo apresaba, pugnando por volver a respirar. Perdió el control de sus esfínteres mientras su rostro se tornaba cianótico hasta que al final convulsionó al borde de la muerte, para después dejar su cuerpo flácido. Con una mirada de repugnancia, lanzó el cadáver contra una pared, la cabeza reventó, decorando la pared con sus sesos. Abandonó sus restos allí, dejándolos como una nota de advertencia para aquellos que osaran enfrentarse a él.

CAPÍTULO X

Mantenerse con vida era tarea sencilla mientras el sol permanecía presente en el cielo. La cosa cambiaba cuando éste se ocultaba y más ahora que existía el rumor de que un monstruo temido incluso por los propios vampiros vagaba por la ciudad, así que la prioridad de June fue encontrar un lugar en el que permanecer durante las horas de oscuridad.

Encontró un apartamento en alquiler en un viejo edificio en el centro de la ciudad. Pequeño y viejo, con las paredes desconchadas y una instalación eléctrica bastante precaria. Mal aislado del frío y del ruido de la calle, pero suficiente para mantenerla protegida. El escaso dinero del que disponía le negaba aspirar a otras opciones mejores. Tuvo que conformarse con amueblarlo con los desechos de otras personas. Ya tendría oportunidad más adelante de cambiarlos por unos más adecuados.

A los pocos meses conoció al primer y único amigo que había encontrado hasta entonces. Un cachorro de perro lobo famélico, sin fuerzas para rebuscar en la basura algo que llevarse a la boca, con el pelaje sucio y embarrado y con zonas en carne viva.

De regreso al cuchitril en el que habitaba, con el sol amenazando con ocultarse y dar paso a los reyes de la noche, se apiadó del animal. Intentó acercarse a él, pero el cachorro se mostraba receloso, y aunque apenas se mantenía en pie, mostró sus dientes, gruñendo desafiante, clavando en ella sus ojos heterocromáticos, uno verde y otro azul. Ella le mantuvo la mirada, intentando transmitir al animal que sus intenciones eran buenas, mientras acercaba su mano lentamente, hasta que consiguió posar sus dedos sobre el lomo del animal. Recibió con desconfianza la primera caricia pero tras olfatear a la chica, agachó la cabeza, permitiendo entonces que June lo cogiera en brazos y lo trasladara hasta el apartamento.

June tuvo que fabricar un improvisado biberón con una botella de plástico para poder alimentar al animal y un camastro con una manta vieja. Sin embargo, el perro prefirió el viejo colchón que la joven había encontrado junto a un contenedor y le hacía las veces de cama. Se tumbó junto a ella mientras se dejaba acariciar.

—Bueno, ya está. Ahora sólo te falta un nombre.

Un trueno iluminó la habitación, haciendo que June se sobresaltara. El perro aulló en respuesta a la tormenta.

—Lo tengo, te llamaré Storm. —el animal lamió los dedos de su dueña.

June se durmió, con Storm apoyado en su regazo. Otra vez el mismo sueño de siempre. Una noche fría, despejada, iluminada por el brillo de la luna llena. Una sombra, cruzando por delante de ella, un pájaro, batiendo sus alas negras mientras sobrevolaba el cielo. Esta vez, había una diferencia, el pájaro se lanzó en picado hacia ella, contra el suelo, y justo en el momento en que sus garras rozaban la tierra, adoptó una forma humana y sintió sus ojos clavados en ella a través de la oscuridad, sin que June pudiera distinguir sus rasgos, ocultos en las tinieblas.

Aquel sueño se convirtió en su obsesión. Sabía que significaba algo. No podía ser que el mismo sueño se hubiera repetido casi a diario desde los nueve años. Devoró los libros que fue

encontrando a su paso, sin que hallara ninguna respuesta a aquellas imágenes.

Con el paso de los días y el cuidado y los mimos que le proporcionaba June, Storm no tardó en convertirse en un animal fuerte y ágil. Sus músculos se fortalecieron y su pelaje de color gris y blanco se tornó suave y sedoso.

Siempre que June se lo permitía, la acompañaba en sus paseos por la ciudad, saltando a su alrededor, esperándola pacientemente en la puerta a que la joven acabara de hacer los encargos que le permitía conseguir su sustento. Y cuando ella le dejaba en casa, permanecía atento a la puerta, sufriendo hasta su regreso y la recibía alegre, meneando el rabo, buscando con el hocico sus caricias. Siempre alerta, como un perro guardián, dispuesto a defenderla si alguien osaba amenazarla. Por suerte durante los siguientes cuatro años aquello no fue necesario.

June se sentía segura, pero sobre todo, acompañada, había encontrado en aquel ser de cuatro patas a su más fiel amigo. Y en aquel minúsculo apartamento destartado, sin calefacción y con una luz que funcionaba a días, encontró su lugar.

CAPÍTULO XI

Hacía ya unos minutos que la alarma del toque de queda había sonado por los escasos megáfonos que todavía seguían funcionando en la ciudad. La gente había empezado a perderle respeto a aquella advertencia. La población de vampiros había mermado últimamente y las noticias sobre humanos fallecidos habían ido disminuyendo. Ya no parecía tan peligroso caminar por la ciudad de noche.

Se le había hecho tarde en la biblioteca. Por fin había encontrado un libro en el que se mencionaba a una raza especial de monstruos sobrenaturales alados, que aparecían ilustrados como unos horribles demonios con cuernos y enormes colmillos. Arrancó disimuladamente las hojas del libro. Poco tenía que ver con la figura que se le aparecía en su sueño recurrente: un pájaro de alas negras que surcaba el cielo bajo la luz de la luna llena que adoptaba una silueta humanoide al tomar tierra que quedaba oculta entre las sombras.

Un silencio extremo le dejó la sangre helada. El ruido de los tacones de sus botas, golpeando la acera en su apresurada marcha hacia su apartamento resonaba por toda la calle. El ambiente era frío, una niebla densa dificultaba la visibilidad, parecía que el aire se pudiera cortar. Una sensación gélida recorrió su columna vertebral, como si de pronto la temperatura se hubiera desplomado cinco grados. La atmósfera se tiñó de un aura maléfica. Se detuvo en seco, presintiendo el peligro. Deseó entonces poder contar con Storm a su lado. Lo había dejado en el apartamento, no pensó que su visita a la biblioteca se fuera a dilatar tanto en el tiempo. Se forzó a escuchar a su alrededor, sólo se oía su respiración, alterada y entrecortada.

—Mira qué tenemos aquí... —Un hombre alto, con el pelo rubio se dirigía hacia ella, acompañado de otro con el pelo rapado.

—¿No sabes que es peligroso para una humana andar sola de noche? —añadió su acompañante.

—Más vale que te has encontrado con nosotros que somos gente de fiar. —Replicó el hombre del pelo rubio, provocando las carcajadas de su amigo que dejó ver sus colmillos afilados.

June se maldijo por haberse confiado tanto. Había creído que llegaría a casa antes de que el sol terminara de ocultarse. Y todo por esa estúpida obsesión. Ahora ya no tenía nada que hacer, no iba a poder escapar de aquellos dos vampiros. Sólo esperaba que fuera rápido y que no doliera demasiado. Pensó en su fiel amigo mientras cerraba los ojos y el vampiro de pelo rapado se lanzaba a su cuello.

Hunter caminaba por la calle cuando sus aguzados sentidos captaron un par de voces y el acelerado latido de un corazón humano asustado. Decidió unirse a la fiesta.

Cuando llegó hasta ellos, uno de los vampiros desgarraba el cuello de la humana. El latido de aquel corazón le resultaba familiar.

—¿Qué es eso de celebrar un festín sin invitarme? Es de mala educación.

—Ey, tío, marchate a otro lado. La pelirroja es nuestra.

El vampiro de pelo rapado se giró hacia él, dejando que su amigo rubio ocupara su lugar y

degustara a su presa. Entonces la vio entre los dos vampiros. Ya no era la niña que conoció, pero no había duda de que se trataba de June. No sabía cuántos años habían pasado desde que la dejó a las puertas del hogar de acogida, el tiempo carecía de importancia para él. Se había convertido en una atractiva mujer, con su melena rojiza cayendo en ondas por su espalda. Tendría más o menos la edad que él aparentaba, ventipocos años. No iba a dejar que aquellos dos degenerados disfrutaran de la sangre más deliciosa que había probado nunca. Era suya, sólo suya.

Desplegó sus alas negras, adoptando una postura intimidatoria. Los dos vampiros se giraron hacia él, a la defensiva. June abrió sus ojos castaños, moteados de verde cuando dejó de sentir la presión de su atacante. Con la visión nublada, sólo alcanzó a ver una sombra, una forma humana con alas negras sin distinguir sus rasgos. Era la figura de su sueño. Se apoyó en la pared, mareada, débil y creyó estar delirando.

Hunter se abalanzó sobre uno de ellos, rompiéndole el cuello con un giro brusco, dejándolo momentáneamente fuera de combate. Se encaró con el otro vampiro, el del pelo rapado, que le observaba con ojos asustados cuando le desgarró el cuello de forma violenta absorbiendo su vida. Dejó que su cuerpo cayera inerte al suelo y volvió su atención hacia el rubio, que todavía yacía inconsciente. Clavó sus colmillos en la yugular hasta desecarlo completamente.

Después se acercó a June para comprobar su estado. La joven se mantenía en pie gracias al sustento de la pared. La estudió con sus ojos azules que luchaban por no oscurecerse ante el apetito que le causaba su herida abierta. Ella, por fin, vio la silueta de su sueño reiterado definirse bajo la luz parpadeante de una farola.

—Hunter... —aquella palabra escapó de sus labios, de manera inconsciente, en un susurro, instantes antes de desmayarse.

—Hace mucho que no escuchaba ese nombre. —él sonrió y la cogió antes de que cayera al suelo.

La alzó en brazos, sin apenas esfuerzo y se la llevó a su casa. En aquella ocasión no se molestó en borrar el rastro de su matanza y caminó, abriéndose camino entre la oscuridad de las calles, hasta llegar a los túneles del metro que daban acceso a su guarida.

La depositó con suavidad sobre su cama, despojándola de las botas y del abrigo.

—Qué desperdicio. —pensó, al ver cómo la sangre de la chica se había derramado, desde su cuello, tiñendo su abrigo gris.

La arrojó y se alejó unos metros de ella para velar su sueño, manteniendo una distancia prudencial. Debatíéndose con la bestia interior que pugnaba por salir y apoderarse del maravilloso líquido que corría por las venas de la muchacha.

—No, todavía no. —se dijo.

Se revolvió en la cama, negándose a abandonar aquel sueño reparador. Con una sensación cálida agradable, envuelta en un suave edredón de plumas. Entonces cayó en la cuenta de que aquella no era su cama. El cómodo colchón mullido nada tenía que ver con el de segunda mano que tenía sobre su desvencijado camastro.

Se incorporó de pronto, quedándose sentada. Sus ojos tardaron unos instantes en acostumbrarse a la escasa luz de la estancia, tenuemente iluminada por unas velas.

Él la observaba atentamente, en la otra punta de la habitación, sentado en una silla, descalzo, con uno de sus pies sobre el asiento y su brazo apoyado sobre la rodilla doblada. Únicamente llevaba unos vaqueros azules, rasgados. Sus enormes alas negras, replegadas a su espalda, con su torso desnudo con fuertes músculos marcados decorados con los intrincados trazos de tinta negra de su tatuaje tribal y sus largos cabellos negros cayendo a ambos lados de su rostro de atractivos

rasgos, culminado por aquellos fieros ojos azules cambiantes.

—Hunter... —volvió a pronunciar aquel nombre, mientras el recuerdo del ataque de la noche anterior regresaba a su mente y contemplaba a su salvador. Sus dedos se dirigieron de manera inconsciente hasta su cuello, un apósito cubría la herida.

—No deberías recordarme. —dijo él, acercándose a ella con paso firme, ocultando sus alas y tomando asiento a su lado.

Pero ella entonces rememoró todo, su pasado en el complejo, el Alas Negras preso, su plumaje cobijándola del frío, el instante en que la obligó a olvidar...

Ella golpeó con fuerza su pecho.

—¿Por qué? ¿Por qué me abandonaste? ¿Por qué borraste mis recuerdos? ¡No tenías ningún derecho! —gritó, enfurecida, con el rostro empañado por las lágrimas.

—Porque quería matarte entonces y sigo queriendo hacerlo ahora. —sus ojos se oscurecieron.

—Entonces... ¿por qué me has salvado?

—Por egoísmo. Quiero tu sangre sólo para mí.

—Y... ¿por qué no acabas conmigo?

—Porque aún puedo contener al cazador sin escrúpulos que se esconde dentro de mí. —hizo una pausa y añadió: —Y ahora, es hora de regresar a casa, ya ha amanecido.

Le tendió su abrigo gris, todavía manchado con su sangre seca y esperó hasta que salió de la cama y se calzó las botas. Decidió no ponerse el abrigo, sería mejor pasar un poco de frío que llamar la atención de forma innecesaria.

Hunter atravesó la puerta de metal, que servía de entrada a su morada y caminó por un laberinto de túneles antiguos hasta llegar a una abertura que daba a las vías del metro. June le siguió de cerca, para no extraviarse, haciendo esfuerzos para que sus ojos pudieran adaptarse a esa oscuridad, que parecía resultar tan cómoda para el Alas Negras. Recorrieron unos metros más sobre los raíles hasta que él, grácilmente salvó el desnivel de más de metro y medio que los separaba del andén. Le tendió la mano y la alzó, sin esfuerzo hasta colocarla a su lado.

—Sigue recto por aquellas escaleras y llegarás a la calle. Y procura mantenerte alejada de la oscuridad.

—Gracias por salvarme, creo. —se despidió ella y, siguiendo las instrucciones del Alas Negras, se dirigió hacia las escaleras.

Él se deleitó unos segundos con su figura esbelta mientras ascendía por las escaleras, estudiando su transformación de una niñita escuálida y frágil a toda una mujer con unas piernas fuertes, torneadas, posiblemente con muchos kilómetros recorridos, ataviada con un vestido ajustado de color granate, de lana, que resaltaba sus curvas.

El Alas Negras dejó que la chica se adelantara unos metros, asegurándose de permanecer fuera de su vista pero sin dejar de percibir su presencia y la siguió hasta que entró en el edificio donde se hallaba su apartamento. Después, regresó a su refugio.

CAPÍTULO XII

Antes incluso de que June abriera la cerradura de la puerta de su apartamento, escuchó cómo Storm se movía inquieto al otro lado, aliviado porque su ama al fin había regresado a casa, nunca había pasado tanto tiempo ausente del hogar. Dilató unos minutos las caricias al animal, rascándole detrás de las orejas hasta que éste quedó tranquilo.

Despegó con cuidado el apósito de su cuello y se miró la herida en el pequeño espejo que tenía sobre el lavabo. Se apreciaba la huella completa del mordisco del vampiro, con dos marcas más profundas, los colmillos. Era fea, pero no parecía infectada. Se desnudó y se metió en la ducha para borrar cualquier rastro del ataque de la noche anterior. Abrió el grifo y dejó que el agua se deslizara por su piel. Aquel día tampoco funcionaba el agua caliente pero no le importó, el frío del líquido resbalando por su piel le reconfortó. Storm se tumbó a esperar a que saliera de la ducha, el animal no quería separarse de su dueña tras la larga separación de esa noche.

Se vistió con ropa cómoda y colocó un pañuelo alrededor de su maltrecho cuello, le colocó la correa al perro aunque no era necesaria pues siempre caminaba a su lado y salió a dar un paseo. Se acercó hasta la zona del ataque. Había perdido la información que extrajo de la biblioteca, quizá se le cayó durante la agresión, no perdía nada por ir a comprobarlo. A la luz del día y acompañada de su fiel amigo, se sentía segura.

Unos bomberos extinguían un conato de incendio. Se acercó a un grupo de curiosos.

—Dos vampiros muertos. El sol ha hecho arder sus cuerpos y las llamas se han extendido a un contenedor cercano. —comentó un hombre que tenía situado a su lado. No fue necesario que ella le hiciera ninguna pregunta sobre lo acontecido, aquellas noticias siempre eran agradable de contar.

Storm gruñó a los restos calcinados. Si las hojas del libro que buscaba estaban allí, ya sólo eran cenizas. Había perdido la oportunidad de descubrir más información sobre el Alas Negras. Al menos, ahora sabía que su reiterado sueño era en realidad un recuerdo de su pasado, que durante años había pugnado por regresar a su mente.

Los encargos que había realizado desde que era niña se convirtieron en un trabajo medianamente estable. Varios establecimientos la habían contratado unas pocas horas para seguir desempeñando sus funciones: llevar pedidos a domicilio, reponer estanterías, etc. No ganaba mucho, pero cubría los gastos del alquiler, luz y agua caliente, incluso había podido añadir un par de muebles a su apartamento, ya casi hasta parecía un hogar habitable.

Habían transcurrido ya varios días desde que sufrió el ataque. La herida de su cuello prácticamente había desaparecido, salvo por las tenues marcas de los caninos de sus agresores. Se encontraba más cansada, especialmente aquella tarde. Le había tocado patearse la ciudad entregando pedidos y no veía el momento de llegar a casa, descalzarse y tumbarse en el sofá.

Le extrañó que Storm no viniera a darle la bienvenida cuando giró la llave dentro de la cerradura para abrir la puerta, como hacía siempre. Aquello la puso en alerta. Mantuvo las llaves en la mano para utilizarlas a modo de improvisada arma en caso necesario. Accionó el interruptor

de la luz, pese a que fuera todavía faltaban un par de horas para que atardeciera. Su vivienda era bastante oscura. Sólo había una ventana en su habitación, y aunque la puerta estaba abierta, la iluminación no llegaba al salón. Se sobresaltó al ver una figura sentada sobre el sofá y reconoció en ella los rasgos de Hunter rodeado de un aura maléfica.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que los vampiros no podían entrar en una casa sin ser invitados. —preguntó, sin bajar la guardia, todavía empuñando las llaves.

—Todavía no te has dado cuenta de que yo no soy un vampiro normal. ¿Qué crees que vas a hacer con eso? ¿Arañarme? —él se burló de su arma.

Ella dejó las llaves sobre el aparador, acordándose de pronto, de su fiel amigo.

—¿Y Storm? ¿No habrás...? —dejó la frase inconclusa, sin atreverse a verbalizar su sospecha.

Como si le hubieran llamado, el perro salió de su dormitorio y se tumbó, sumiso, a los pies del Alas Negras.

—Sabe reconocer quién es el alfa. —añadió Hunter, con aires de superioridad.

—Si no eres un vampiro normal, ¿qué eres entonces?

—Un Alas Negras. —se puso en pie, desplegando sus alas negras, para enfatizar sus palabras.

—¿Qué es un Alas Negras?

—Has crecido, pero sigues siendo igual de curiosa que de niña. Perdiste ésto la otra noche en mi guarida. No me hace justicia, ¿no crees? —sonrió de manera seductora, mostrando sus colmillos, tendiéndole las hojas que arrancó del libro de la biblioteca, con la imagen del monstruo alado—. No te creas todo lo que cuentan los libros.

—¿Qué es un Alas Negras? —June volvió a insistir. Tenía que dar respuesta a todas esas preguntas que rondaban su cabeza.

—Un cazador, un asesino, un arma letal.

—¿Cuántos años tienes?

—Más de doscientos. Cuando tienes tanto tiempo por delante, la edad carece de importancia.

—¿Hay más como tú?

—Sí, unos pocos. Pero solemos mantenernos alejados los unos de los otros.

—¿Por qué?

—La respuesta a esa pregunta ya la conoces. Lo viste con tus propios ojos.

Él se acercó aún más a ella y escrutó sus ojos castaños.

—No me tienes miedo. —no era una pregunta, era una afirmación.

—No. —contestó ella de todos modos.

—Pues deberías. —le advirtió.

Hunter rozó su mandíbula, levemente, mientras la observaba con esos ojos azul intenso que iban oscureciéndose. Con su rostro tan cerca de ella que casi pudo notar su aliento sobre la piel. Ella contuvo la respiración ante su proximidad. Él sonrió, satisfecho ante su reacción y desapareció en un parpadeo.

Pese a que ya llevaba unos minutos a solas con Storm, todavía sentía los dedos tibios de Hunter posados sobre su piel provocándole una sensación abrasadora.

Era consciente de que debía temerle, era la opción más sensata, tenía que mantenerse alejada de la oscuridad que le rodeaba. Era peligroso, un asesino implacable, le había visto en acción. Sin embargo, se sentía extrañamente atraída por el Alas Negras.

CAPÍTULO XIII

Hacía una temperatura agradable. Atrás habían quedado las frías y lluviosas tardes de invierno, así que decidió aprovechar para dar un largo paseo con Storm, al perro no le vendría nada mal estirar las patas y hacer algo de ejercicio. Caminó sin rumbo fijo, dejando que fueran sus pies los que marcaran la ruta. A veces, incluso era el animal quien guiaba la marcha.

Estaban disfrutando tanto de aquellos momentos juntos, que no se percató de lo bajo que estaba ya el sol. Se alarmó, intentando ubicarse en la ciudad. Estaba demasiado lejos de casa, no llegaría a tiempo antes de que culminara el atardecer.

—No, otra vez no. —maldijo su insensatez.

Storm se revolvió nervioso a sus pies, ladrando al sol, como si le estuviera pidiendo que se mantuviera unos minutos más antes de ocultarse. June dio una vuelta sobre sí misma, buscando a su alrededor algún lugar en el que refugiarse. Quizá si se escondiera en uno de aquellos edificios abandonados... Entonces vio a su espalda una entrada abandonada de metro, la misma que había utilizado ella para abandonar el refugio de Hunter. Quizá pudiera ir allí... Desechó la idea inmediatamente.

Storm aulló de forma lastimera y agachó la cabeza. Hunter apareció frente a ella sin que lo viera venir.

—¿Qué cojones haces aquí? —gritó furioso—. ¡Te advertí que te mantuvieras alejada de la oscuridad!

Ella no supo cómo justificarse.

El Alas Negras sopesó la situación durante unos segundos. Pensó en acompañarla hasta su apartamento, pero últimamente la situación se había vuelto complicada. Desde que aparecieron los dos cadáveres de vampiro ardiendo a la vista de todo el mundo, la lucha entre las diferentes facciones se había acrecentado y los vampiros patrullaban en grupos por la noche, buscando al culpable de mostrar su vulnerabilidad a los humanos. Él sobreviviría a cualquier enfrentamiento, no había duda, pero ella era sólo una humana, una valiente y estúpida humana. Tendría que haberles prendido fuego y borrar su rastro, como hacía siempre.

Decidió llevarla a su refugio, hasta que amaneciera y estuviera a salvo. Se sentía suficientemente saciado y se vio con fuerzas de pasar la noche junto a ella sin que su vida corriera peligro.

—Sígueme. —su tono de voz, imperativo, seguía siendo arisco.

Ella bajó atropelladamente las escaleras para intentar mantener el ritmo de Hunter. Recordaba el laberinto de túneles que llevaban a su morada y temía extraviarse si lo perdía de vista. Él saltó grácilmente del andén hasta las vías. Ella trató de imitarle, pero al caer se torció un tobillo. Se quedó sentada, sujetando su maltrecho pie, con su fiel amigo preocupado junto a ella. El Alas Negras estaba ya cerca de la abertura hacia los túneles.

June se puso en pie, apretando la mandíbula con fuerza, para contener el dolor que le provocaba cada paso que daba y siguió a Hunter hacia los túneles, cojeando ligeramente. Storm

caminaba por delante de ella, girándose constantemente para asegurarse de que su dueña iba tras él.

Atravesaron la puerta metálica. El animal paseó por la estancia como si aquella fuera su casa y se tumbó a los pies de la cama. El Alas Negras se giró hacia June y la acorraló contra la pared. Storm alzó la cabeza y gruñó, desafiante, mostrando los dientes a Hunter, dispuesto a lanzarse al ataque para proteger a su dueña. Él respondió con una mirada autoritaria, con sus ojos momentáneamente oscurecidos mostrando al demonio de su interior que amedrentó al animal, haciendo que éste agachara las orejas y se tumbara en el suelo, con un gruñido lastimero que reconocía su liderazgo.

—¡Eres una insensata! ¿Por qué te empeñas siempre en meterte en la boca del lobo? —su voz sonaba agresiva, con los ojos cargados de ira.

—Lo siento. No quiero tener que huir, no quiero tener que esconderme para sobrevivir. Quiero mirar a la luna sin miedo. —confesó June, subiendo el tono de su voz, con la mirada clavada en él, vertiendo una lágrima que escapaba a su control.

Él la capturó con su pulgar y escudriñó sus ojos. No halló el mínimo atisbo de temor en ellos. Sólo había respeto, curiosidad e incluso admiración. Le resultaba extremadamente seductor que ella no le tuviera miedo. Era fascinante la fuerza que se ocultaba tras aquella aparente fragilidad.

Se aproximó más a ella, obligándola a pegarse a la pared e inclinó la cabeza para besarla, lentamente, luchando contra el depredador que pugnaba por salir de su interior, intentando mantenerlo a raya. Deslizó sus labios muy despacio, desde su boca, recorriendo el ángulo inferior de su mandíbula para llegar a su cuello. De manera involuntaria arañó con los colmillos su delicada piel humana. Se apartó de pronto al degustar una minúscula gota de su sangre, sintiendo no poder contener a la bestia.

Ella inclinó el cuello.

—No deberías hacer eso. —advirtió él, relamiendo la gota de sangre que manchaba sus colmillos. Era aún más deliciosa de lo que recordaba.

Ella le miró a los ojos, mientras se retiraba unos mechones de su pelo cobrizo, dejando la piel de su cuello expuesta, sin pronunciar ninguna palabra, ofreciéndose a él.

Él no pudo resistirse, su instinto nublabla toda capacidad de raciocinio. Le acarició con delicadeza, buscando con sus dedos la yugular. Clavó suavemente sus colmillos, desgarrando mínimamente su piel. Ella gimió, mezcla de dolor y placer mientras él succionaba muy despacio su sangre, saboreando cada gota. Colocó una mano entre su espalda y la pared, para sujetarla y acercarla más a él.

—Hunter... —susurró June, sintiendo cómo su cabeza le daba vueltas y sus piernas temblaban.

Él se obligó a detenerse pese a que no se sentía saciado, jamás tendría suficiente de ella, siempre necesitaría más. Emitió un gruñido de frustración y lamió las últimas gotas, deslizando su lengua por la piel de su cuello. Apretó con una mano el lugar de las incisiones para detener la hemorragia.

La atrajo hacia sí, para que su cabeza descansara sobre su hombro unos instantes, antes de colocar ambas manos en sus muslos y alzarla sin esfuerzo, encajando las piernas de ella alrededor de su cintura. La depositó con sumo cuidado sobre su cama.

—Déjame que te vea ese pie. —Hunter le descalzó con delicadeza, intentando no manipular en exceso su tobillo—. Será mejor que te quite también el pantalón y el calcetín para poder verlo mejor.

Las manos del Alas Negras se acercaron a la cintura de June para soltar el botón de sus

vaqueros ajustados. Ella contuvo el aliento cuando rozó su piel por debajo de la tela y alzó ligeramente sus caderas para que él deslizara el pantalón hacia abajo. Le extrajo el calcetín y empezó a masajear su pie lesionado. Ella gimió, al principio por el dolor que le provocaba el contacto energético de las manos de él. Hunter alzó la mirada, buscando su rostro, fulminándola con la intensidad de sus ojos azules, sin articular palabra y el dolor dio paso a una sensación de inusitado placer cuando sus manos fueron sustituidas por los labios del Alas Negras. Un escalofrío ascendió por su pierna, recorriendo su columna vertebral. Hunter se despojó de su camiseta y se acostó a su lado.

—No parece grave. —le susurró, en referencia a su tobillo magullado, con el rostro tan cerca del de June que ella pudo sentir la caricia del aliento de sus palabras en los labios.

Él seguía hambriento, pero aquel hambre era diferente, necesitaba deleitarse con su sabor, pero no sólo el de su sangre, si no el de todo su cuerpo. Comenzó a acariciarle el brazo. El pulso de June se aceleró, pero no había ni un ápice de miedo en sus ojos. Hunter sonrió de forma cautivadora y buscó por debajo de la camiseta de June la piel desnuda de su vientre. Ella se estremeció. Él se acercó más a ella, envolviéndola con su cuerpo.

La piel del Alas Negras estaba fría, pero sus caricias resultaban abrasadoras. En su mente resonaba una vocecilla que le advertía del riesgo que estaba corriendo, pero el deseo en aquellos ojos azules que la observaban la acalló. Rezumaba peligrosidad por cada poro de su piel, pero tal y como había dicho él momentos antes de entrar en su guarida, se metió de lleno en la boca del lobo.

Recorrió tímidamente con dedos inexpertos los músculos del torso del Alas Negras, admirando su firmeza, dibujando con sus dedos los trazos de su piel tatuada. La curiosidad guió después sus manos hacia la espalda de Hunter, estudiando cada rincón buscando un leve indicio en su piel de dónde ocultaba sus alas. Se aventuró a ir más allá y descendió hasta acariciar sus glúteos. Él sonrió divertido ante su atrevimiento, mostrando sus colmillos de forma provocativa. El latido del corazón de June se aceleró aún más, atormentando los sentidos del Alas Negras, que a duras penas dominaba al depredador de su interior, que clamaba su trofeo. Se forzó a centrar toda su atención en ella y en sus caricias.

Le besó el lóbulo de la oreja, mientras le susurraba al oído:

—¿No me tienes miedo, pequeña? —preguntó, con su voz fuerte, segura y cargada de erotismo.

—No. —respondió ella con un suspiro.

—Pues deberías... —él buscó entonces su boca, explorándola con avidez, con el sabor metálico de su sangre todavía presente, mientras sus manos recorrían su piel, dejando un rastro de fuego a su paso.

Se acomodó sobre ella, buscando hueco entre sus piernas, de tal manera que ella pudo percibir la presión de su miembro endurecido, incluso a través de las prendas de ropa que separaban sus cuerpos. Él gruñó molesto, por aquella barrera que le impedía llegar hasta ella, así que rasgó con sus dientes la ropa interior de ella, con sumo cuidado de no lastimarla, deshaciéndose también de la propia tela que le cubría y le entorpecía el deleite de aquel cuerpo totalmente desnudo.

Tenía que ir despacio, suave, controlando su fuerza. Ella era sólo una humana con un frágil cuerpo humano que le excitaba hasta límites insospechados. Besó su abdomen mientras ella volvía a contener el aliento ante el roce de sus labios. Dibujó el arco de sus pechos con la lengua, sosteniendo uno entre sus dedos mientras estimulaba el botón indurado de su pezón, provocando que ella se retorciera de placer bajo su cuerpo olvidando la inhibición de su inexperiencia. June

alzó sus brazos para rodear el cuello de Hunter, con sus dedos perdiéndose entre los mechones de su pelo moreno que caían sobre ella, instándole a que su boca permaneciera pegada a su piel. Hunter percibía el ritmo pulsátil de la sangre de June recorriendo su cuerpo. Sería tan sencillo clavarle los colmillos y beber aquel néctar hasta detener su corazón... Desechó de manera inmediata aquella idea. Decidió mantener alejados los dientes de su cuerpo y perderse en sus ojos castaños moteados de verde, cargados de deseo, hambrientos de él.

Su polla erecta llamó a las puertas de su sexo, que le invitaron a hundirse en la cálida humedad de su interior. Él se deslizó unos centímetros dentro de ella, que lo recibió con un profundo jadeo. El cuerpo perlado de gotas de sudor, con su pelo cobrizo humedecido enardecían aún más al Alas Negras, que incrementó la fuerza de sus envites, llegando cada vez más adentro, llenándola por completo. Ella arqueó la espalda, con su corazón desbocado, ansiando la oleada de placer que pusiera fin a esa dulce tortura. Él imprimió más velocidad a sus movimientos, guiado por la intensidad de sus gemidos. Ella cerró los ojos. Agarró con fuerza los cabellos de él y arañó su espalda mientras su goce culminaba en una descarga eléctrica que hizo convulsionar su cuerpo, con los músculos de su interior contrayéndose alrededor de su miembro mientras él, extasiado se derramaba en su interior.

Hunter permaneció sobre ella, unos segundos, observándola satisfecho, antes de dejarse caer a su lado, colocándose a su espalda. La abrazó, mientras el cuerpo de June se iba relajando y su respiración se tornaba cada vez más pausada hasta que se sumió en un plácido sueño. Aquel ser sobrenatural, nacido del infierno la había llevado hasta el mismo cielo.

El Alas Negras se mantuvo unos minutos más junto a June, luchando contra la bestia de su interior, hasta que se aseguró de que ella dormía profundamente. Entonces, se incorporó, la arropó y salió de caza. Estaba furioso y hambriento. Necesitaba dar rienda suelta al cazador. Su instinto asesino clamaba por ser saciado.

CAPÍTULO XIV

June despertó, sintiendo un peso sobre sus piernas. Se encontraba en su propia cama, en el apartamento destartado, con Storm durmiendo sobre sus pies. No recordaba cómo había llegado hasta allí. Hubiera creído que la noche anterior había sido un sueño, si no fuera por la sensación de su cuerpo gratamente dolorido y sus labios inflamados por las caricias del Alas Negras.

Movió una pierna enérgicamente para liberarse del inquilino de su cama, que, con un gruñido, saltó al suelo. Se levantó, acordándose de su pie lastimado, temiendo el dolor que le iba a provocar apoyarlo en el piso. Sorprendentemente, no sintió ninguna molestia, pese a que el tobillo aparecía ligeramente amoratado.

Caminó hacia el baño y se metió bajo la ducha, accionando el grifo del agua caliente, temiendo que el agua borrara la sensación de las manos de Hunter sobre su piel, rememorando cada instante de la noche anterior, reteniendo cada recuerdo. Se observó en el espejo, pasando sus dedos por encima de las marcas de los colmillos del Alas Negras sobre la piel de su cuello, con sus caricias todavía presentes, pero sintiendo el vacío de su ausencia.

Cuando hubo saciado su sed regresó a su guarida. Ella seguía dormida, enredada entre las sábanas de su cama. La cogió entre sus brazos y, reprimiendo una punzada de deseo, envolvió su cuerpo desnudo en una sábana y la llevó hasta su apartamento, con Storm caminando a su lado. Ya no podía soportar más la presencia de aquella humana a su lado, le costaba demasiado esfuerzo contener al monstruo de su interior que clamaba su vida como recompensa.

No lograba comprender por qué su presencia no conseguía en ella el efecto que provocaba en todos los demás. Ya fueran vampiros, humanos o cualquier otra especie animal, hallarse ante él les generaba una abrumadora sensación de pavor. A ella no. Ella le tenía respeto, pero no miedo. Tampoco comprendía por qué ese hecho le resultaba tan excitante. El recuerdo de su cuerpo, desnudo, retorciéndose bajo él, ella gimiendo de placer totalmente entregada, abrazando el lado oscuro le provocó una erección. Apartó aquella imagen de sus pensamientos. Tendría que mantenerse alejado de June. Ella quizá no fuera consciente del peligro que corría a su lado, pero él sí lo era, cada vez que se hallaba cerca tenía que reprimir a la bestia que guardaba en su interior. Sabía que no podría controlarla mucho tiempo más, cada día la sed de su sangre era más acuciante.

June retomó su vida cotidiana tras el encuentro fortuito con el Alas Negras. Salía después del amanecer, cuando el sol ya había despuntado, a cumplir con sus obligaciones, recorriendo la ciudad, algunas veces acompañada de su fiel amigo, otras veces sola y regresaba a su hogar cuando el atardecer aún no había culminado, manteniéndose a salvo.

Pero el Alas Negras le había dejado huella. Pasaba gran parte de la noche en vela, tras su ventana, seducida por la oscuridad, contemplando más allá del horizonte, preguntándose dónde estaría Hunter. Anhelaba aquella sensación abrasadora que le provocaba su piel tibia. Quería volver a su encuentro, pero todos sus sentidos le advertían de que lo más prudente era mantenerse alejada de él. Era peligroso, un asesino, un cazador y ella era su alimento favorito. Era consciente

de ello, sabía que ponía en riesgo su vida cada vez que estaba a su lado. Pero no le importaba. La recompensa bien merecía pagar ese precio.

La rabia se había adueñado de Hunter. Vagaba por la ciudad, al acecho. Ya no sólo se alimentaba de quien se cruzaba en su camino. Ahora era él quien se dedicaba a salir de caza, de día y de noche, humano o vampiro, aquello no importaba, con una sensación de hambre insaciable. Se había vuelto más sanguinario, más violento, pero cada vida sesgada ya no le reportaba el placer que antaño conseguía sabiéndose superior. Aquel poder de control, casi divino, cada vez que un corazón se detenía a su paso había sido sustituido por una leve sensación de alivio momentáneo que enseguida era desbancada por una incontrolable ira que le impulsaba a seguir cazando.

Sabía cuál era el motivo de aquella creciente furia. Esa estúpida humana pelirroja que no conseguía sacar de su cabeza.

CAPÍTULO XV

Estaba a punto de meterse en la cama, tras un duro día de trabajo. Había cambiado sus vaqueros y su blusa por una camisa amplia que le llegaba hasta medio muslo que hacía las veces de camisón. Se encontraba sentada al borde del colchón, rascando el cuello de Storm cuando el animal se tensó momentáneamente, alzando las orejas, para volverse a relajar casi al instante. June percibió una sombra en su dormitorio. Reconoció la figura de Hunter. Él golpeó amistosamente el lomo del perro y se dirigió a ella en tono imperativo:

—Ven conmigo.

No supo si le obedeció porque él la obligaba, como cuando le hizo olvidar su pasado o era simplemente que no podía resistirse al influjo de aquellos ojos azules.

Él la condujo hasta la salida de su apartamento. La rodeó con sus brazos y tras cerciorarse de que no había nadie alrededor, desplegó sus alas. La llevó más allá de la ciudad, hasta el bosque que la bordeaba, y se paró junto a un árbol centenario.

Era una noche despejada, iluminada con la luna llena, un cielo azul oscuro, bañado de estrellas.

—Dijiste que querías ver la luna sin miedo. Sé que, por alguna razón que desconozco y me intriga hasta límites insospechados, a mí no me tienes miedo. Yo te protegeré de lo que acecha en la noche.

Ella se quedó embelesada observando las estrellas, con el aire frío soplando alrededor de su piel proporcionándole una sentimiento de libertad hasta antes desconocido. Se sentó en el suelo, con los ojos todavía clavados en el cielo. Hunter se sentó a su vez tras ocultar sus alas, alejado un par de metros, respetando ese momento de conexión entre June y la noche.

—Es fascinante descubrir el mundo a través de tus ojos. —dijo el Alas Negras, aproximándose a ella, andando de rodillas con movimientos felinos, con aquellos ojos que la miraban hambrientos.

Ella desvió entonces su atención hacia aquella oscuridad que la atraía aún más que la propia noche. Él ascendió por su cuerpo forzándola a tumbarse de espaldas sobre un mullido manto de hierba. Mantuvo su cuerpo separado unos centímetros del de ella, sosteniendo su propio peso sobre sus brazos, mientras se deleitaba unos instantes indagando tras esos ojos castaños lo que June ocultaba en su interior. Dobló los codos, para reducir esa distancia y permitir que sus labios buscaran su boca. Aquel primer roce despertó todos los sentidos de ella, que se aventuró a explorar con la lengua su interior, recorriendo el contorno de sus afilados colmillos. Hunter reprimió el impulso de atrapar la lengua de June con los dientes, ejerciendo un poco de presión para saborear su sangre.

Apartó la cabeza hasta que tuvo al cazador bajo control. Entonces volvió a besarla, dejando que sus labios resbalaran, dibujando el contorno de su mandíbula, descendiendo hasta su garganta. Se obligó a centrarse en el sabor de su piel, intentando ignorar el latido pulsátil de su carótida. Siguió deslizando sus labios más abajo, cubriendo los centímetros de piel desnuda que iba

dejando cada botón de la camisa que las manos del Alas Negras iba soltando a su paso con un hábil movimiento, hasta quedar completamente abierta. Hunter apartó la tela a ambos lados de su cuerpo y contempló su desnudez mientras se despojaba de su propia camiseta. Apretó con fuerza su mandíbula, para evitar que el depredador se abalanzara sobre el cuello de June. Su gesto no pasó desapercibido y ella, conmovida, acarició su rostro. Él cerró los ojos y disfrutó de ese tenue contacto, buscando su mano para besarla y a continuación volver a perderse en su cuerpo.

La piel de June ardía bajo la lengua de fuego del Alas Negras, que seguía lamiendo, muy despacio, cada rincón del cuerpo de June. Apresó uno de sus pezones entre los dientes, controlando en todo momento la presión que ejercían, mientras su lengua jugaba con él. Sus dedos, con el pezón del otro pecho entre ellos, imitaba los mismos movimientos. Ella jadeó, enfebrecida, mientras todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo clamaban por recibir más de él.

Hunter continuó explorando su cuerpo hasta que se topó con la barrera de fina tela de encaje de su ropa interior. La apartó a un lado con una de sus manos, rozando intencionadamente con unos de los dedos los pliegues de su vulva. Ella gimió. Él la miró, sonriendo travieso. Succionó suavemente el botón de su clítoris, enchido de deseo, mientras introducía las yemas de dos de sus dedos en el interior de su vagina, con movimientos circulares. Ella se arqueó, alzando las caderas, ansiando sentirle más adentro.

Él entonces se apartó, incorporándose, permaneciendo con las rodillas apoyadas en el suelo, entre sus piernas, para dejar que fuera ella la que descubriera su cuerpo. Ella gruñó contrariada, pero lo imitó y se colocó frente a él, también de rodillas. Deslizó sus manos por la larga melena morena del Alas Negras, enredando sus dedos entre sus mechones sin dejar de observarle. Hunter permanecía inmóvil, iluminado tenuemente por el brillo de la luna, atento a cada uno de los movimientos de la humana. Masajeó los músculos del tórax del inmortal delineando los trazos de su tatuaje mientras ella intentaba estirarse un poco más sobre sus rodillas para alcanzar a besar su cuello. Él entonces cerró los ojos con fuerza, mordiéndose el labio inferior hasta que sintió el propio sabor de su sangre, refrenando su instinto asesino.

Las manos de June se juntaron en el centro del abdomen de Hunter y torpemente, desabrochó el botón y la cremallera de su pantalón. Estiró de la prenda hacia abajo, hasta que ésta quedó a la altura de sus muslos. Recorrió sus firmes glúteos con las manos y acarició tímidamente su miembro endurecido. Él quiso permanecer impertérrito, pero ella percibió cómo su respiración se aceleraba ante su contacto. Disfrutó de sus caricias, mientras su deseo se encendía aún más. Entonces, con un movimiento brusco la alzó por encima de su cintura, sosteniéndola por los muslos y rodeándose con sus piernas. Ella se abrazó a su cuello para mantener el equilibrio y él volvió a acostarla sobre el manto de hierba.

Se tumbó sobre ella, abriéndose paso entre sus piernas. Dejó que fuera ella quien lo guiara, deslizándose en su interior sin dificultad con su miembro inundándose en su cálida humedad, con suavidad, muy despacio, recreándose en aquel primer envite. Ella se estremeció cuando la llenó por completo. Él se retiró totalmente antes de volver a penetrarla, esta vez un poco más fuerte. Ella gimió, al tiempo que sus uñas arañaban la espalda del Alas Negras. Hunter le mostró los dientes, amenazante, a punto de perder el control.

Se dedicó a aumentar el ritmo de sus embestidas, luchando contra el cazador, mientras June contrarrestaba sus movimientos, imprimiendo un giro a sus caderas, acercándose ambos a un ritmo vertiginoso hacia el clímax. Ella gritó su nombre cuando alcanzó el orgasmo y él profirió un gruñido gutural, casi animal, mientras se derramaba en su interior, sintiendo todavía como ella se contraía a su alrededor. La observó durante unos segundos, antes de retirarse. June vio como sus

ojos, prácticamente negros, volvían a aclararse hasta regresar a su tono azul habitual, cuando consiguió mantener a raya al monstruo que yacía en su interior.

Él se sentó, con la espalda apoyada en un árbol y le hizo un gesto a June para que se colocara a su lado. Ella, todavía desnuda, se sentó en su regazo y se acurrucó junto a él. Hunter acarició su espalda, ascendiendo sus dedos sobre la piel de su columna vertebral, produciéndole un escalofrío. Él lo interpretó como una señal de que tenía frío y desplegó sus alas, para envolverla con ellas, protegiéndola del aire. Su respiración se fue volviendo tranquila, pausada mientras se dormía entre sus brazos. El ritmo, cada vez más lento de su corazón martilleaba sus sentidos, cada latido se acompañaba de un grito de su instinto asesino que la quería para él.

—Vas a acabar conmigo. Me vuelves loco. —susurró mientras le besaba la frente.

Disfrutó unos minutos más de esa tortura, de esa lucha que mantenía con su bestia interior cada vez que la sentía tan cerca. Cuando se vio cerca de perder aquella batalla, la zarandó para despertarla:

—Es hora de regresar.

June remoloneó unos segundos más, antes de desperezarse y ponerse en pie. Se vistió y se abrazó a él, que alzó el vuelo, de vuelta a casa de June. Aterrizó junto a su portal. Replegó sus alas, mientras sostenía el rostro de ella con una mano, muy cerca del suyo, para besarla.

—Si me necesitas, búscame. Yo te encontraré. —Se despidió de ella, al mismo tiempo que captaba un leve movimiento con el rabillo del ojo.

Hunter esperó hasta que desapareció tras la puerta y fue en busca del origen de aquel movimiento. No halló nada y le restó importancia. Se encontraba excesivamente hambriento. Había llevado al cazador hasta su límite y ahora tenía que liberarlo.

Un vampiro, oculto entre las sombras fue testigo del instante de intimidad entre el alado y la humana, frente a aquel viejo edificio.

—El jefe se alegrará de recibir esta información. —sonrió el lacayo del clan al que una vez perteneció el Alas Negras, saboreando ya su recompensa. Desapareció antes de que los agudizados sentidos de Hunter lo detectaran.

CAPÍTULO XVI

Estaba lloviendo, así que prefirió dejar a Storm en casa mientras ella trabajaba. En aquella época del año las horas de luz se recortaban, pero aún así, llegaría a tiempo a su apartamento antes de que anocheciera. Caminaba con paso apresurado, salpicando con sus botas cuando pisaba un adoquín mal situado y con los bajos de los pantalones empapados. Se reconfortaría con un baño y un chocolate caliente en cuanto llegara a casa, seguro que su fiel amigo no dudaría en hacer que sus pies entraran en calor, tumbándose sobre ellos.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, erizando su vello, poniendo sus sentidos alerta. Se vio invadida por una sensación de desasosiego. Deseó que se tratara de Hunter, habían pasado ya bastantes días desde su último encuentro, pero en su fuero interno sabía que no era él lo que la acechaba, pues estaba asustada y el Alas Negras jamás causaba ese efecto en ella.

La incógnita no tardó en desvelarse. Dos hombres aparecieron frente a ella. Se giró para retroceder y buscar un camino alternativo, pero otros dos hombres le cortaban la retirada. Estaba atrapada.

La acorralaron, impidiéndole la huida, pero ninguno la atacó, ni siquiera le dirigieron unas palabras. Bajo la manga de la camiseta de uno de ellos vislumbró un tatuaje, le resultaba ligeramente familiar. Había visto símbolos similares presentes en los humanos que servían a los vampiros, durante los años que permaneció en el complejo en el que nació. Pero aquellos eran diferentes, probablemente pertenecientes a otro clan.

El hombre que tenía a su derecha consultó el reloj, mientras alzaba su mirada al cielo. Comenzaba a oscurecer. Estaban esperando a alguien. Ella lanzó miradas nerviosas que iban de uno a otro, intentando averiguar qué estaba pasando.

Escuchó unas risas calle abajo. Tres figuras se dirigían hacia el grupo que la rodeaba, tenuemente iluminadas por la escasa luz de unas farolas con demasiada suciedad encima. Ya había anochecido.

—Buen trabajo, chicos. Ya podéis marcharos. —dijo uno de ellos, mostrando sus afilados colmillos al hablar. Vampiros.

Los cuatro humanos se marcharon, dejándola a solas con los vampiros. Hizo un ademán de escapar, pero enseguida uno de ellos reaccionó y la sujetó con fuerza, retorciéndole el brazo.

—Llama al pajarraco de tu novio. —le ordenó el que parecía el cabecilla.

—No. —su voz sonó más firme de lo que esperaba.

—Lámale. —acompañó sus palabras golpeando su cara y hundiendo un puño en su vientre.

—No. —volvió a repetir, cuando consiguió recuperar el aliento, esta vez con menos seguridad en su tono de voz.

—Lámale. —insistió, mientras la golpeaba de nuevo, sintiendo cómo la sangre comenzaba a manar de una herida en su mejilla. El dolor de su cuerpo la hizo claudicar.

—Hunter...

—Más fuerte. —volvieron a retorcerle el brazo, creyendo que en cualquier momento notaría

cómo sus huesos se quebraban y sintió una punzada de dolor, como si le hubieran clavado una aguja, pero lo atribuyó a su imaginación,

—¡Hunter! —gritó con sus ojos empañados en lágrimas, confiando en la superioridad que siempre había mostrado el Alas Negras. Aquellos tres vampiros no supondrían ningún reto para él.

El Alas Negras se encontraba en la otra punta de la ciudad, aplacando su hambre con un vampiro novel, incauto, que todavía no había aprendido las reglas de la noche, cuando percibió una sensación extraña. Dejó que aquella sensación guiara sus pasos que le condujeron hasta un callejón en penumbra.

Percibió el latido acelerado de June y el olor de su sangre antes incluso de que la imagen llegara a sus ojos. Tres vampiros la retenían. Los reconoció. Perteneían a su mismo clan. Desplegó sus alas, de suaves plumas negras, aumentando el efecto imponente de su figura, de casi metro noventa de estatura.

—Nos lo has puesto difícil, pajarito. Llevamos años intentando dar contigo, pero has borrado cualquier huella de tu rastro. —dijo uno de ellos.

—Has mermado nuestras filas. Decenas de vampiros han salido en tu busca pero ninguno ha regresado. Al líder no le ha gustado nada que te adueñes de su ciudad. —comentó el que retenía a June por el brazo.

—Se llevó una gran decepción cuando vio que no regresabas a casa. —añadió el que parecía dirigir al grupo.

—Dejadla en paz y volveré. —exigió Hunter con voz firme.

—Ya es tarde para eso, ¿no crees? No eres digno de su confianza, pero quizá podamos hacer una excepción, un trofeo a cambio de otro, ya sabes, le gusta coleccionar objetos.

—No. —respondió con solidez.

Uno de los vampiros extrajo un cuchillo y amenazó el cuello de la chica con una navaja, arañando su piel. Una gota de sangre se deslizó por la hoja del arma. Era una humana, una simple humana, con su vida fugaz y efímera. No tenía que importarle. Pero le importaba. Había estado estudiando la situación desde que llegó, sabía que podría acabar con los vampiros que la retenían, pero no antes de que aquel cuchillo sesgara la vida de June.

—¿Seguro? —Insistió, con una nota de superioridad en su voz, apretando aún más el filo sobre la piel de su cuello. Ella no pudo ocultar una mueca de dolor.

—Está bien, pero dejadla marchar. —admitió el Alas Negras, bajando la mirada, sumiso, sabiéndose vencido. Le habían tendido una trampa y había caído en ella.

—¡No Hunter, no lo hagas! —gritó June.

Él la miró con resignación.

Uno de ellos sacó una espada que mantenía oculta en su guardapolvo de cuero. La alzó por encima de su cabeza. El afilado metal de su hoja brilló a pesar de la oscuridad y con un movimiento ágil, seccionó sus alas con un movimiento certero, limpio.

Hunter aulló mientras se desplomaba de rodillas en el suelo. Sus alas cayeron sobre el pavimento mojado, tiñendo el agua de los charcos con el rojo de su sangre, sobre el que flotaba una pluma negra. Los tres vampiros recogieron su preciado botín y se marcharon, haciendo uso de su velocidad sobrenatural, empujando a su paso el cuerpo de June, que cayó sobre la acera.

Él sintió cómo su cuerpo se volvía pesado, sus movimientos se hacían cada vez más lentos, con los sentidos embotados, como si estuviera metido dentro de una burbuja. La cabeza le daba vueltas, se sentía mareado, perdido. Él ya no tenía el control.

June se agachó junto a él.

—Lo siento. —dijo entre sollozos, mientras intentaba abrazarle.

Él la rechazó. Ella se culpaba, pero el error había sido suyo, había bajado la guardia y los había puesto a los dos en peligro. Lo había pagado caro. Pero el precio era justo.

Intentó levantarse y huir de ella, pero se sentía inestable, torpe, incapaz de controlar sus músculos. Tropezó y volvió a caer al suelo. Se levantó de nuevo. No había dado ni dos pasos cuando perdió otra vez el equilibrio. Su hombro golpeó con fuerza contra la pared y se derrumbó, acurrucado, dejando el muro impregnado con su sangre.

Ella corrió hasta Hunter, y volvió a pasar sus brazos por encima de sus hombros. Comenzaba a llover con fuerza otra vez, pero el agua no era suficiente para limpiar la sangre que se derramaba por su espalda.

—Perdóname. —insistió ella.

Hunter le miró, avergonzado, con los mechones de cabellos negros pegados a su rostro, incapaz de sostener su mirada más allá de unos pocos segundos. Cerró los ojos y hundió su cabeza en el pecho de June. Ella recordó la aversión que le producía el Alas Negras mutilado del complejo. Ahora él se había convertido en aquello que tanto odiaba.

—Déjame que te ayude, por favor. —los ojos de June seguían bañados en lágrimas.

Hunter intentó incorporarse, ayudándose de la pared, las piernas le fallaron pero ella le sostuvo para evitar que cayera. Se apoyó en ella y comenzaron a caminar, con los pies de Hunter trabándose cada poco, dejando que fuera ella quien le guiara, humillado, sin atreverse a alzar la vista del suelo.

No sin dificultad consiguieron llegar hasta el apartamento de June, la opción más cercana al callejón donde había tenido lugar el ataque. Ella prácticamente arrastró su cuerpo escaleras arriba hasta su casa. Storm los recibió con un quejido lastimero. June lo acompañó hasta su cama, Hunter se sentó en el borde, enterrando su rostro entre las manos. Mientras ella se perdía entre el baño y la cocina. Regresó con un cubo y material sanitario y tomó asiento junto a él, mientras deslizaba unas compresas con sumo cuidado sobre sus heridas y las escurría, una vez que estaban empapadas en su sangre sobre el cubo. El agua no tardó en teñirse de un color rosado. Después cubrió su espalda con unas gasas y un vendaje. En cuanto ella terminó, se dejó caer sobre el ajado colchón. Se sentía muy débil. Necesitaba descansar.

June se agachó para que sus ojos enrojecidos por el llanto quedaran a la misma altura, clavando su mirada castaña, moteada de verde en él.

—¿Por qué lo has hecho?

Hunter la miró, derrotado.

—Porque te quiero. —reconocerlo le dolió casi tanto como el haber perdido sus alas.

CAPÍTULO XVII

Hunter se revolvía intranquilo entre las sábanas de la cama de June. Ella lo observaba, sentada en el suelo de la habitación, con la espalda apoyada en la pared, con los ojos aún hinchados por el llanto. Seguía martirizándose, arrepentida de su decisión de llamarle. Todavía no entendía por qué él no se había defendido.

Estaba amaneciendo. Los primeros rayos de sol de la mañana se colaron por las rendijas de la persiana. Hunter gritó cuando un rayo incidió en la piel de su mano, retirándola de la luz que le abrasaba, con la extremidad enrojecida y humeante. June se levantó como impulsada por un resorte para dejar la habitación sumida en una completa oscuridad. Encendió la lámpara de su mesilla y reguló la intensidad para que la luz fuera muy tenue.

—Pensaba que el sol no te dañaba —comentó.

—Eso era antes. —masculló con la voz entrecortada por la desazón de su espalda lastimada.

Hunter se giró de nuevo en la cama, molesto. Sus vendajes estaban empapados de sangre.

—¿Por qué no se curan?

—Muchas cosas han cambiado. Poco tengo que ver con el ser que conocías. Las heridas no me mataran, pero he perdido la capacidad de curación, tardarán en sanar, como si pertenecieran a un mortal.

—¿Qué eres ahora?

—Un puto chupasangres inmortal con la fuerza ridícula de un humano y las debilidades de un vampiro.

—¿Y cuáles son las debilidades de un vampiro?

—El sol y la sed de sangre.

June le cambió los vendajes por unos limpios y él se volvió a tumbar, seguía exhausto. Permaneció durante las siguientes 24 horas en un estado febril, con su cuerpo bañado en sudor, alternando períodos de adormecimiento con otros de lucha, debatiéndose con su monstruo interior, pronunciando palabras en un idioma ininteligible.

Ella tuvo que dejarle solo por unas horas, se había comprometido a realizar un par de trabajos, sin los cuales, perdería su fuente de sustento, pero dejó a su fiel amigo, Storm, a su lado para que cuidara de él en su ausencia. El perro lobo se tumbó a los pies de la cama, con la cabeza apoyada entre sus patas, dormitando en los momentos de tranquilidad de Hunter y aullando en las fases de agitación, haciéndose eco del sufrimiento del Alas Negras mutilado.

June intentó demorarse el mínimo tiempo en sus tareas, para regresar cuanto antes a su apartamento. Escuchó los ladridos de Storm desde el portal. Se precipitó escaleras arriba, subiéndolas de dos en dos y se apresuró a girar la llave dentro de la cerradura para abrir la puerta.

Hunter daba vueltas en su habitación, como un animal enjaulado, con Storm, nervioso, saltando a su alrededor y gruñéndole. No distinguió el color de los ojos del inmortal en la oscuridad, pero no hacía falta, sabía que estaba muy hambriento.

Él se abalanzó sobre ella en cuanto la vio, directo a su cuello, apresándola contra la pared. Clavó sus colmillos y degustó con ansiedad la sangre de June. Gimió ante la sensación placentera del sabor de su néctar carmesí.

Ella cedió ante su necesidad de alimentarse. No era la primera vez que bebía su sangre. pero esta vez, él no se detenía.

—Hunter, creo que ya es suficiente...

Él no la oyó, todos sus sentidos estaban centrados en mitigar esa sed.

—Hunter, por favor para... —June se sentía cada vez más débil, mareada.

El cazador carecía de capacidad de raciocinio, dominado por su instinto asesino.

—Hunter... me haces daño...

Intentó librarse de él, pero pese a que Hunter había perdido su fuerza sobrenatural, era mucho más corpulento que ella y no consiguió zafarse de su cautiverio.

Storm, alzándose sobre sus cuartos traseros se subió a su espalda, 35 kilos de puro músculo, empujando con sus patas delanteras las heridas de Hunter. Él soltó a su presa, y se giró hacia el animal, mostrándole los colmillos, hambriento, furioso, con el dolor aumentando su ira. El perro mordió el tobillo del inmortal, quien, todavía inestable, tropezó con el cuerpo del fiel compañero de June y cayó de espaldas. Storm se colocó sobre él, clavando sus garras, inmovilizándole, gruñendo amenazadoramente mientras se arrojaba a su cuello. Hunter alzó un brazo, que detuvo las fauces del animal que rasgaron su piel. El perro aflojó la mandíbula, permitiendo al Alas Negras liberarse. Le mostró los dientes, dispuesto a lanzarse de nuevo al ataque en cualquier momento. Hunter giró el cuello, ofreciéndoselo al animal y se rindió ante él, reconociendo la superioridad de Storm. Entonces, el perro retrocedió, sentándose a los pies de su dueña, todavía vigilante.

June observó el maltrecho cuerpo de Hunter. Su vendaje volvía a estar teñido de rojo, con el pantalón vaquero hecho jirones allí donde los colmillos del perro lobo le habían atacado, con la carne de su brazo desgarrada, con el hueso asomándose.

—Lo siento. —susurró ella.

Por primera vez, había sentido miedo. Había temido por su vida, por la de su fiel amigo y por la de Hunter. Su rostro aparecía humedecido por las lágrimas, con los restos del asalto todavía presentes en la piel, un reguero de sangre deslizándose por su cuello, manchando su ropa. Clavó sus ojos castaños moteados de verde en él, unos ojos asustados que consiguieron doblegar al cazador.

—No, está bien, no podía parar. Iba a matarte. La bestia siempre ha estado ahí dentro, pero ahora carezco de la fuerza para dominarla. Cuando el sol se ponga, me marcharé.

Permanecieron en silencio hasta que el sol se ocultó en el horizonte. June volvió a cubrir con vendas las heridas de Hunter. Al anoecer, él cumplió su promesa. Abandonó la vivienda de June y caminó, cojeando, dando tumbos, hasta la entrada de metro que daba acceso a su casa, para encerrarse en su guarida.

CAPÍTULO XVIII

Con el paso de los días, Hunter, resignado, se fue adaptando a su nueva condición. Su cuerpo pesado, sus movimientos lentos, sus sentidos embotados y un hambre creciente e insaciable. Enclaustrado en su refugio, sólo lo abandonaba cuando sentía que esa sed estaba a punto de consumirle.

Esperaba con ansiedad, escondido en los viejos túneles del metro hasta que las últimas luces del día se apagaban. Entonces salía al exterior. Carecía de los sentidos agudizados de antaño, lo que hacía más complicado detectar a los humanos. Había perdido su fuerza sobrenatural, la única ventaja que tenía en el cuerpo a cuerpo era aquel instinto irracional que lo dominaba por completo, colapsando cualquier otro sentimiento.

Cada vez que abandonaba su guarida tenía que permanecer alerta para no ser capturado por los vampiros, ahora resultaba una presa fácil. Carecía de interés para ellos salvo que quisieran utilizarlo para dar caza a otros Alas Negras. Se arrancaría el corazón con sus propias manos antes que cumplir con aquel cometido. Por suerte, los pocos alados que quedaban se encontraban a miles de kilómetros de distancia.

En clara inferioridad en un encuentro con los inmortales, tuvo que aprender a fundirse con las sombras para pasar desapercibido, evitando las rutas que frecuentaban. Vagaba por las calles vestido siempre de negro, con su rostro oculto por una capucha del mismo color, mimetizándose con la oscuridad.

Cada noche, esperaba en una zona de paso de un local de moda para humanos. Iba alternando el lugar cada poco, para evitar que el terror por las noticias de humanos desaparecidos regresara y tomaran la precaución de no transitar por la noche, entorpeciendo su necesidad de encontrar alimento. Con la limpieza de vampiros que había provocado durante los últimos años, antes de perder sus alas, los humanos se habían aventurado a volver a salir por la noche.

Durante los primeros días tras su transformación en un simple inmortal chupasangres, escogía a sus víctimas. Oculto, agazapado en una esquina, inmóvil, como una sombra más, aguardaba hasta que el local se iba vaciando. Primero pasaban grupos de personas que, con una charla animada, regresaban a casa. Después, los grupos se iban reduciendo y cuando el local se hallaba próximo a cerrar sus puertas, regresaba un humano, generalmente solía tratarse de un varón de entre cuarenta y cincuenta años, caminando por la calle, inestable, con los reflejos mermados por los efectos del alcohol, lo que hacía más sencilla su captura.

Cuando pasaba por delante suya, esa sombra junto a la pared le engullía y se abalanzaba sobre él, sin piedad, sin mediar palabra, sólo quería su sangre, necesitaba nutrirse. Les desgarraba el cuello, con violencia y succionaba hasta la última gota de vida, algo más saciado, pero nunca satisfecho. Lleno de ira, se deshacía del cadáver, lanzándolo al río o por un terraplén, para que el cuerpo quedara desfigurado y pasara por el accidente de un pobre borracho.

Pero con el paso de los días, la sed se fue incrementando y eliminar el rastro de su matanza le llevaba demasiado tiempo. Cuando conseguía deshacerse de un cuerpo, volvía a estar demasiado

hambriento y necesitaba buscar con ahínco su siguiente víctima, pero el amanecer estaba próximo y ya era demasiado tarde para seguir de cacería, así que, malhumorado, regresaba a su escondrijo y esperaba, enloquecido por esa sed acrecentada hasta que la noche se adueñara de nuevo de la ciudad.

Con la llegada del verano, las horas de oscuridad se redujeron, lo que intensificó aún más su problema. Cada día más hambriento y con menos tiempo para cazar. Dejó de ser selectivo con sus víctimas, atacando al primer humano que pasara por delante suya. Esperar se había convertido en una pérdida de tiempo.

Enloquecido por el hambre, cegado por la sed, comenzó a cometer errores. Atacaba incluso a grupos, no muy numerosos, pues ya no disponía de la superioridad de su fuerza sobrenatural de antaño. Sin embargo, su corpulencia y el instinto de cazador solían ser suficientes para acabar con ellos, la sangre de dos o tres humanos eran suficientes para mitigar su ansia al menos durante un par de días. Dejaba sus cuerpos esparcidos por las calles. Aquello hizo que el miedo regresara. Ya no eran casos aislados de asesinatos, si no que se convirtió en algo habitual. Cuerpos destrozados, desangrados, aparecían en cualquier punto de la ciudad. Los humanos poco a poco, volvieron a entregar el dominio de la noche a los seres inmortales y buscaron la seguridad que les ofrecía sus hogares.

Hunter seguía saliendo de caza, cada noche, pero muchas de ellas regresaba a su guarida sin probar una gota de sangre, cada vez más hambriento, su cordura pendiendo de un hilo, presa de la desesperación.

Aquella noche volvió a intentarlo, parecía que iba a resultar infructuosa, como las anteriores y estaba a punto de regresar a su guarida, sediento, cuando un grupo de humanos caminaba en su dirección. Eran cuatro, dos hembras y dos machos. Demasiados para él, estaba débil como consecuencia de la ausencia de alimento de los últimos días, pero no tenía otra opción. Dejó que el asesino se apoderara de sus actos, negando cualquier resto de raciocinio y salió de entre las sombras, lanzándose a por ellos.

Contando con el factor sorpresa de su lado, consiguió deshacerse del primer varón sin dificultad. Saltó sobre él y lo empujó contra el suelo, su cabeza golpeó la acera y quedó inconsciente. Se volvió luego hacia la mujer que lo acompañaba y le desgarró el cuello con tal brutalidad que la sangre empezó a manar a borbotones por su arteria carótida seccionada. Bebió su sangre apresuradamente antes de que se derramara por el suelo. El otro hombre le golpeó con fuerza para intentar que soltara a su amiga, sin éxito y rebuscó por los alrededores algo que pudiera servirle como arma. Encontró un hierro fino, oxidado que no dudó en clavar en la pierna del asesino. Hunter aulló de dolor y se giró hacia él, con la sangre de su víctima chorreando por sus colmillos, vertiéndose por su rostro, los ojos oscurecidos, encolerizado. Atrapó sus manos y tras forcejear durante unos instantes, consiguió tumbarlo de espaldas sobre el suelo. Inmovilizándolo con su peso, le clavó los colmillos y succionó hasta dejarlo seco. Faltaba una. Se giró en su búsqueda y vio que la mujer desaparecía tras una esquina. Intentó correr tras ella, pero la herida de su pierna le impedía seguirla a buen ritmo. Desistió y la dejó marchar. El amanecer estaba cerca y todavía tenía que alimentarse del primer hombre, que yacía inconsciente entre los otros dos cadáveres, con su cuerpo manchado por la sangre de su amiga.

Cuando hubo satisfecho su hambre, regresó cojeando a su cueva, enfurecido por el dolor de su pierna, dejando tras de sí, las huellas de su masacre.

CAPÍTULO XIX

June dobló el periódico antes de depositarlo sobre la mesa. Otra noticia sobre el hallazgo de un cadáver humano. Había perdido la cuenta de cuantas noticias similares habían aparecido en la prensa durante el último mes. No tenía dudas de quién era el causante de aquellos asesinatos.

Pero aquella vez era diferente. Tres cuerpos, desangrados, mutilados. Y un testigo. Una mujer que había conseguido escapar. Horrorizada, recibiendo asistencia psicológica y manteniendo su anonimato, describía al autor de la masacre como una sombra negra, un ser maléfico, con ojos oscuros, un monstruo de enormes colmillos, un asesino despiadado.

Hunter se había vuelto descuidado. Los medios de comunicación advertían a la gente para que fueran más cautos. Habían perdido el miedo a la oscuridad cuando el Alas Negras mermó las huestes vampíricas en sus cacerías nocturnas. Pero la cosa había cambiado, cada vez menos humanos se aventurarían a abandonar la seguridad de sus hogares tras la puesta del sol. Pronto Hunter no tendría de qué alimentarse.

Y todo por su culpa. Su conciencia le instó a acudir en su ayuda. Quizá ella pudiera proporcionarle alimento. Aquel viejo baboso que le hacía gestos obscenos cada vez que pasaba delante suya de camino a su trabajo podría ser una buena opción.

Rebuscó entre las ropas de su armario. Escogió una blusa vaporosa que dejaba sus hombros al descubierto, anudada sobre el pecho, realizando su escote y unos vaqueros cortos. Completó su look con unas botas camperas. Antes de salir, abrió un cajón de la cocina, eligió el cuchillo más afilado, pero de pequeño tamaño y se lo guardó en uno de los bolsillos.

Antes de cerrar la puerta de su apartamento, llamó a Storm, que agitó contento el rabo ante la idea de salir a pasear.

—Vamos, te necesito amigo. Necesito que me protejas.

Acarició el lomo del animal, para que su presencia le infundiera el valor que necesitaba para lograr su misión.

Caminó calle abajo, intentando dejar su mente en blanco durante los más de diez minutos que duraba el trayecto. Si lo pensaba dos veces, correría de vuelta a su apartamento, renunciando a su plan.

—Hola. —se acercó al hombre, vistiendo la mejor de sus sonrisas.

—Hola guapa, ya sabía yo que te habías fijado en mí. —el hombre no tendría más de cuarenta y tantos años, pero su aspecto desaliñado y la ausencia de alguna pieza dental le hacían parecer mayor. No mucho tiempo atrás incluso podría haber resultado atractivo, pero la mala vida había causado estragos en él.

—Eh... sí... ¿Te gustaría venir conmigo? Sé de un sitio en el que podremos gozar de cierta intimidad. —no se andó con rodeos. Cuanto antes llegaran a su destino, antes concluiría todo.

El hombre aceptó de buen grado la proposición. La siguió, intentando pasarle la mano alrededor de su cintura. Ella imprimió más velocidad a sus pasos, para dificultar la maniobra. Storm caminaba tras ellos, en guardia.

Bajaron las escaleras de la entrada al metro. Su acompañante pensó que allí ya estaban lo suficientemente ocultos de miradas indiscretas y la empujó contra la pared. Ella se tensó mientras intentaba besarla, apretando con fuerza el mango del arma blanca que guardaba en su bolsillo.

—No seas impaciente... —su voz temblaba ligeramente. —Sígueme.

Prácticamente echó a correr por el andén, saltando a las vías hasta localizar la abertura a los antiguos túneles.

—¡Hunter! —gritó.

—¿Qué haces? ¿A quién estás llamando? —el hombre empezaba a ponerse nervioso.

—¡¡¡Hunter!!! —alzó aún más el tono de su voz.

Temió que su amigo no la escuchara, con la mano temblorosa asiendo el cuchillo que escondía, dispuesta a usarlo si el antiguo Alas Negras no aparecía. De pronto vislumbró una sombra que se dirigía caminando en su dirección, cojeando ligeramente. Tenía la piel más pálida y los rasgos más acentuados que en su último encuentro, con amplias ojeras oscuras bajo sus ojos casi negros y una rudimentaria venda cubriendo una herida sobre su pantalón vaquero rasgado, oscurecido por las manchas de sangre seca. La estudió con aquella mirada inquisidora. Ella le sonrió tímidamente.

El hombre miró a ambos. Cuando se percató de la trampa ya era demasiado tarde. Hunter saltó sobre él, mostrando sus colmillos, directo a su garganta y bebió de él hasta que su cuerpo quedó flácido. Se limpió los restos de sangre de su boca con el dorso de la mano, dejando que el cuerpo inerte cayera al suelo en una posición antinatural.

—¡Eres una inconsciente! —estaba furioso—. Él podría haber resultado peligroso y yo lo soy aún más.

—A ti no te tengo miedo, por si lo has olvidado.

—¡Pues deberías!

—Llevo a Storm. Y tengo un arma. —ella le mostró el pequeño cuchillo afilado que llevaba oculta en el bolsillo. Se sintió menguar ante su figura imponente y esos ojos de color azul oscuro, llenos de ira.

—¿Por qué has venido?

—Quería compensarte por... ya sabes... Quería remendar mi error.

Él se aproximó a ella. Recién alimentado, aunque no totalmente saciado, podría acercarse a ella sin que corriera peligro. Al menos, de momento. Colocó una mano en su cadera, mientras que con una suave presión de los dedos de la otra alzaba su mandíbula, para que sus miradas se encontraran.

—Él único error lo cometí yo, al dejarme atrapar en tus redes.

Ella contuvo la respiración ante la intensidad de aquella mirada.

—Creo que deberías deshacerte del cuerpo, para borrar tu rastro. Te estás volviendo más descuidado. Pronto te quedarás sin alimento.

—Tienes razón, espérame. Volveré enseguida.

Hunter se echó el cadáver al hombro y desapareció por el laberinto de túneles. Tardó sólo unos minutos pero a June se le hicieron eternos. Golpeó el lomo de su fiel compañero con nerviosismo, hasta que la figura del inmortal regresó junto a ella.

—Ya está. ¿Me traerás más otro día? —preguntó esperanzado.

La verdad es que le había sido imposible conseguir una víctima en los últimos días, desde que aquella chica escapara. Vio en aquel acto insensato de la humana pelirroja la solución a su problema para encontrar comida. Quizá si ella los atraía a la luz del día y le llevaba humanos a su

guarida podría dominar su sed.

—¿Y no podrías alimentarte sin necesidad de matar? De mí, por ejemplo. —sabía que nadie echaría en falta a aquel hombre, probablemente incluso por sus actos del pasado se mereciera la muerte, pero no podía evitar sentirse cómplice de su asesinato.

—No tienes suficiente sangre para saciarme. —aunque sonaba amenazador, había una nota de erotismo en sus palabras.

—¿Puedo quedarme contigo? Está anocheciendo. —preguntó, echando una ojeada nerviosa al cielo, teñido con los colores del atardecer.

Él dudó unos instantes. Una noche era demasiado tiempo para mantener a raya a la bestia, pero añoraba su compañía.

—Está bien. —admitió, resoplando—. Pero mantén ese cuchillo cerca. Si ves que no puedo controlarme, clavámelo con todas tus fuerzas, a ser posible que no sea en el corazón o me matarías. Te dará el tiempo suficiente para huir.

—De acuerdo.

—Aunque si tienes que matarme para sobrevivir... hazlo. —añadió, serio.

CAPÍTULO XX

Su mera presencia tan cerca de él, le ponía nervioso. Recordaba su sabor, el más delicioso que había probado jamás, con tal intensidad que creía que todavía podía paladearlo.

Rascó al lobo detrás de las orejas, al mismo tiempo que le susurraba:

—Cachorrito, confío en ti para mantenerla a salvo. —el perro ladró, en señal de asentimiento.

Hunter tomó asiento en la misma silla desde la que le observara dormir la noche en que la salvó del ataque. Ella miró en derredor y no localizando otra silla, optó por sentarse en la cama. June osó a formular la pregunta que durante tanto tiempo había rondado su cabeza:

—¿Por qué no atacaste a aquellos vampiros? Sé que habrías podido acabar con ellos.

—Sí... los hubiera vencido con facilidad, pero no antes de que aquel cuchillo te degollara.

—Pero... no lo entiendo. Soy humana. Tarde o temprano, yo moriré. Tú en cambio tienes una eternidad por delante y has sacrificado todo lo que eras por los pocos años que me puedan quedar de vida.

—No quería renunciar a ti... todavía no. —el dolor se hacía patente en sus palabras.

Ese sentimiento que despertaban en él aquellos ojos castaños acalló al cazador de su interior y se aventuró a sentarse a su lado.

Instintivamente, June deslizó su mano sobre la espalda del inmortal, intentando reportarle consuelo. Las yemas de sus dedos palparon las cicatrices de sus heridas. El rostro de Hunter se torció en una mueca.

—¿Todavía te duele? —preguntó ella, preocupada.

—No... sólo el orgullo... —respondió él, con una sonrisa triste.

June dejó de aumentar el sufrimiento de Hunter y retiró la mano de su espalda, pero sus dedos se enredaron entre los mechones de cabellos color azabache del Alas Negras. Él alzó una de sus manos, para acariciar su mandíbula y acercar sus labios a los de ella. Se perdió entre las notas verdes de sus ojos, absorbiéndola a su vez con la intensidad azul de los suyos mientras su boca encontraba su piel.

Desabrochó, muy despacio el nudo de su blusa, que se deslizó unos centímetros, insinuando la piel desnuda de sus pechos. Él la acarició con suavidad, estudiando cada centímetro, mientras su cara adoptaba un gesto de desagrado.

—No entiendo cómo podéis conformaros con vivir así.

—¿Así cómo? —ella permanecía aún inmóvil, dejándose acariciar, disfrutando del calor abrasador de los dedos de Hunter.

—Con los sentidos embotados, apagados, sintiendo tan poco.

—No hemos conocido otra forma de sentir. —respondió June, encogiéndose de hombros.

—Es como si mi cuerpo y mis sentidos estuvieran aislados dentro de una burbuja. Como si tuviera un manto envolviendo mi piel y me impidiera sentir la tuya... Supongo que no tengo otra opción que acostumbrarme. —añadió, resignado.

Hunter se inclinó sobre ella, instándole a que se tumbara sobre el colchón. Sus cabellos

pelirrojos quedaron desperdigados sobre la almohada. Ella separó ligeramente sus piernas dejando espacio para que él se acomodara sobre ella. Resoplando, frustrado, se despojó de su ropa y la desnudó, con cierta brusquedad en sus movimientos. Bastante tenía con sentir su piel entumecida como para además tener el estorbo de la tela entre ambos cuerpos. Antes de arrojar el vaquero de ella al suelo, extrajo el cuchillo que guardaba en el bolsillo y se lo tendió a ella.

—Mantenlo cerca, por si tuvieras que utilizarlo.

Ella lo guardó bajo la almohada, próximo a su cabeza, de tal forma que, con sólo llevar su mano hasta allí, en unos segundos, podría cogerlo.

Sabiendo que ella podría defenderse en caso de que él no consiguiera controlar a su bestia interna, se afanó en deleitarse con su cuerpo. El fuego ardiente de los labios de Hunter sobre su piel, hacía que el cuerpo de June se estremeciera, arqueando la espalda, invitando al inmortal a acceder hasta sus rincones más secretos. Su miembro endurecido se deslizó, con suavidad en el interior de su cálida humedad. June recibió con un gemido el primer envite.

Aquella sensación que experimentaba al rozar su piel, al estar dentro de ella, le sabía a poco. No era lo que recordaba. Él ya no era el mismo. Tenía que habituarse a su nueva condición, pero era muy duro. Se sentía extraño dentro de aquel cuerpo pesado y torpe que no le pertenecía y aquel sentimiento se reflejaba en la expresión de su rostro.

Ella posó la mano sobre su mejilla, conmovida por su sufrimiento, con delicadeza, dejándola próxima a su boca. Hunter le dedicó una mirada cargada de pasión, mientras le besaba buscando con sus labios la cara interna de su muñeca, clavando ligeramente sus colmillos justo por encima de su tatuaje, succionando despacio.

Aquello sí que podía sentirlo con intensidad, el líquido templado en sus labios, descendiendo por su garganta, recorriendo el interior de su cuerpo y calmando su sed. Pese al cambio experimentado en él, seguía siendo lo más delicioso que había probado nunca.

—El cuchillo... —susurró, no sabiendo si sería capaz de contener su ansia de ella.

June echó hacia atrás su brazo. El simple roce de sus dedos con el mango del arma le imprimió una sensación de seguridad, con su atención dividida entre el dulce cosquilleo de Hunter sorbiendo su sangre y el goce de sus rítmicas embestidas, llenándola por completo.

Ya que él era incapaz de sentir completamente a través de su cuerpo entumecido, se centró en que ella recibiera el placer que él no podía sentir. No sin gran esfuerzo, liberó la muñeca de June capturada entre sus dientes y saboreando las últimas gotas de aquel mágico elixir, fijó su mirada en ella, con su respiración jadeante y su rostro enrojecido, perlado de sudor, con los ojos cerrados, a punto de alcanzar el clímax.

Él imprimió más fuerza a sus acometidas hasta que el cuerpo de June se estremeció bajo él, y ella ahogó un grito buscando a ciegas su boca. Él la esquivó, girando su cuello con un aullido desgarrador emergiendo de lo más profundo de su garganta y se desplomó sobre ella.

Ella abrió los ojos, alarmada.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Mejor que nunca. Pero necesito un minuto. —contestó él, todavía con la respiración entrecortada.

De la espalda de Hunter brotaban dos inmensas alas de suaves plumas negras entremezcladas con unas pocas de color gris.

Era como si durante los últimos meses hubiera permanecido encerrado en una habitación insonorizada, a oscuras y de repente despertara y saliera al exterior, a la luz del sol. Fue invadido por multitud de sensaciones mientras sus sentidos se avivaban.

Ella le contempló, perpleja, embelesada por la majestuosidad de aquellas alas, incluso más bellas que las que tuviera en el pasado. Los ojos de Hunter pasaron por toda la gama de azul en un par de décimas para quedarse fijos en un tono intenso.

—No sabía que podías recuperar tu alas.

—Yo tampoco. Pero no me sorprende, has trastornado tanto mi vida desde que llegaste que ya no se ni lo que soy.

Él depositó un tierno beso en su frente. Ella acarició su plumaje aterciopelado. Su cuerpo vibró ante su contacto.

—Ésto está mucho mejor. Déjame que te muestre cómo se siente siendo yo. Al principio duele, pero creeme, merece la pena.

Ella asintió, con sus manos sujetando la cabeza del Alas Negras, enredadas en sus cabellos. Hunter la miró fijamente, mientras se iba introduciendo en su mente. June jadeó ante tal explosión de sensaciones en su cabeza, hiperventilando, mareada, sintiendo su cerebro a punto de explotar, incapaz de asimilar todo lo que estaba recibiendo.

—Tranquila, respira hondo. —le dijo él, con voz pausada.

Ella se fue calmando hasta que fue capaz de diferenciar cada sensación percibida. La boca de Hunter buscó sus labios, dejando que su lengua se perdiera en su interior. June permanecía con los ojos cerrados, sintiendo sobre su cuerpo el calor abrasador de las caricias del inmortal, mientras su cerebro vibraba con las experiencias del Alas Negras, mucho más intensas, apreciando cada matiz de su sabor, la temperatura de su piel, escuchando el roce de sus cuerpos, su olor...

También percibía el deseo intenso de acabar con ella y la lucha interna que mantenía con el cazador. Admiró su fuerza, ella hubiera sucumbido a aquel impulso asesino.

Sus manos se deslizaron diestramente por su torso desnudo, ella se estremeció ante el contacto, mientras en su pensamiento se dibujaba las diferentes texturas de la piel de sus senos en las yemas de los dedos de Alas Negras. La lengua de Hunter recorrió cada centímetro de su cuerpo, degustando el sabor salado de su piel, bañada en sudor.

Sus manos fueron descendiendo por su abdomen, hasta que sus dedos se entretuvieron con los rizos de su entrepierna, buscando el acceso a su interior. Introdujo uno de sus dedos lentamente que fue seguido por otro. Ella tembló cuando le sintió dentro al mismo tiempo que notaba cómo los dedos de Hunter se impregnaban de su humedad. June perdió el control de su cuerpo, tampoco era dueña de su mente, ella entera le pertenecía a él.

El Alas Negras ascendió por su cuerpo, buscando nuevamente su boca, besándola con vehemencia. June escuchó en su mente de nuevo la naturaleza asesina del inmortal, clamando su sangre y cómo él volvía a dominarla, tomando el control de su instinto. Sintió la presión del miembro erecto de Hunter sobre su monte de Venus. Percibió el deseo de Hunter de entrar en ella. Ella también quería sentirlo dentro. June arqueó la espalda, buscando la manera de mitigar esa necesidad mutua. La verga del Alas Negras no tardó en encontrar el acceso a su interior. La penetró con movimientos rítmicos, vigorosos, enérgicos.

Ella se retorció jadeante, arañando la espalda de Hunter, estirándole del pelo, en busca del alivio de aquel placer extremo que estaba experimentando. June no podía pensar, sólo era capaz gritar.

—Tu primero, pequeña. —susurró él con voz sensual. Sabía que la fragilidad de su mente humana no aguantaría los dos orgasmos al mismo tiempo.

Ella sentía dentro de su cabeza los esfuerzos de Hunter para contenerse, mientras la llevaba a ella al clímax. Un escalofrío recorrió su columna vertebral, mientras su cuerpo entero

convulsionaba, con sus músculos internos contrayéndose alrededor de la polla del Alas Negras, viendo en su mente cómo su cuerpo torturaba al inmortal. Hunter le proporcionó un pequeño momento de respiro, todavía dentro de June, mientras sentía cómo los músculos de ella se iban relajando y ella iba recuperando levemente el aliento. Sin embargo, él seguía terriblemente excitado. Volvió a moverse dentro y fuera de ella, al principio despacio para pasar a incrementar la velocidad de sus acometidas, aún más enardecido por los gemidos de June, todavía aferrada a sus cabellos de color negro, con la piel humedecida por el sudor, percibiendo el aroma de su deseo, hasta que él se derramó en su interior, alcanzando el orgasmo con un gruñido casi animal. June lo acompañó con fuertes jadeos, mientras experimentó su éxtasis en la mente, más intenso que el suyo propio, como una explosión dentro de ella, sintiendo cada centímetro de su piel impregnado de él.

Hunter, todavía en su interior, abandonó la mente de June, mientras el cuerpo de ella seguía temblando incontroladamente. Ella sintió un vacío enorme cuando el Alas Negras liberó sus pensamientos y trató torpemente de aplacarlo buscando un hueco entre sus brazos. Él salió despacio de su cuerpo y se dejó caer a su lado, replegando sus alas y la envolvió en un abrazo, mientras acariciaba a una June exhausta y la guiaba hacia el sueño.

CAPÍTULO XXI

Hunter esperó hasta que la respiración de ella se volvió lenta y regular y sus músculos se aflojaban, dejando su cuerpo relajado. Sabía que permanecería dormida durante horas, quizá incluso hasta un día entero para que su frágil mente humana se recuperara de todo lo experimentado. Se deleitó unos instantes con el contacto de la piel desnuda de June, inhalando su aroma, mientras su instinto cazador despertaba, reclamando esa presa tan dulce. Muy a su pesar, abandonó su compañía y salió a acallar a la bestia. Probablemente cuando regresara, ella todavía no habría despertado.

Estaba amaneciendo y pese a que antaño la luz del sol le resultaba molesta, ahora que había recuperado sus capacidades innatas como Alas Negras y tras los últimos tiempo pasados en la sombra, incluso disfrutó del calor ardiente que los primeros rayos vertían sobre ella. Todavía no había mucha gente por las calles, la ciudad acababa de despertar. Su cacería pasaría desapercibida. Caminó hasta encontrarse con dos chicas jóvenes. Una de ellas llevaba una mochila a su espalda y la otra abrazaba una carpeta contra su pecho. Probablemente se trataba de estudiantes que se dirigían a la universidad. Se acercó a ellas y con una sonrisa seductora les preguntó por una dirección. Ellas intercambiaron unas risitas nerviosas ante la atractiva imagen del Alas Negras, con su larga melena morena recogida en una coleta y una camiseta que dejaba intuir su torso musculado. Se ofrecieron a acompañarle sin necesidad de que él tuviera que pedirselo.

Justo antes de llegar a su objetivo, las acorraló en una callejuela estrecha sin salida, a salvo de miradas indiscretas. Agarró a una de ellas por la muñeca para evitar que se escapara, mientras se alimentaba de su amiga. La chica que tenía apresada por la mano se revolvía intentando liberarse de él, entre lágrimas, incapaz de gritar observando aterrada cómo el Alas Negras iba robando la vida de su compañera. Luego fue su turno. Escondió sus cadáveres dentro de un contenedor, se limpió con el dorso de la mano los restos de sangre de su rostro y regresó a su guarida. Antes pasó por un comercio para comprar algo de alimento para June, ella también se despertaría hambrienta.

Tal y como había predicho, ella seguía dormida cuando regresó. El latido de su corazón, pausado, ya no suponía tanta tortura ahora que el cazador estaba medianamente saciado. Se arrodilló en el suelo junto a la cama y acarició sus cabellos de color cobrizo, enredando sus dedos entre los mechones ondulados. Ella despertó ante su contacto y una sonrisa se dibujó en su rostro, iluminando sus ojos castaños moteados. Durante unos instantes el tiempo se detuvo mientras compartían la magia de ese momento íntimo de cruce de miradas.

—Tengo tanta hambre que me comería un vampiro. —bromeó ella, entre risas.

—Lo suponía. Allí tienes comida, como no se lo que te gusta, tienes un poco de todo. Pero si lo que quieres comerte es un vampiro, aquí tienes un Alas Negras deseando que lo devores.

Ella contuvo la respiración ante la intensidad de sus palabras, con su voz profunda, seria, destilando erotismo. Con gusto le hubiera invitado a ocupar de nuevo un lugar en la cama a su

lado, pero notaba todos los músculos doloridos y aún se sentía agotada, así que huyó de la fuerza de su mirada azul y se escabulló de entre las sábanas, dirigiéndose a una mesa en la que Hunter había preparado todo un banquete para ella. Sus piernas temblaron en cuanto pisó el suelo. Hunter se movió ágilmente hasta colocarse a su espalda, ofreciéndole la estabilidad que le faltaba a su cuerpo, que permanecía todavía desnudo. Abrazó su cintura provocándole aquella sensación abrasadora tan grata y aunque sus pies todavía rozaban el suelo, era el Alas Negras el que sujetaba su peso.

June optó por un poco de fruta y algo de chocolate. El inmortal deslizó su lengua por una mancha de jugo de fresa que descendía por la comisura de sus labios. No podía discernir el sabor de la fruta, pero se recreó con el gusto de la piel de ella. La bestia volvió a sentirse hambrienta con un ansia enfebrecida de su sangre. Su capacidad de raciocinio se vio nublada por su instinto animal, que se adueñó de sus actos. Rasgó con sus colmillos la tersa piel de su cuello, saboreando aquel mágico elixir que le enloquecía.

—Hunter... —susurró June, con un jadeo. La sensación del Alas Negras bebiendo de ella resultaba extremadamente placentera pero aún se sentía demasiado débil, temiendo en cualquier instante desmayarse entre sus brazos.

Storm emitió un gruñido en señal de advertencia, poniéndose en guardia. Hunter había olvidado que el lobo seguía allí. Recuperando momentáneamente el control, se alejó al otro lado de la habitación, poniendo algo de distancia entre sus cuerpos antes de que fuera demasiado tarde y se viera incapaz de dominar su deseo por ella, su ansia de besarla, de acariciarla, de matarla. Se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, taciturno, pensativo, pero sin poder apartar la mirada de June.

En cuanto supieran que había recuperado sus alas, volverían a por él. No dudarían en volver a utilizar en su contra su único punto débil, ella. Todavía no estaba dispuesto a renunciar al dulce tormento que le provocaba aquella humana. Sólo tenía una opción. Acabar con ellos.

—No voy a consentir que nadie te haga daño. Te quiero para mí al menos durante los próximos 50 años.

—Pero yo seré una vieja... en cambio tú seguirás siempre así... —había una pequeña nota de envidia en sus palabras. Nunca antes se había detenido a pensar en lo efímera que resultaba su vida al lado del Alas Negras.

—Serás una ancianita adorable, pero con la misma sangre, igual de deliciosa. —se relamió ante aquel pensamiento

Hunter se permitió el capricho de volver a acercarse a ella, durante unos segundos podría contener al cazador y ella no correría peligro. Le acarició la mejilla. Se acercó tanto a sus labios que June pensó que el Alas Negras se iba a aventurar a besarla de nuevo. Sin embargo, sólo le susurró unas palabras:

—Tengo que hacer algo. Pero antes, tengo que ponerte a salvo. Cuando acabes de comer, acuéstate. Te quiero descansada. Volveré en unas horas.

Él abandonó la estancia. Ella obedeció. Cuando hubo saciado su apetito, volvió a acostarse, arrebujada entre el edredón nórdico de la cama del Alas Negras, anhelando la sensación de ser mecida entre sus brazos, rodeada de sus potentes músculos, con su aroma masculino impregnando su piel. Acunada en aquel pensamiento, no tardó en volver a dormirse.

Hunter paseó por las calles de la ciudad, buscando un vehículo que le sirviera para sus propósitos. Encontró un coche, todavía con su conductor a bordo. Aprovechó para desangrarle antes de desechar su cuerpo en el asfalto y apoderarse de su vehículo, un todoterreno con el

depósito lleno. De vuelta a su refugio, pasó por el apartamento de June para recoger algunas pertenencias de ella. Después, condujo el coche hasta aparcar en una calle cercana a su guarida.

—Vamos, vístete. —le instó a June, lanzándole una bolsa con su ropa.

Ella salió del refugio de la cama del Alas Negras con un gruñido y rebuscó entre las prendas hasta encontrar un pantalón vaquero y una camiseta vieja.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella, mientras le seguía por el laberinto de túneles subterráneos hacia el exterior, con Storm trotando a su alrededor.

—Lejos, muy lejos.

El Alas Negras parecía especialmente serio. Le hizo un gesto para que subiera al asiento del copiloto y abrió la puerta trasera para permitir que el perro lobo se acomodara entre los asientos. Lanzó la bolsa con las pertenencias de June al maletero y observó detenidamente a su alrededor. Cuando sus aguzados sentidos no percibieron más que la presencia de ellos tres, ocupó el asiento del conductor y puso en marcha el vehículo.

Condujo durante horas. Abandonaron la ciudad, siguiendo de manera aleatoria las carreteras que se alejaba de ella. Atravesaron otras ciudades y pequeños pueblos casi abandonados. Hunter permaneció la mayor parte del trayecto ensimismado. June no quiso interrumpir lo que fuera que ocupaba la mente del Alas Negras y también guardó silencio. El ronroneo del motor la indujo de nuevo a un sueño ligero.

Cuando despertó, el coche se había detenido en una gasolinera.

—Aprovecha para ir al baño y comprar lo que necesites. —le dijo Hunter, lanzando a su regazo una cartera repleta de billetes.

Ella se apeó del vehículo y estiró las piernas mientras se dirigía al interior del estableciendo. El Alas Negras no le quitó ojo de encima mientras el coche repostaba.

Volvió a ponerse al volante durante un par de cientos de kilómetros más, desviándose de la carretera principal por una pista forestal. Paró el motor y se giró hacia ella.

—No tardaré. —acarició con la yema de sus dedos la mejilla de June, provocándole un escalofrío.

Ella pensó que el Alas Negras necesitaba alimentarse de nuevo y se estiró en el asiento a esperar, entreteniéndose con unas caricias a su fiel amigo que lamía su mano en señal de agradecimiento. Hunter retrocedió sobre sus pasos, borrando su rastro para que nadie pudiera dar con ella, haciendo que cualquiera que los hubiera visto olvidara ese recuerdo. También aprovechó para saciar su apetito.

Repitió la misma operación tres veces más durante los siguientes dos días. Consideró que ya estaban suficientemente lejos. Aquel parecía el sitio idóneo. Una cabaña perdida en un recóndito lugar. Se ocupó de que la despensa estuviera llena con provisiones para poder subsistir durante las próximas semanas.

—Espérame aquí. Volveré a por ti cuando todo haya acabado.

—¿Qué vas a hacer?

—Acabar una guerra.

—Ten cuidado.

—No te preocupes por mí. Mantente a salvo, aléjate de la gente, desconfía de todos. Y ante la más mínima duda, huye. El depósito del coche está lleno, ponte en marcha, no pares y llámame.

—¿Cómo?

—Piensa en mí. Allá donde esté sabré que me necesitas. —y añadió, golpeando amistosamente el lomo del lobo. —Storm, cuida de ella.

La despedida fue fría. Hunter desapareció de su vista, aprovechando su velocidad sobrenatural. June se quedó de pie en el porche, conteniendo una lágrima. No tuvo tiempo de decirle adiós, ni de acariciarle, ni de besarle una última vez. Ahora sólo le quedaba esperar.

El Alas Negras se alejó de ella, con una punzada de deseo reprimido por tocarla una vez más, con el anhelo de saborear su sangre de nuevo. Un aliciente más para cumplir su plan y poder regresar junto a ella.

CAPÍTULO XXII

Era una noche despejada, con el cielo oscurecido, levemente iluminado por una luna en cuarto creciente. Vagó por las calles de la ciudad durante un buen rato. Se cruzó con varios vampiros, pero ninguno era el que buscaba. Estaba a punto de desistir y regresar a su refugio, para esperar a la siguiente noche cuando se cruzó con una pareja de inmortales.

Su vista se desvió hacia la muñeca izquierda de ambos. Sobre su piel, halló el dibujo que buscaba. Unos trazos ancestrales dibujando unos símbolos tribales que conocía muy bien.

Se deshizo de uno de ellos sin dificultad. Con un movimiento rápido, giró su cabeza, quebrando su cuello y le atravesó para arrancar su corazón sin piedad. Sólo necesitaba a uno para su propósito. El otro prefirió escapar mientras el Alas Negras acababa con su compañero, en vez de proporcionarle auxilio. Hunter le dejó. Así sería más divertido. Le persiguió por las calles, siguiendo su rastro, recortando cada vez un poco la distancia que los separaba hasta darle alcance. Le acorraló. No tenía escapatoria.

Saltó sobre él, lo empujó contra la pared y lo inmovilizó utilizando su fuerza, que superaba con creces la de su rival. Se lanzó directo a la yugular y se alimentó de su sangre insulsa hasta dejar su vida pendiente de un hilo. Entonces se detuvo, arrancó las prendas que cubrían su abdomen y dibujó con un objeto punzante la silueta de un pájaro con las alas extendidas sobre su pecho. Quemó el otro cadáver y arrastró el cuerpo del vampiro moribundo hasta la sede del clan al que una vez perteneció. Lo tiró delante de la puerta, como la basura que era. El Alas Negras había vuelto.

El vampiro encargado de la vigilancia corrió alarmado por los pasillos de la sede hasta el despacho del líder. Hizo caso omiso de los cancerberos que siempre custodiaban la entrada a los aposentos del mandamás.

El cabecilla le dedicó una mirada furiosa cuando su subordinado se colocó a su lado y tecleaba nerviosamente sobre el ordenador para conectar la pantalla de su portátil al registro de las cámaras de seguridad.

—Jefe, tiene que ver esto...

Amplió la imagen en blanco y negro que mostraba la puerta principal. Un hombre, alto, corpulento, con larga melena de color oscuro que le llegaba hasta más allá de media espalda se acercaba, arrastrando otro cuerpo por un brazo, probablemente sin vida. Lo lanzó junto a la puerta y alzó su vista hacia la cámara que lo enfocaba, dedicándole una mirada desafiante, mientras desplegaba unas alas negras de gran envergadura. Reconoció el cuerpo que yacía sobre el suelo como perteneciente a uno de sus siervos, con su torso desnudo con unas líneas trazadas en él que dibujaban algo parecido a un pájaro. El ser alado también le había pertenecido a él, pero había cometido la imprudencia de rebelarse.

—No... no puede ser... —el líder titubeó, atónito, mirando al trofeo que colgaba enmarcado en la pared, detrás de su sillón. Confiaba en que el Alas Negras hubiera muerto tras cercenar sus alas.

El Alado se giró, dando la espalda a la cámara, alejándose de la escena lentamente, justo en el preciso instante en que los primeros rayos de sol de la mañana hicieron que el cuerpo agonizante del vampiro ardiera en llamas.

—¡Encontrad a la humana! ¡Quiero la cabeza de ese pajarraco disecada adornando mi habitación! —el líder golpeó la mesa, con furia, haciendo que la madera se astillase. —¡Traed al otro!

—Jefe, todavía no está preparado...

—¡Me da igual! ¡Tendrá que estarlo!

La advertencia de Hunter surtió el efecto deseado. Patrullas de vampiros, en pequeños grupos, barrieron la ciudad en su búsqueda. Pero sobre todo, trataron de encontrarla a ella. Jamás lo lograrían. Ella estaba a salvo. Y con ella a salvo, él era invencible.

Esperó fundiéndose en las sombras de la noche junto a un callejón cercano al bloque de apartamentos donde ella vivía. Desde aquella ubicación podía percibir el aroma a madera quemada, el sonido de las llamas consumiendo la estructura del viejo edificio. La frustración por la batida infructuosa les llevó a descargar su ira prendiendo fuego a la vivienda.

Aguzó su oído. A lo lejos se oían las sirenas de los camiones de bomberos. Más cerca, a tan sólo un par de calles de distancia de donde él se encontraba, el grupo de pirómanos regresaba hacia su sede, con las manos vacías. Distinguió dos voces que discutían airadamente y una tercera persona, que permanecía en silencio. Ascendió hasta la azotea del edificio ayudándose de sus alas y saltando de tejado en tejado, salió a su encuentro. Descendió grácilmente hasta situarse a su espalda.

—¿Buscáis a alguien? —preguntó con sus labios curvados formando una sonrisa sádica, mientras hacía que sus alas se ocultasen.

Los tres vampiros cesaron su conversación al instante y se pusieron en guardia. Ninguno se decidía a ser el primero en lanzar el ataque. Así que tuvo que ser Hunter el que lo hiciera. Eligió al azar a su primer oponente. Lanzó un gancho directo a la cabeza del elegido, con tal ímpetu que éste cayó al suelo, momentáneamente aturdido. El Alas Negras cayó sobre él. Los otros dos aprovecharon para arrojar sobre él e intentar inmovilizarle. Con el raballo del ojo percibió un fugaz brillo metálico. Un arma blanca. Sintió un dolor lacerante en el costado cuando se lo clavaron. Se giró, furioso, arrancándose el cuchillo y con el mismo movimiento empleado para su extracción, seccionó la garganta de su dueño, que, con ojos desorbitados, intentaba contener en vano la sangre que manaba a borbotones por su herida.

Ignoró la sangre que rezumaba su herida en el costado y se centró en la batalla. Con uno de los vampiros ya fuera de combate, consiguió zafarse del otro vampiro que tenía sobre su espalda con un forcejeo. Éste volvió a abalanzarse sobre el Alas Negras en un combate desesperado por su supervivencia. Hunter lo agarró por el cuello, propinándole repetidos rodillazos en las costillas. El primer vampiro, ya recuperado del aturdimiento inicial, se puso en pie, dispuesto a apoyar a su compañero. El Alas Negras lo vio venir y le asestó una patada en la cara, fracturando su nariz. Se ensañó con el otro, descargando una sarta de golpes sobre su ya maltrecho cuerpo. Su compañero, con el rostro bañado en la sangre que manaba de su nariz rota golpeó con fuerza la pierna de Hunter, haciendo que éste perdiera el equilibrio. Los dos se abalanzaron sobre el cuerpo del Alas Negras, con una lluvia de golpes frenéticos. Él intentó deshacerse de sus oponentes, para conseguir volver a ponerse en pie.

El combate se dilató hasta que los primeros rayos de sol comenzaban a asomarse por el horizonte. Los dos vampiros, demasiado centrados en la batalla, no se habían percatado de que el

amanecer se hallaba tan cercano. Tenían que huir, pero el Alas Negras no se lo iba a permitir. Su puño impactó contra la cara de uno de ellos, con la fuerza necesaria para quebrarle los huesos del cráneo. Cayó al suelo noqueado. Cuando se vieron en un enfrentamiento uno contra uno, el otro vampiro trató de escabullirse a la carrera, pero el Alas Negras era mucho más rápido que él. No tardó en darle alcance. Directo a su cuello, seccionó su yugular con un violento mordisco y se alimentó de él, hasta debilitarlo lo suficiente como para que no tuviera fuerzas para escapar.

Arrastró los tres cuerpos hasta una calle más abierta y esperó, hasta que los rayos de sol incidieron sobre ellos y su piel ardió en llamas. Se detuvo unos instantes para recrear sus sentidos con el calor del fuego y el aroma de la carne quemada. Regresó renqueante hasta su guarida. Necesitaba un respiro para que su cuerpo magullado se recuperase y sus heridas sanaran, probablemente tendría incluso algún hueso fracturado. Unas horas de descanso, un poco de sangre fresca y estaría como nuevo, listo para seguir adelante con su propósito.

Se dejó caer sobre la cama. Las sábanas todavía estaba impregnadas con el aroma de June. Se vio tentado a acudir en su búsqueda, un pequeño sorbo de su sangre haría que se recobraría mucho más rápido, pero no podía hacerlo. Todavía tendría que esperar. Se dejó mecer acunado por ese olor con su mente volando por sus recuerdos con ella.

El líder escuchó con atención las noticias de las batidas de los últimos días. Pese a que su rostro se mantenía inalterable su sangre hervía, furioso, al oír que una de las patrullas que habían salido en busca de la humana pelirroja y el Alas Negras no regresó. No le cabía la menor duda de que era obra del inmortal. Empezó a gritar órdenes a sus subordinados, reforzando los destacamentos que saldrían aquella noche a peinar la ciudad. Era urgente que le apresaran en las calles. Si fracasaban, el Alas Negras iría a por él. Por suerte, guardaba una bala en la recámara.

Despertó con una sensación de hambre acuciante. No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que buscó refugio en su morada. Sus heridas ya habían curado, sus huesos ya se habían regenerado. Ahora sólo tenía que saciar su sed y estaría preparado para volver a la batalla.

Abandonó la oscuridad de los túneles poco antes del anochecer, buscando un humano como primera víctima. Encontró a un hombre de mediana edad justo antes de que encontrara el cobijo de su casa, mientras se disponía a meter la llave dentro de la cerradura de su portal. Se colocó sigilosamente a su espalda. El humano no se percató de su presencia hasta que su vida estaba a punto de expirar.

Habiendo recuperado parte de sus fuerzas, Hunter ya estaba listo para ir de cacería. Desde las alturas tendría una mejor perspectiva de sus supuestos rastreadores que no tardarían en convertirse en presas. Iban en grupos de cuatro a seis vampiros. Jugó con ellos. Con señales falsas, con ruidos que llamaban su atención hasta que conseguía fragmentar el grupo. Cuando uno de ellos se separaba lo suficiente del resto, era engullido por una sombra alada. Después lanzaba su cuerpo inerte al centro del grupo, para desaparecer a continuación y marchar en busca de otra patrulla.

De nuevo, los destacamentos regresaron con las manos vacías. Y con cuatro miembros menos. Ni siquiera habían conseguido vislumbrar su figura, aunque lo habían sentido muy cerca. Los únicos que lo habían visto, no vivieron para contarlo. El líder estaba cada vez más enfurecido. Y comenzaba a ponerse nervioso. Sus tentativas de ataque no habían funcionado. Era hora de preparar la defensa.

CAPÍTULO XXIII

Poco a poco fue mermando las filas de los sirvientes de su antiguo clan. Al principio resultaba divertido, disfrutó con ese poder casi divino de tener las vidas de aquellos inmortales en sus manos. Pero empezaba a cansarse de repetir el mismo juego. Cuanto antes pusiera fin a todo, antes podría regresar a buscar a June.

Caminó directo a la sede. No tenía ningún plan. Sólo llegar allí, sembrar el caos, destruir el clan y matar al líder. Se haría con el dominio de la ciudad, aunque ese no era su objetivo. Sólo quería su libertad y la de June.

Se quedó parado ante la puerta, a la espera, desplegando sus alas con sus más de dos metros y medio de envergadura. Dirigió su mirada desafiante hacia las cámaras de vigilancia. Sabía que lo estarían observando. No tenía miedo, estaba tranquilo. No importaba si él caía en la batalla final, porque entonces, ella perdería todo su valor para ellos, y aunque él no consiguiera estar allí para verlo, June sería libre.

Las puertas no tardaron en abrirse. Le estaban esperando. Sus pies atravesaron la entrada, dirigiendo sus pasos hacia el despacho, conocía muy bien el trayecto. Nadie se interpuso en su camino. Aquello le hizo sospechar que algo extraño sucedía.

Frente a los aposentos del jefe se hallaban apostados cuatro guardianes que le cerraban el paso. Uno de ellos se plantó ante él.

—Es tarde para regresar a casa, pajarito. Hace años que tendrías que haber vuelto.

—Vengo a matar al líder. Déjame pasar o caerás tú también.

De pronto, Hunter sintió como le abandonaban sus fuerzas. No podía ser. Otro Alas Negras no, lo hubiera detectado antes. Quizá fuera otro mutilado. No había contado con eso.

La puerta del despacho se abrió. Junto al sillón que ocupaba el líder había otro alado en la misma situación en la que se encontraba él. Se estaban debilitando mutuamente. El otro Alas Negras era más alto que él, sobrepasaría los dos metros de estatura, pero era joven e inexperto, posiblemente acabara de finalizar su entrenamiento. Su cabeza estaba coronada por una cresta estilo mohicano, de cabello negro, con los laterales rapados, decorados con unos intrincados símbolos tribales tatuados. Permanecía encadenado al líder, con un collar de cuero alrededor de su garganta como si se tratara de un perro. Se precipitó al suelo, aullando de dolor ante la influencia del otro Alas Negras.

Hunter también cayó al suelo, de rodillas, viéndose derrotado, con aquella sensación odiosa de su cuerpo volviéndose pesado y lento, con los reflejos disminuidos, perdiendo todas sus capacidades, con su cuerpo vencido y su mente rindiéndose. Los guardianes del líder cayeron sobre él, inmovilizaron sus extremidades pasando unas cadenas alrededor de las muñecas y tobillos, mientras le golpeaban el abdomen y la cabeza. Sintió como sus costillas se fracturaban, una de ellas perforando su pulmón, no podía respirar. Probó el sabor de su propia sangre en sus labios, que manaba de una herida abierta en su frente. La bota de uno de sus atacantes fue lo último que vio su ojo izquierdo, aproximándose a gran velocidad a su rostro. Un dolor lacerante,

mayor incluso que el sufrimiento provocado por su pérdida de fuerza hizo que la cabeza comenzara a darle vueltas, próximo a perder el conocimiento.

Una voz se fue abriendo paso entre la neblina de sus sentidos.

—¡Hunter!

Tardó en reconocerla, llegaba a su mente amortiguada, como si la escuchara bajo el agua. Sus ojos, casi ciegos trataron de buscar a su dueña. Pero aquellos ojos castaños moteados de verde se encontraban muy lejos de allí.

—¡Hunter, no te rindas, eres más fuerte que ellos!

Aquella vez la escuchó con más nitidez y creyó sus palabras. Luchó contra esa energía que abandonaba su cuerpo como si un torrente de agua se tratara, intentando cerrar la puerta al flujo de salida. Se aferró a esa voz que sonaba en su cabeza y comenzó a estirar del hilo invisible que lo mantenía unido al otro Alas Negras. Los golpes seguían lloviendo sobre su cuerpo, pero él ya no los notaba, sólo percibía aquel cable de energía y centró todo sus esfuerzos en tirar de él. De pronto la puerta de salida se cerró y el flujo se invirtió, regresando hacia él. El pesado manto que cubría su cuerpo comenzó a disiparse, mientras su cuerpo volvía a ser ágil, rápido, ligero, sus sentidos volvían a agudizarse y recuperaba sus capacidades de Alas Negras. Aún así siguió estirando del cordón, absorbiendo más y más poder, hasta consumir la vida del otro alado, que se desplomó exánime a los pies del líder.

Hunter jamás se había sentido tan poderoso como en aquel instante. Se revolvió en un forcejeo con sus captores y con un vigoroso impulso consiguió librarse de las cadenas que lo mantenían apresado. Empujó y golpeó a los vampiros que tenía sobre él para apartarlos de su cuerpo y ponerse en pie. Mirando a sus contrincantes, se preparó para el combate, liberando al cazador. Como un animal rabioso se abalanzó sobre ellos y con mordiscos enérgicos que arrancaban piel y músculo fue desangrando uno a uno a sus cuatro rivales. Pronto los cuatro yacían a sus pies, un amasijo deforme de carne, sangre y huesos.

Miró al líder y, muy despacio, caminó hacia él. Sus ojos azules, desafiantes, anunciaban la muerte del regente del clan. La sangre que manaba de las heridas de su rostro le conferían un aspecto más peligroso. El cabecilla no se amedrentó ante el espectáculo dantesco que acababa de presenciar.

—Recuerda quién eres, Alas Negras, recuerda para qué has sido entrenado, recuerda a quien perteneces, yo soy tu dueño. —el líder moduló su voz para que ésta sonara autoritaria.

El Alas Negras recordó quién era. No sabía su origen. Su memoria comenzaba cuando fue entregado al líder al que había servido durante años. Los Alas Negras habían sido creados para servir a un único dueño, para defenderle a capa y espada, para obedecer, para acatar sus órdenes sin cuestionarlas, sin importar el precio a pagar por muy alto que éste fuera. No podían negar su naturaleza.

El inmortal se arrodilló, agachando la cabeza, doblegándose ante su amo, que colocó una mano sobre sus cabellos negros.

—Eso está mejor. Juntos dominaremos el mundo. —Una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro. Tenía a su merced el arma más letal que había existido jamás.

El recuerdo de una mirada infantil de ojos castaños adornados con motas verdes, que lo observaba sin miedo, llena de curiosidad, se fue abriendo camino en el subconsciente del Alas Negras. Recordó el sabor de su sangre, la más deliciosa que había probado jamás. Recordó a June y alzó la mirada.

—Soy Hunter y sólo le pertenezco a ella.

Se puso en pie, frente al líder del clan, frente a aquel ser que ya no tenía ningún poder sobre él y le sostuvo la mirada. Clavó los dedos en su pecho, atravesando su piel, quebrando las costillas hasta llegar a su objetivo. Cerró el puño sobre su corazón, sintiendo en su mano el latido acelerado del terror. Lo sostuvo entre sus dedos durante unos segundos eternos antes de arrancarlo y extraerlo del pecho del vampiro. Una expresión mezcla de sorpresa y pavor quedó grabada en su rostro mientras el color abandonaba su cuerpo y caía inerte al suelo.

Antes de abandonar la estancia, reparó en el trofeo colgado tras el sillón del despacho. Sus antiguas alas, enmarcadas como si de un cuadro se tratara. Golpeó el cristal con el puño, con sus dedos teñidos con la sangre del cadáver del líder y lo quebró en mil pedazos. Las plumas se desintegraron en cuanto entraron en contacto con el aire.

El caos se había desatado en la sede. Muchos intentaron huir. Los más insensatos trataron de enfrentarse a él. Agarró a uno de ellos por el cuello y lo miró a los ojos. Se vio con el poder suficiente para someterlo a sus órdenes. Sugestionar a un humano siempre había resultado tarea fácil, pero hasta aquel momento le había sido imposible hacerlo con un vampiro, tenían más fuerza de voluntad. Pero ahora él, con el poder de dos Alas Negras en su interior, era muy superior.

—Reúnelos a todos en la sala de reuniones.

—Sí... sí, señor.

Esperó pacientemente a que acataran su orden. Cuando hubo reunido al suficiente número de vampiros en la sala, atrancó las puertas, abrió la llave de paso del gas, rocío el pasillo con el combustible de la caldera y lanzó una cerilla encendida al líquido inflamable. Abandonó la sede, sin mirar atrás, mientras una enorme explosión iluminaba el cielo nocturno a su espalda cuando el edificio estalló por los aires.

Se apiadó de los vampiros que habían conseguido escapar, sin un clan al que servir, vagarían por las calles como almas solitarias. Se ocupó, sin embargo de destruir a los líderes de otros clanes de menor importancia.

Él solo había conseguido desestabilizar la hegemonía de los vampiros, dejando a su paso un reguero de muerte y destrucción. Una sombra letal, el guardián de la noche.

Ahora ya podían regresar a casa.

CAPÍTULO XXIV

June se despertó gritando con el cuerpo bañado en sudor, su respiración acelerada y una sensación de desasosiego oprimiendo su pecho.

—Sólo ha sido una pesadilla. —intentó consolarse, pero la imagen era tan vívida que parecía real.

Storm se acercó a ella y frotó su lomo contra ella, ofreciéndole consuelo. Ella se abrazó al cuello del animal e intentó dejar su mente en blanco pero tenía el recuerdo de su sueño grabado a fuego.

Hunter, postrado de rodillas, vencido, con una jauría de vampiros atacándole, en los preludios de su muerte. Ella gritó su nombre con todas sus fuerzas hasta perder la voz rogándole que no se rindiera.

Había perdido la cuenta de los días que habían transcurrido desde que Hunter la dejara en aquella casa perdida en mitad de ninguna parte. No había recibido visitas y no se había relacionado con nadie, tal y como él le indicó. Todavía tenía bastantes provisiones en la despensa, con lo que tampoco le había sido necesario abandonar la vivienda para ir a por más.

Había pasado los largos días y las más largas noches con la única compañía de su fiel amigo Storm, compartiendo sus preocupaciones sobre el Alas Negras, especialmente tras la pesadilla que atormentaba su descanso, temiendo que jamás regresaría a por ella.

La amplia biblioteca de la que estaba provista la cabaña estaba haciendo más llevadera la extensa espera, había devorado prácticamente la mitad de los libros durante aquel tiempo de soledad. Aquella noche se encontraba abstraída en las aventuras de unos piratas, recostada en el sofá, bajo la tenue luz de una pequeña lámpara, ataviada únicamente con un amplio jersey de lana gruesa al calor del fuego de la chimenea. Storm permanecía a su lado, dormitando, tendido sobre la alfombra. Fuera, la lluvia azotaba con fuerza los cristales de la vivienda creando una música con su repiqueteo.

De pronto, Storm se alzó, nervioso, agitado y comenzó a ladrar en dirección a la puerta del refugio. Miraba en dirección a la entrada, la miraba a ella, y volvía de nuevo su atención hacia la puerta, meneando su cola.

Ella se dirigió, caminando con sus pies descalzos hasta la puerta. Nada más abrirla, el animal se escabulló engullido en la oscuridad. Un relámpago cruzó el cielo, iluminando por un instante la explanada que se extendía a su alrededor. Tiempo suficiente para que ella viera la figura imponente del Alas Negras, plantado bajo la lluvia, con sus alas desplegadas. Los ojos de June tardaron unos instantes en adaptarse a la penumbra del exterior para poder distinguir los rasgos de Hunter.

Storm se había acercado a él, inclinando su cabeza en señal de sumisión. El inmortal se agachó para rascar tras las orejas del animal, con sus cabellos negros, empapados, cayendo sobre sus hombros y espalda. Se alzó de nuevo cuando la percibió frente a él. Ella se acercó tímidamente, con precaución, cuando lo que en realidad deseaba era correr a sus brazos. Su

aspecto era el mismo de siempre, pero parecía diferente, envuelto en un aura mística, poderosa. Se detuvo a un par de metros de distancia para observarle. Su cuerpo sólo estaba cubierto por unos vaqueros rasgados, hechos jirones, de un color indefinido por los restos de sangre, pero no parecía herido.

Él dijo, con voz profunda, clavando en ella una mirada intensa.

—Ya está, la ciudad es mía, ahora sólo me faltas tú.

Ella sonrió y trató de abrazarle. Pero Hunter colocó la mano sobre su clavícula, para mantener una cierta distancia entre ellos. Quería mirarla, quería perderse en esos ojos castaños con motas verdes antes de que sus labios anhelantes se fundieran. Rasgó con sus colmillos la piel carnosa de su labio y mientras la besaba se deleitó con el delicioso sabor de su sangre.

Su mano, la misma que tenía posada en su clavícula descendió acariciando la lana mojada de su jersey, y se desplazó por su espalda, buscando la piel desnuda bajo esa prenda, atrayendo su cuerpo hacia él. Se ayudó de la otra mano para alzarla por ambos muslos y encajar sus piernas alrededor de su cintura, mientras se zambullía en su cuello, percibiendo en sus fosas nasales la fragancia de su piel mojada. Ella enredó sus manos entre los cabellos húmedos del Alas Negras. Hunter se arrodilló, tumbando a June sobre el manto de hierba mojada y barro. Se hizo un hueco entre sus piernas para quedar tendida sobre ella.

Él la despojó de su jersey empapado. Ella alzó los brazos por encima de su cabeza para facilitarle la maniobra. Hunter apresó sus muñecas con ambas manos para inmovilizarla, mientras sonreía con malicia. Pese a la lluvia y al aire frío, las caricias del inmortal mantenían su cuerpo caliente. Lamió las gotas de lluvia que resbalaban por su pecho desnudo, atrapandolas con su lengua, dejando un reguero de fuego abrasador allá por donde pasaba. Ella forcejeó, para intentar liberarse, provocando las carcajadas del Alas Negras. Una risa sensual que la encendió aún más. Aprisionó uno de sus pezones entre los dientes, con suavidad, trazando círculos con su lengua alrededor del pequeño botón inhiesto, mientras June se retorció bajo su cuerpo gimiendo atormentada.

Hunter giró sobre sí mismo, arrastrándola con él, de tal manera que fue el inmortal quien quedó tendido de espaldas sobre la hierba, con June sentada a horcajadas sobre él, cediéndole el control. Ella posó sus manos sobre el torso desnudo de Alas Negras recorriendo sus pronunciados músculos. June comenzó a mecerse sobre él, muy despacio, sintiendo la presión de su miembro endurecido todavía encerrado en la prisión de sus vaqueros, mientras las yemas de sus dedos dibujaban los trazos tribales del tatuaje que cubría el pecho del inmortal. Descendió sus manos por los marcados abdominales de Hunter hasta que sus dedos se perdieron por debajo de la cinturilla del pantalón, entreteniéndose antes de soltar el botón del vaquero. Él alzó levemente la pelvis para permitir que ella deslizara unos centímetros hacia abajo su pantalón, suficientes para dejar su polla liberada.

Ella continuó su tortura, restregándose contra él. Hunter inclinó ligeramente la cabeza hacia atrás, mientras emitía un gruñido, enfiebreado por la fragancia de June, mostrando sus colmillos a la noche. Colocó ambas manos sobre las caderas de ella buscando el acceso a su interior. Ella le recibió con un gemido mientras él se deslizaba dentro de la cálida humedad de su sexo. June continuó con un rítmico balanceo, apoyando sus manos sobre el pecho de Hunter, retirándose unos centímetros para luego volver a caer sobre él. El inmortal deslizó uno de sus dedos sobre la columna vertebral provocando que se le erizara el vello.

Pese a estar dentro de ella, todavía la sentía muy lejos. El Alas Negras se incorporó hasta quedar sentado y la envolvió entre sus brazos. Besó el ángulo de la mandíbula descendiendo por

su garganta, rasgando la tersa piel de su cuello, saboreando las escasas gotas de sangre que rezumaban del pequeño arañazo. Aunque la excitación le instaba a tomarla con más fuerza, se forzó a seguir con ese ritmo, dilatándose en la hermosa sensación de sus cuerpos unidos, deleitándose con cada segundo que pasaba en su interior.

Ella estiró con fuerza de los mechones de Hunter, aproximándolo más a ella, en una invitación para que clavara los colmillos en su garganta. Él la aceptó con sumo gusto y succionó despacio aquel mágico elixir mientras seguía sosteniendo a June, guiándola para que incrementara la velocidad de sus movimientos. Ella imprimió un giro a sus caderas cada vez que descendía sobre el miembro inhiesto del inmortal buscando con desesperación la liberación de sus cuerpos enfervorecidos. Hunter alejó su boca del cuello de ella antes de que la bestia de su interior que clamaba su trofeo consiguiera hacerse con el control y fuera demasiado tarde para conseguir detenerse. Ella se inclinó hacia atrás, jadeando, mientras la lluvia arrastraba las últimas gotas de sangre que resbalaban desperdiciándose por su cuerpo. Una descarga eléctrica recorrió sus cuerpos al unísono cuando ambos estallaron en éxtasis. El Alas Negras apoyó la cabeza sobre el pecho de ella, dejándose mecer por el sonido acelerado de su corazón, mientras ella posaba la suya sobre él, acariciando sus cabellos negros empapados, ensuciados de barro, mientras susurraba:

—Te he echado de menos...

Él guardó silencio, abrazándola con más fuerza. La había añorado tanto que le dolía reconocerlo.

Permanecieron unos minutos abrazados, mientras su respiración regresaba a su ritmo normal, más profundo, más pausado. La lluvia seguía cayendo sobre sus cuerpos, arrastrando la suciedad de su piel, pero las caricias del agua se habían tornado frías. June tembló, todavía acunada entre los brazos del Alas Negras.

—Creo que deberíamos entrar. Me vendría bien una ducha caliente.

Ella se puso en pie y entró a la carrera en la vivienda, dejando sus huellas marcando el suelo. Recibió con gusto la cálida bienvenida de las llamas de la chimenea. Storm hacía ya un rato que los había dejado a solas y secaba su pelaje frente al fuego. June fue directa al baño, accionó el grifo del agua caliente y dejó que ésta templara su cuerpo helado.

Hunter la siguió. Cerró la puerta del cuarto de baño mientras el vapor del agua caliente empañaba la estancia. La observó a través de la mampara, mientras ella enjabonaba sus cabellos cobrizos para eliminar los restos de barro de ellos. Sintió una punzada de deseo al ver sus manos deslizándose por su cuerpo desnudo. Anheló fervientemente que esas manos que acariciaban su piel fueran las suyas.

Se deshizo de sus vaqueros destrozados y se metió en la ducha, colocándose a su espalda, tan cerca que su presencia provocó un escalofrío que recorrió el cuerpo de June. Se inclinó sobre su cuello para inhalar el aroma de su piel, mezclada con el perfume de los jabones. Ella recibió su aliento como una sensual caricia y se echó hacia atrás buscando el contacto con el cuerpo del Alas Negras, sintiendo su erección. Ella alzó uno de sus brazos para mantener a Hunter pegado a su cuello.

Él se apretó aún más a ella y sus manos se deslizaron hacia su vientre, envolviéndola en un abrazo. Una de ellas se dirigió hacia arriba, acariciando con el pulgar la piel rugosa de la areola de su pecho mientras la otra se perdía entre los rizos de su entrepierna. Ella jadeó cuando sus dedos rozaron su clítoris y un estremecimiento recorrió su cuerpo cuando uno de ellos se aventuró a indagar en su interior. Mientras sostenía su cuerpo con la mano que atormentaba su pezón,

deslizó la otra hacia el muslo, haciendo que alzara su pierna para permitirle el acceso a su interior desde atrás. Con un suave empujón su miembro se deslizó dentro de ella. Se retiró despacio, para volver a hundirse en ella con más fuerza. Ella gimió cuando sintió a Hunter llenándola de nuevo. El Alas Negras imprimió un mayor ritmo a sus embestidas hasta que sintió cómo los músculos de ella se contraían en torno a su verga. Él reprimió su necesidad de derramarse en su interior y dolorosamente, salió de ella. La giró para quedar frente a ella, para fundirse en su mirada de ojos castaños tintada de placer y, acariciando su mejilla, sus labios paladearon el sabor de su boca. Ella alzó los brazos para rodear su cuello mientras él la izaba del suelo y salía de la ducha, tras cerrar el grifo, para dirigirse hacia la habitación.

La depositó con suavidad sobre las sábanas de algodón de la cama, con su cuerpo todavía húmedo. Con movimientos felinos se acercó a ella, besándole la cara interna del muslo. Resbaló la lengua por su piel, lamiendo con cuidadosa suavidad el pequeño botón enchido de su clítoris, extremadamente sensible tras la descarga de placer anterior. El cuerpo exhausto de June, volvió a excitarse ante las caricias del inmortal.

Sedienta de su boca, ella estiró del pelo de Hunter, para que ascendiera por su cuerpo hasta sus labios. Él obedeció, pero antes se entretuvo besando cada rincón de su cuerpo. Se miraron a los ojos mientras ella acariciaba la polla endurecida del Alas Negras y la guiaba de nuevo a su interior. Con firmes acometidas fue llevándolos a ambos cada vez más cerca de la cima. Los gemidos de ella mientras alcanzaba el clímax estimularon más al ya enardecido Alas Negras que no tardó en seguirla, emitiendo un gruñido salvaje, casi animal cuando alcanzó el orgasmo.

Después se dejó caer a su lado, y la abrazó con ternura, mientras sus dedos recorrían su piel, dispuestos a explorar de nuevo su cuerpo.

—¿No te sacias nunca? —el cuerpo de June gratamente dolorido clamaba un descanso.

—Siempre quiero más de ti, siempre necesito más de ti. —contestó, mostrando sus colmillos.

June se quedó sin aliento ante la intensidad de aquellos ojos azules bañados en deseo. El inmortal la acunó entre sus brazos mientras sus dedos se enredaban con sus rizos cobrizos mientras susurraba:

—Descansa, pequeña. Mañana volveremos a casa.

CAPÍTULO XXV

La ciudad había cambiado durante su ausencia. Su apartamento era ahora un edificio calcinado en ruinas y una parte de las afueras de la urbe, otrora un polígono industrial, se había transformado en una escombrera como consecuencia de una terrible explosión unos pocos días atrás. Los bomberos todavía trataban de refrescar los cimientos para evitar otros conatos de incendios.

El ambiente también era diferente. Se respiraba menos miedo por las calles. Los vampiros se habían convertido en una especie residual. Muchos de ellos habían fallecido en la explosión, varios habían sido asesinados y otros tantos habían huido de la ciudad y del azote del demonio alado que se había hecho con su dominio.

Aparcaron cerca de la entrada que daba acceso a los viejos túneles del metro.

—Buscaremos un sitio en el que puedas alojarte, mientras tanto, puedes venir a mi guarida. — un brillo de deseo cruzó su mirada.

Ella asintió, mientras le seguía por el laberinto de pasillos subterráneos con Storm trotando a su alrededor. Tras atravesar la puerta metálica que daba acceso a la estancia, June se quedó plantada de pie, sin saber muy bien dónde colocarse en aquella habitación minimalista sólo provista de una pequeña mesa con una silla, un armario con algo de ropa y unos pocos libros, la amplia y cómoda cama con el agradable nórdico de plumas que recordaba tan bien y un cuarto de baño anexo.

—Tengo que salir. ¿Necesitas algo?

—¿Ahora?

—Sí, tengo que vigilar las calles para asegurarme de que los vampiros restantes se abstienen de crear nuevos clanes. Y además tengo que alimentarme. Espérame aquí.

—No es necesario que mates para alimentarte...

—Sí, está en mi naturaleza.

—No, en tu naturaleza está que bebas sangre, pero no es necesario que mates para ello.

—No te equivoques conmigo. Disfruto haciéndolo. Soy un cazador. —Los ojos del Alas Negras se oscurecieron, tornándose casi negros, como cada vez que la bestia de su interior emergía. Parecía molesto ante la sugerencia de June. —En el fondo sigues siendo aquella niña inocente. Es mejor que no sepas ciertas cosas de mí.

Sin opción a réplica, Hunter abandonó la habitación y se marchó, dejándola a solas con el perro lobo. Ella se entretuvo unos minutos acariciando el lomo de su fiel amigo. Después se dirigió al armario. Cambió su atuendo de vaqueros y jersey por una camiseta de Hunter. La temperatura era cálida en la morada del inmortal. Cogió un libro al azar y se sentó en la mesa, para pasar el rato nadando entre sus páginas. Storm aprovechó que la cama estaba vacía para tumbarse sobre el mullido colchón.

El Alas Negras vagó por las calles de su ciudad, con sus agudizados sentidos alerta, intentando localizar el rastro de algún humano que llevarse a la boca. Percibió el latido de un corazón humano en una callejuela apartada del centro. Se dejó guiar por aquel rítmico sonido,

aproximándose sigilosamente hasta él. Cuando lo tuvo lo suficientemente cerca, saltó sobre él, directo a su yugular. El hombre intentó defenderse, golpeando al inmortal, pero pronto quedó tan debilitado que su única lucha fue para seguir respirando. Hunter bebió su sangre con avidez. Estaba hambriento. La vida del humano pendía de un hilo, un sorbo más y su corazón se detendría. Fue incapaz de dar ese último trago, no podía matarle. Tenía que obedecer a June, era su dueña. La orden no había sido directa, pero estaba implícita en sus palabras. Se enfureció con ella y esa maldita manía suya de pensar en el bien de los demás. Estúpida humana. Miró al humano a los ojos mientras le obligaba a borrar el recuerdo de su ataque para sustituirlo por el asalto de unos atacadores.

Hunter regresó a su guarida, lleno de ira, como un animal salvaje. Storm se puso en guardia, ladrándole, nervioso, interponiéndose entre June y el inmortal. June, sin embargo, cerró el libro que estaba leyendo, se acercó a él sin miedo, y colocó la mano sobre la mandíbula del Alas Negras. Él le mostró los colmillos, amenazante. Storm respondió del mismo modo, dispuesto a abalanzarse sobre él para defender a su dueña.

—¿Qué pasa, Hunter?

—No me has dejado matar. —respondió con un bufido.

—Gracias. —susurró ella. Su mirada, cargada de dulzura apaciguó la frustración del cazador. Hunter se perdió unos instantes en aquellos ojos castaños moteados de verde.

—¿Puedo? —preguntó con un susurro, más calmado, sintiéndose de pronto sediento de ella.

June asintió. Él apartó con delicadeza un mechón ondulado de color cobrizo para dejar su cuello expuesto. Deslizó las yemas de sus dedos por su piel, buscando el punto exacto. El simple roce de aquella caricia abrasadora le produjo un escalofrío que le recorrió la columna vertebral. Él colocó una mano sobre su cintura, mientras con la otra la mantenía sujeta por la nuca. Clavó sus colmillos con sumo cuidado y emitió un gruñido animal, extremadamente sensual, ante el sabor de las primeras gotas de su sangre. Ella gimió, sintiendo cómo aumentaba su excitación conforme el Alas Negras iba succionando su sangre muy lentamente.

Hunter dejó que la mano que tenía posada sobre su cintura resbalara hasta la entrepierna de June. Apartó la prenda interior a un lado y acarició muy sutilmente su sexo palpitante e inflamado, dejándose impregnar por su creciente humedad. Ella se frotó contra su mano, con una necesidad acuciante de él, anhelando sentirle dentro. Él la aprisionó contra la pared, para que ella notara su erección. Liberó su cuello para buscar su boca, le besó con fervor y June pudo sentir el sabor metálico de su propia sangre en los labios del inmortal. Ella, impaciente, desabrochó los botones del pantalón vaquero de Hunter para dejar su miembro enhiesto liberado. Lo acarició, sintiendo cómo se endurecía aún más entre sus manos.

El Alas Negras deslizó la mano que tenía entre las piernas de ella por la cara interna de su muslo, mientras le alzaba ligeramente la pierna y se hundió en ella. Ella gritó cuando él empezó a llenarla y respondió clavando sus uñas en la espalda del inmortal. Él contraatacó con un envite mayor, más fuerte, más profundo. La mano que tenía sobre su nuca, descendió hasta sujetarla por las nalgas, para contrarrestar sus embestidas. June se aferró a su cuello, con los largos cabellos color azabache de Hunter enredados entre sus dedos, mientras ambos se mantenían la mirada, con los ojos ebrios de pasión. De su garganta brotaba un jadeo entrecortado que acompañaba el ritmo de las acometidas que enardecían al inmortal hasta un punto que rebasaba los límites de lo natural. Hunter dejó que sus majestuosas alas negras se desplegaran mientras se derramaba en ella, sintiendo cómo los músculos de su interior se contraían alrededor de su miembro sensible, cuando una descarga de placer golpeó el cuerpo de June, estimulando todas y cada una de sus

terminaciones nerviosas.

El corazón desbocado de June martilleaba el instinto cazador del inmortal que dilató unos minutos el instante de abandonar su interior, mientras observaba con los ojos brillantes cómo el cuerpo de June se iba relajando entre sus brazos. Con gusto, hubiera permanecido dentro de ella durante toda la eternidad.

En cambio, la depositó con delicadeza sobre su cama y ascendió por su cuerpo mientras escondía de nuevo sus alas hasta situarse a la altura de sus ojos castaños con motas verdes.

—Jamás pensé que servir a mi dueña podía llegar a ser tan gratificante.

—No eres mi siervo ni mi esclavo, Hunter. Eres mucho más. Te quiero.

Él sintió una agradable punzada en su interior. Estaban unidos por algo mucho más fuerte que la naturaleza leal del Alas Negras. Él la envolvió entre sus brazos, inhalando su fragancia, mientras la besaba en el mismo punto en el que un rato antes había clavado sus colmillos y cerró los ojos. El Alas Negras sólo necesitaba dormir dos o tres horas un par de veces por semana, pero en aquel momento, quiso disfrutar de la compañía de June.

June se despertó con una grata sensación de seguridad, enredada en los brazos musculosos de Hunter. Él parecía relajado, dormido, pero abrió los ojos en cuanto percibió el más leve movimiento en ella. Ella le sonrió y él le respondió acariciando uno de sus mechones pelirrojos, con una atípica expresión de ternura en sus ojos.

—¿Te apetece que salgamos a dar una vuelta? —el cazador comenzaba a sentirse hambriento, pero en aquella ocasión, quiso que ella le acompañara.

—Bien, voy a vestirme...

Cuando pisaron las calles de nuevo, el sol comenzaba a ocultarse por el horizonte. June no estaba acostumbrada a transitar por la ciudad bañada en la oscuridad y caminaba tensa junto al inmortal. Escuchó un ruido e instintivamente, se puso en alerta. Hunter acarició su hombro, sonriendo, divertido, ante el desasosiego de ella.

—Tranquila, es sólo un vampiro que huye de mí, no sea que me de por matarlo. Conmigo estás a salvo. Soy más fuerte de lo que jamás hayas podido imaginar. Y estoy aquí para protegerte. Cueste lo que cueste. —él acarició su mejilla, y por una fracción de segundo, sus ojos se tornaron negros para regresar a su color azul habitual.

June buscó el contacto con la piel abrasadora del Alas Negras para que le infundiera la seguridad que necesitaba. Él le pasó un brazo por encima de los hombros y la atrajo hacia sí. La noche adquiría tintes mágicos con su compañía.

De pronto, sintió como el inmortal se tensaba a su lado. Se aproximaba un grupo de humanos que despertó aún más su hambre. June también se puso rígida conforme se fueron acercando a ellos. Reconoció la figura de una de los componentes del grupo. Habían pasado varios años desde la última vez que la vio, pero no había lugar a dudas. Una despampanante morena con un vestido que destacaba sus curvas perfectas. Era Daisy. La misma que le había hecho la vida imposible en el hogar de acogida. Hunter miró a June con una expresión interrogante en sus ojos. Ella bajó la mirada ante la intensidad del escrutinio.

—¿La conoces? —preguntó.

—Eh... sí... —titubeó—. Era otra de las chicas de la casa de acogida.

—¿Era tu amiga?

—No, al contrario. Me la jugó. —la expresión de June se tornó seria, incluso enfadada.

—¿Quieres que la mate?

Ella permaneció en silencio, sopesando la respuesta. Con una extraña sed de venganza

aflorando en su interior. El grupo ya estaba cerca, a escasos metros de ellos.

—¡Mira quien esta aquí! Si es mi vieja amiga June. —el sarcasmo era palpable en sus palabras.

Hunter miró a June, buscando su aprobación. Ella asintió. El Alas Negras se acercó al grupo. Con una orden, sus miembros se dispersaron. Sólo quedaba Daisy. Le miró a los ojos. Ella quedó prendada en un instante del magnetismo de aquella mirada azul que se iba oscureciendo por momentos. Fue directo a su cuello. La mujer empezó a gemir, conforme el inmortal succionaba su sangre. Parecía que gozaba con aquel mordisco mortal. June sintió una punzada de celos. Recordaba muy bien la agradable sensación de los colmillos del Alas Negras clavados sobre su piel. Temió que él también estuviera disfrutando.

—Ya está bien. —le interrumpió.

—¿No quieres que la mate? —inquirió él, soltando a su presa durante unos segundos para formular la pregunta.

—No, ya es suficiente. Ahora, haz que te olvide y haz que me olvide a mi también. —aunque la tentación de la venganza era muy dulce, no podía rebajarse a su nivel.

Hunter, todavía con sus labios pegados al cuello de Daisy, le lanzó una mirada provocativa a June, antes de liberar a la otra chica, vibrando con la nota posesiva que atisbó en sus ojos castaños moteados de verde, complacido con la reacción de su humana tan especial. Su instinto asesino no había logrado corromper su alma tan pura. Miró a los ojos a la chica, sugestionándola para que olvidara su existencia y el encuentro con June. Después, le susurró unas palabras al oído que la chica pelirroja no alcanzó a oír:

—Durante el resto de tus días te arrepentirás de lo que sea que le hiciste a ella. Marchate.

Hunter se acercó a June y posó ambas manos en su cintura.

—No temas pequeña, soy sólo tuyo. Ella es sólo comida. En cambio tú, tú eres mucho más. Además tu sangre es la más deliciosa que he probado y probaré jamás.

La besó con tal intensidad que ella contuvo la respiración hasta que sus labios se separaron dolorosamente de los suyos.

CAPÍTULO XXVI

Ella se despertó, sintiendo un súbito dolor en sus entrañas. Estaba sola, probablemente Hunter hubiera salido a cazar. Se acurrucó, abrazando su cuerpo. No conseguía entrar en calor. Se retorció entre las sábanas, buscando una postura en la que el dolor fuera más llevadero. Le costaba respirar, con una fuerte opresión en el pecho. Lloró de impotencia durante los escasos pero interminables minutos que transcurrieron hasta que el dolor se fue mitigando y su respiración se hizo calmada de nuevo. Volvió a dormirse.

El Alas Negras regresó cuando el amanecer comenzaba a despuntar. June todavía estaba en la cama, dormida, con sus cabellos cobrizos desperdigados por la almohada. Se deleitó con su visión angelical y se acostó a su lado, deslizando las yemas de sus dedos por la piel suave de su cuello, mientras una sensación acuciante de hambre comenzaba a despertar en su interior. Ella ronroneó ante su contacto, todavía sumida en sueños. La lengua ardiente del inmortal paladeó el sabor salado de su piel, mientras ella, que comenzaba a despertar, asió los mechones color azabache de Hunter rogando que no cesaran sus caricias. Él clavó sus colmillos muy despacio, desgarrando con suavidad su piel provocando en ella un gemido sensual que inflamó los sentidos del Alas Negras. Comenzó a succionar las primeras gotas de aquel mágico líquido que fluía por las venas de June, pero de pronto, se apartó, alarmado. Era el mismo sabor de siempre pero con un matiz diferente. La miró extrañado.

—¿Qué pasa? —preguntó, de pronto serio, frío y distante.

Ella no supo qué contestar.

—No entiendo... ¿A qué te refieres?

—Sabes... diferente... ¿Por qué?

June se encogió de hombros. De pronto, el dolor que le había despertado la noche anterior regresó haciendo que su cuerpo se contrayera en un intento desesperado de apaciguar aquella terrible sensación. La expresión del rostro de Hunter cambió hacia la preocupación y la envolvió entre sus brazos, ofreciéndole consuelo.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —preguntó, de nuevo, esta vez con ternura.

—No lo sé... Duele... —contestó ella, con los ojos bañados en lágrimas dejándose mecer en los brazos del inmortal, hasta que la sensación de seguridad que su cercanía le reportaba la sumió de nuevo en los brazos de Morfeo.

Durmió hasta bien entrada la mañana. El Alas Negras no se apartó ni un segundo de su lado.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó cuando vio que sus ojos castaños se abrían de nuevo.

—Bien, ya no me duele.

—¿Quieres que vaya a buscar un médico?

—No, tranquilo, estoy bien. —pero su sexto sentido le decía que algo en su interior no marchaba bien.

Hunter también lo sabía. Aunque ya habían pasado varios días desde aquella angustiada crisis de dolor y June se encontraba aparentemente bien, su sangre, pese a seguir siendo deliciosa, era

diferente. Intentó restarle importancia, pero no conseguía disminuir su preocupación por ella.

Aquella noche se había entretenido con un grupo de vampiros recién llegados a la ciudad. Tenía que bajarles los humos y enseñarles quién mandaba. Asesinó a tres de ellos que le sirvieron como cena. El resto, le juró lealtad. Percibió el desasosiego de Storm incluso antes de bajar las escaleras de entrada a la estación de metro que conducía a su morada. Corrió por los túneles, usando su velocidad sobrenatural y entró apresuradamente en la estancia. June estaba tendida sobre el suelo, inconsciente. Su fiel amigo de cuatro patas, nervioso, lamía su rostro intentando despertarla.

El Alas Negras la alzó del suelo con sumo cuidado y la depositó sobre el mullido colchón. Su respiración era pausada y su latido rítmico y fuerte. Se acostó a su lado y se entretuvo acariciando sus cabellos hasta que despertó.

—Hunter, el dolor ha vuelto... —dijo ella en un suspiro, apenas sin fuerzas.

—Lo sé, pequeña, lo sé. Yo cuidaré de ti.

Ella volvió a retorcerse entre sus brazos, mientras él susurraba palabras de consuelo, desviviéndose por su sufrimiento. Su voz dulce, tranquila, cargada de ternura, sus brazos fuertes, sus caricias delicadas, era lo único que le reconfortaba.

Cuando se encontró mejor, Hunter la llevó hasta la consulta de un afamado médico de la ciudad. Le sometieron a infinidad de estudios y pruebas, pero ninguna arrojaba un resultado concluyente.

—Lo siento mucho, pero no sé lo que le pasa a su amiga. Padece una enfermedad desconocida hasta ahora que está destruyendo su cuerpo por dentro.

El Alas Negras estalló de rabia con un grito agónico. Agarró al doctor por el cuello de la camisa y lo lanzó contra la pared. El hombre quedó postrado en el suelo, mientras el inmortal se acercaba a él en actitud amenazante, mostrando sus afilados colmillos y desplegando sus inmensas alas. Le desgarró el cuello con violencia hasta que su cuerpo quedó inerte, desangrado.

Buscó un par de opiniones más. Pero el resultado siempre fue el mismo.

—Ya basta Hunter, por favor. Déjalo estar. Déjame descansar.

—Lo siento. —él agachó la cabeza, sumiso. Se había negado a aceptar la realidad. No quería perderla. Todavía no.

La situación de June fue empeorando. Apenas era capaz de abandonar el refugio de las sábanas de la cama del inmortal. Sumida en una lucha constante con aquello que la estaba destrozando por dentro, sólo encontraba consuelo cuando Hunter se acostaba a su lado, la envolvía con su cuerpo, le hablaba con dulzura y le acariciaba, eclipsando su sensación angustiada con el agradable roce de sus dedos recorriendo su piel. Solía dormirse así. Él permanecía unos minutos escuchando su respiración tranquila. Después, dejaba a Storm a cargo de ella y abandonaba su guarida.

En cuanto el Alas Negras atravesaba la puerta de su morada, afloraba el cazador más sanguinario. Era la única forma de compensar la impotencia que le provocaba ver a June en aquella situación y no poder hacer nada para remediarlo. El primer insensato que se cruzaba en su camino se convertía en su víctima. Daba igual que se tratara de un humano o de un vampiro. Se abalanzaba sobre él sin piedad, con rabia y lo despedazaba antes incluso de que fueran conscientes del demonio que se alzaba ante ellos.

Siempre regresaba antes de que ella despertara y volvía a acurrucarse a su lado. Sabía que ella se disgustaría al ver en lo que se había convertido cuando no estaba junto a ella, pero no conocía otra forma de afrontar la situación. Sería mejor que no se enterase. La abrazaba, dejando

que sus dedos se enredaran entre sus cabellos y, mientras depositaba un delicado beso sobre su piel, le susurraba “Te quiero”. Ella solía responder con un ronroneo.

June se despertó, rodeada como siempre por los fuertes brazos del inmortal. Se giró para quedar de frente a él y clavó su mirada en los ojos azules de Hunter. Tenía que aprovechar los escasos momentos en que se encontraba libre de dolor. Cada vez eran menos.

—Por favor, mátame. —por fin ella se atrevió a pronunciar las palabras que llevaban tanto tiempo rondando sus pensamientos.

—No... no puedo... no estoy preparado para renunciar a tí.

—Por favor, Hunter, ya no aguanto más.

Él volvió a negarse.

—Tienes que hacerlo, soy tu dueña, tienes que obedecer mis órdenes, está en tu naturaleza. — June nunca había recurrido al poder que tenía sobre el Alas Negras, pero estaba desesperada.

—Sí, tengo que acatar todas tus órdenes, menos esa. En mi naturaleza está servirte, obedecerte, pero sobre todo, protegerte. Puedo negarme a cumplir esa orden. —había unas notas de enfado en sus palabras.

—Por favor, Hunter... —no sabía qué más hacer para intentar convencer al Alas Negras. — ¿Recuerdas aquel día que me enseñaste cómo se sentía siendo tu? Quiero que ahora sepas lo que siento yo.

—Está bien. Mírame a los ojos y déjame entrar.

Él fijó su mirada en aquellos ojos castaños moteados de verde hasta que los sintió como propios. Se conmovió ante el profundo amor que ella le profesaba y experimentó en sus entrañas el dolor insoportable con el que lidiaba ella. A lo largo de su amplia existencia él había sufrido en sus carnes más de lo que cualquier humano podría padecer en diez vidas: peleas, torturas, mutilaciones... pero ningún dolor se asemejaba al que estaba padeciendo ella. No era un dolor normal y quiso indagar hasta su origen.

Navegó por sus recuerdos, retrocediendo en su mente. Ella intentó expulsarle, tenerlo manejando sus pensamientos incrementaba aún más su sufrimiento. Jadeaba, luchando contra él, pero Hunter era mucho más fuerte y aunque sabía que le estaba dañando, tenía que llegar hasta el inicio de aquel padecimiento. June gritaba, mientras su vida pasaba a velocidad inversa por delante de sus ojos, rogando al Alas Negras que se detuviera. Por fin llegó al momento que buscaba. Instantes antes de que le cortaran las alas, cuando la tenían apresada, cuando los lacayos le retorcían el brazo, obligándole a llamarle, cuando le clavaron una aguja en el brazo.

Hunter abandonó bruscamente su mente, dejando a June vacía, con la respiración entrecortada, bañada en sudor, con lágrimas en los ojos, temblando. Él la abrazó mientras se disculpaba por lo que acababa de hacer. La mecía entre sus brazos hasta que sus sollozos cesaron. Ella le miró con sus ojos castaños con motas verdes enrojecidos por el llanto. Él le mantuvo la mirada unos instantes y asintió, accediendo a su petición. Ella buscó refugio en el pecho del Alas Negras y cerró los ojos, agotada.

Hunter, con la mandíbula apretada, debatiéndose entre el odio y el dolor se maldijo. Conocía el contenido de lo que aquella jeringuilla le había inyectado. Era un virus experimental creado en el laboratorio del clan al que una vez perteneció. Jamás había prestado atención a los inventos que se llevaban a cabo allí, pero sí que sabía una cosa. No había cura.

Aunque había arrasado el clan, pese a que estaban todos muertos, le habían vencido.

CAPÍTULO XXVII

No encontraba el momento adecuado. No existía. Pero tampoco podía demorarlo más, no podía permitir que ella siguiera sufriendo. Se merecía el ansiado descanso. Observó a June, tendida sobre su cama, en el mismo lugar que había ocupado durante las últimas semanas. Ya no tenía fuerzas para abandonarla. Su rostro permanecía pálido, con una mueca constante de agonía que había quedado marcada en sus finos rasgos, con los cabellos de color cobrizo pegados a él, desordenados, enredados y humedecidos como consecuencia de otra noche febril. Su cuerpo estaba demacrado, con los huesos pronunciados bajo su piel, apenas había probado bocado en los últimos días pese a su insistencia. Sin embargo, seguía siendo preciosa, su belleza rebasaba los límites de lo físico. Tomó asiento a su lado.

—Lo siento. —susurró con un nudo en su garganta. Ella dormía, su cuerpo parecía relajado, pero él sabía que, incluso en sueños, June seguía batallando con aquel virus que tenía en su interior y la iba consumiendo lenta y dolorosamente.

Todo había sido culpa suya. No tenía que haber regresado al complejo a salvarla. Habría roto su promesa, pero habría evitado que el vínculo que existía entre ellos dos se instaurara. Le acarició distraídamente mientras sus pensamientos vagaban por los recuerdos que había compartido a su lado. Sus dedos se deslizaron suavemente siguiendo el contorno de su brazo. Estaba tan ensimismado en el pasado que no se percató de que ella había despertado y lo contemplaba, con los ojos cargados de amor.

—Hola. —le saludó, con su voz debilitada.

—¿Estás lista?

—Sí, ¿y tú? —el brillo de su mirada de ojos castaños con motas verdes comenzaba a apagarse.

Él cerró los ojos como única respuesta. No, no estaba preparado, no estaría preparado jamás, pero tenía que hacerlo. Desde el primer instante en que la conoció había luchado contra el deseo de matarla y ahora que iba a hacerlo se le desgarraba el alma.

—¿Me dolerá? —pregunto preocupada.

—No, a ti no. Te dormirás. Sólo que esta vez ya no despertarás y dejarás de sufrir. ¿Quieres ir a algún sitio? Puedo crear en tu mente la imagen de algún lugar agradable.

—No, así está bien. Así, a tu lado, es perfecto. —ella sonrió y tras hacer una breve pausa para recuperar fuerzas y continuar hablando, añadió. —Hunter, ha merecido la pena.

Él tragó saliva y volvió a cerrar sus ojos con fuerza para contener las lágrimas que insistían en aflorar a sus ojos. No, no iba a llorar. Todavía no, no delante de ella.

La atrajo hacia su cuerpo hasta que quedó sentada en su regazo. La rodeó con uno de sus brazos para apoyarla en su pecho. Quería inmortalizar cada instante de esos últimos minutos que iba a pasar a su lado. Le apartó uno de sus mechones cobrizos para dejar el acceso a su cuello despejado.

—Te echaré de menos.

La apartó ligeramente, para poder alcanzar su objetivo de una manera más cómoda. Antes de dejar que sus colmillos rasgaran su piel, la besó, muy despacio, localizando con su lengua el punto exacto. Clavó lentamente sus afilados dientes, con mucho cuidado, no quería hacerle más daño. Pese a todo, ella gimió ante el primer contacto. Succionó las primeras gotas poco a poco, deleitándose con aquel mágico sabor de su sangre. Siguió alimentándose de ella, percibiendo en el latido cardíaco de June cómo iba cediendo su dolor.

Hizo una pausa. Se mordió con fuerza el labio inferior en un vano intento de evitar que las lágrimas asomaran a sus ojos. El sabor de su sangre contaminó la perfección de la de June. Ella respiraba tranquila, adormecida, su rostro aparecía relajado. Tenía que despedirse de ella.

—Te quiero. —susurró, mientras la besaba por última vez, paladeando cada matiz de su boca, inundando sus sentidos de ella, de su fragancia, de su sabor.

Ella no respondió, pero en su cara se dibujó una sonrisa que quedaría grabada para siempre en la mente del inmortal. Siguió adelante, si se demoraba un segundo más, se arrepentiría y daría marcha atrás. June ya estaba inconsciente y su corazón palpitaba con dificultad, su vida pendía de un hilo, un sorbo más y todo habría acabado. Una lágrima escapó a su control mientras seccionaba ese delgado filamento que la mantenía con vida con el último trago. Pero ya no importaba. El corazón de June se detuvo. Depositó un tierno beso en el mismo lugar en el que habían quedado impresas las marcas de sus colmillos y la abrazó, dejando que su cabeza reposara sobre él. Storm aullaba a su lado, haciéndose eco de su dolor, pero respetó su momento de intimidad.

No fue consciente de cuánto tiempo había transcurrido, pero su piel comenzaba a enfriarse. La estrechó entre sus brazos con más fuerza, intentando mantener su cuerpo caliente, pero su piel tibia nunca había bastado para darle calor. Desplegó sus alas negras para envolverla con ellas. Una vez le funcionó, cuando era sólo una niña que temblaba de frío tumbada sobre un manto de hierba verde. Pero en aquella ocasión no fue suficiente. Se había ido.

Sintió un vacío extremo en su interior. Ni siquiera el cazador que durante tanto tiempo había reclamado ese trofeo se sentía satisfecho. Había sido su amiga, su compañera, su amante, su dueña. Lo había sido todo para él.

Su angustia crecía, ascendiendo por su estómago. Le impedía respirar, y entonces la liberó, derramó las lágrimas que había contenido durante ese tiempo y lloró como un niño sobre el cuerpo inerte de June.

Cuando hubo agotado todas sus lágrimas, cerró los ojos, adormilado, todavía con sus alas cubriendo a June, intentando retenerla un instante más, negándose todavía a renunciar a ella, con temor de que al replegarlas ella se esfumara para siempre.

Sintió un leve cosquilleo en su antebrazo. Lo atribuyó a una ensoñación de su corazón destrozado. Volvió a percibir aquella caricia, suave, de tacto aterciopelado. No podía ser de nuevo su imaginación, a no ser que hubiera enloquecido tras la pérdida de June. Aquella sensación le resultaba familiar, como si fuera producida por el roce de una pluma. Quizá había perdido una de las suyas y había quedado apresada entre el cuerpo de June y el suyo. Abrió ligeramente sus alas, para deshacerse del cosquilleo de esa molesta pluma que comenzaba a resultar incómodo.

Se quedó petrificado. El color del rostro de June no era el tono macilento que esperaba encontrarse tras llevar unas horas muerta. Estaba pálida, sí, pero con un leve matiz rosado en sus mejillas. Parpadeó varias veces hasta cerciorarse de que no se trataba de una ilusión óptica. De pronto, sus ojos azules se tropezaron con una mirada de color castaño moteada de verde, cargada de vida. Hunter contuvo la respiración. Definitivamente, había perdido la cordura. La sonrisa más hermosa se dibujó en aquel rostro que le observaba, mientras alzaba una mano para acariciar su

mejilla. De nuevo, aquel fastidioso cosquilleo en su brazo. Desvió, muy a su pesar, la mirada de aquellos ojos que lo tenían hipnotizado hacia la procedencia de aquella sensación. De la espalda de June brotaban unas alas de delicadas plumas blancas. Se separó de ella y se puso en pie, asiéndola por una de sus manos, para que ella se incorporara también. Quería observarla en todo su esplendor.

Ella desplegó levemente sus alas de suave plumaje níveo, con los mechones de color cobrizo cayendo en ondas sobre sus hombros. June desvió la mirada hacia el suelo, mientras sus mejillas se sonrosaban aún más ante el atento escrutinio del Alas Negras. Era simplemente perfecta. Hunter redujo al mínimo la distancia que los separaba y posó una de sus manos sobre su cintura, buscando el contacto con su piel tibia bajo la tela que cubría su desnudez. Apoyando la otra mano sobre el arco de su mandíbula, le alzó suavemente el rostro para que sus miradas se encontraran.

—Siempre has creído que yo era un ángel y al final resulta que el ángel eres tú. —susurró con voz profunda, sensual.

June esbozó una sonrisa. Unos colmillos incipientes asomaron entre sus labios. Devoró al Alas Negras con una mirada hambrienta en sus ojos castaños. Él, con un movimiento de su cabeza, apartó sus largos cabellos de color azabache, dejando su cuello expuesto, ofreciéndose a ella. Ella le rodeó con los brazos, mientras se alzaba de puntillas para recortar la diferencia de altura entre ambos. Con determinación, clavó sus colmillos en la yugular del inmortal y sedienta, bebió su sangre. Un gruñido gutural escapó de la garganta de Hunter cuando sintió como los dientes desgarraban su carne. Aquella maravillosa sensación superaba con creces cualquier otra que hubiera experimentado en sus más de doscientos años de vida.

Cuando se hubo saciado, June liberó su mandíbula de la garganta de Hunter. Él la atrajo hacia sí, rodeando con sus alas negras el plumaje blanco de ella y relamió las últimas gotas de su propia sangre que todavía impregnaban los labios de ella mientras su lengua buscaba con fervor su boca para fundirse en ella. Ahora que sabía que le iba a acompañar durante toda la eternidad su sabor era aún más delicioso.

FIN